

GUERRA Y REVOLUCION

**Una visión alternativa de la Segunda Guerra Mundial, compilación
realizada por el CEIP León Trotsky de Argentina**

ENSAYO INTRODUCTORIO AL TOMO I

La Segunda Guerra Mundial fue uno de los fenómenos más complejos al cual debió dar respuesta Trotsky a lo largo de su vida. Debió enfrentar el problema de la guerra desde el inicio mismo de la formación de la oposición de izquierda (1929), tanto desde el punto de vista de los análisis, pronósticos, como de las definiciones estratégicas, la lucha ideológica, el programa de acción, las tácticas políticas de intervención y construcción de partido, en medio una de las décadas más convulsivas entre la revolución y la contrarrevolución mundial del siglo XX, enfrentando no sólo la persecución de los gobiernos imperialistas sino (y especialmente) la del stalinismo. Las tendencias hacia la guerra, que se acentuaron después de la crisis económica mundial del '29, así como las tendencias revolucionarias que se desarrollaron especialmente a partir del '34, marcaban los ritmos de la situación y de la brecha cada vez mayor con relación al problema de la subjetividad proletaria. Trotsky, puso todas sus energías en la preparación de una corriente revolucionaria que permitiera llevar el ascenso revolucionario al triunfo de la revolución proletaria, y de esta manera derrotar las tendencias hacia la guerra no sólo expresadas por los países fascistas sino por las mismas "democracias" imperialistas. Estos combates, se plantearon agudamente en Alemania, Austria, España, Francia pero también estuvieron acompañados de importantes ascensos obreros y campesinos, tanto en las colonias y semicolonias (Indochina, Argentina, Grecia, etc.) como en otros países imperialistas (EE.UU.). En todos ellos, el rol cumplido por la socialdemocracia, pero fundamentalmente por el stalinismo, fue clave para derrotar o desviar estos procesos. Especialmente utilizando la política de los "frentes populares", es decir la colaboración de clases ya aplicada anteriormente pero "oficializada" desde el año '35, como política para llevar a los trabajadores detrás de la burguesía. Los trotskistas, a pesar de que intentaron todo tipo de políticas de propaganda y acción (incluido el entrismo en los partidos reformistas), no lograron salir del estadio de pequeños grupos. Ya en 1937, con las derrotas en España y Francia, Trotsky ve allanado el camino hacia la guerra y por lo tanto, la necesidad de reorientar la actividad revolucionaria para intervenir en ella.

La importancia de un pronóstico correcto

Trotsky fue elogiado numerosas veces por la precisión casi milimétrica de muchas de sus caracterizaciones y pronósticos (algunos realizados con casi una década de antelación) respecto a la Segunda Guerra Mundial.

Esta precisión se basaba en la vastísima experiencia del revolucionario ruso a través de cuatro décadas de revoluciones y contrarrevoluciones (incluyendo sus más agudos enfrentamientos). Experiencia que incluía haber sido uno de los dos principales dirigentes de la revolución que implantó el único estado obrero revolucionario hasta el momento, el dirigente político-militar de la

guerra civil más importante del siglo XX y, también junto a Lenin, el principal dirigente del intento de utilizar esta conquista del proletariado mundial en función del desarrollo de la revolución socialista mundial.

Sin embargo, pudo sintetizar y aplicar esta experiencia gracias a la profunda utilización que hacía del materialismo dialéctico, y al conocimiento profundo de la situación mundial y de sus más importantes particularidades, para analizar la realidad concreta sobre la que los revolucionarios debían actuar y su relación con las perspectivas estratégicas. Entre los aportes más importantes de Trotsky para analizar y comprender la situación en todas sus contradicciones, se encuentra su formulación en 1921 del equilibrio capitalista y de su ruptura, tomando la relación establecida entre la economía, los estados y la lucha de clases. La utilización de este método, así como la relación dialéctica establecida entre la guerra y la revolución marcan el inicio del primer gran escrito de Trotsky sobre la guerra que se avecinaba, texto adoptado por la Liga Comunista Internacional (predecesora de la IV Internacional) ya en 1934: “La catastrófica crisis comercial, industrial, agraria y financiera, la ruptura de los lazos económicos internacionales, la decadencia de las fuerzas productivas de la humanidad, la insostenible agudización de las contradicciones entre las clases y entre las naciones señalan el ocaso del capitalismo y confirman la caracterización leninista de que la nuestra es una era de guerras y revoluciones.

La guerra de 1914 a 1918 fue el comienzo oficial de una nueva época. Hasta ahora sus acontecimientos políticos más importantes fueron la conquista del poder por el proletariado ruso en 1917 y el aplastamiento del proletariado alemán en 1933. Las terribles calamidades que sufrieron los pueblos en todas partes del mundo, e incluso los peligros más terribles que todavía nos acechan, son una consecuencia de que la revolución de 1917 no se haya expandido con éxito en la escena europea y mundial.

Dentro de cada uno de los países, el callejón sin salida del capitalismo se expresa en el desempleo crónico, en la disminución del nivel de vida de los trabajadores, en la ruina del campesinado y la pequeña burguesía urbana, en la descomposición y decadencia del estado parlamentario, en la monstruosa demagogia “social” y “nacional” que emponzoña al pueblo frente a la liquidación de las reformas sociales, en el marginamiento y sustitución de hecho de los viejos partidos gobernantes por un simple aparato militar-policial (el bonapartismo de la decadencia capitalista), en el avance del fascismo, que conquista el poder y aplasta a todas y cada una de las organizaciones proletarias.

En el terreno mundial, este mismo proceso liquida los últimos restos de estabilidad en las relaciones internacionales y lleva hasta sus límites máximos todo conflicto entre los estados, dejando al descubierto la futilidad de los intentos pacifistas, dando lugar al incremento de los armamentos en una escala nunca alcanzada hasta ahora; todo esto conduce a una nueva guerra imperialista. El fascismo es su artífice y organizador más consecuente.

Por otra parte, la evidencia del carácter totalmente reaccionario, putrefacto y bandidesco del capitalismo moderno, la destrucción de la democracia, del reformismo y del pacifismo, la perentoria y candente necesidad que tiene el proletariado de encontrar una salida al desastre inminente, ponen con renovada fuerza a la orden del día la revolución internacional. Sólo el derrocamiento de la burguesía por el proletariado insurrecto puede salvar a la humanidad de una nueva y devastadora matanza de los pueblos.”¹

De la contradicción principal del capitalismo entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las fronteras nacionales y, a su vez, entre la socialización cada vez mayor de la producción y la propiedad privada, de la finalización de la época de libre cambio y del mundo ya repartido entre las potencias existentes, de la falta de resolución de estas contradicciones con la Primera Guerra Mundial y por consiguiente, y luego de la crisis del 30, del agudizamiento explosivo de estas

contradicciones entre los estados nacionales imperialistas y la necesidad de un nuevo reparto de las colonias y semicolonias y la reconquista de la URSS para resolver sus crisis económicas, Trotsky deducía las tendencias inevitables a una nueva guerra mundial. En el año '34 ya plantea que el único factor que frenaba al imperialismo en su dinámica hacia la guerra era el temor a las consecuencias de ésta, es decir, restaba definir la relación establecida entre las clases en las principales potencias imperialistas, ya que la burguesía necesitaba primero derrotar y/o cooptar al proletariado para subordinarlo como carne de cañón de sus intereses imperiales, de lo contrario era consciente que favorecería el surgimiento de situaciones revolucionarias.

La conjunción de estos elementos le permitía a Trotsky tal precisión para analizar las contradicciones profundas y la dinámica que llevaba a las potencias imperialistas a la guerra, su relación con la guerra anterior, la ubicación y el rol de cada gran potencia imperialista y muy especialmente la del nuevo estado obrero, tanto en sus políticas externas como en relación con su propio movimiento obrero, la dinámica de sus regímenes y gobiernos, las posibles alianzas y las contradicciones y consecuencias de cada una de ellas, ubicando al proletariado frente a los distintos escenarios posibles al final de la guerra y su significación para la situación de la humanidad.

Explicando el método de análisis marxista, los pronósticos y su relación con la política, Trotsky plantea: “Lo importante en el pensamiento científico, sobre todo en las complejas cuestiones de política e historia, es distinguir lo fundamental de lo secundario, lo esencial de lo accidental, es prever el movimiento de los factores esenciales de desarrollo. Para esa gente cuyo pensamiento no va más allá de hoy para el día siguiente, para aquellos que buscan tranquilizarse con todo tipo de hechos episódicos sin conectarlos con el todo, el pensamiento científico que parte de factores fundamentales parece dogmático: en política, se encuentra esta paradoja en todo momento”, y luego agrega: “En última instancia, los factores objetivos prevalecen siempre sobre lo subjetivo. Por eso, una política acertada comienza siempre con un análisis del mundo real y un análisis de las tendencias que lo atraviesan”.²

Para Trotsky “un pronóstico es válido, no en la medida en que expresa o encuentra una confirmación fotográfica de los desarrollos ulteriores, sino más bien si nos ayuda a orientarnos en el curso real de los acontecimientos, al proyectar frente a nosotros los factores históricos.”³ Lejos de una formulación dogmática, estos pronósticos que se cumplieron muchas veces con notable precisión (como los ritmos hacia la guerra o el pacto Hitler-Stalin), en otros casos permitieron y permiten ver otras variantes, que enriquecidas por el real desarrollo de los acontecimientos brindan herramientas para analizar muchos acontecimientos de la situación actual. Es el caso incluso de pronósticos que se demostraron incorrectos en el corto plazo, pero que despojados de una interpretación mecánica tienen una gran importancia para analizar las perspectivas estratégicas (por ejemplo, las tendencias de las democracias burguesas al bonapartismo o el futuro de la URSS y la burocracia stalinista).

Entre los análisis-pronósticos de la futura guerra que resultaron muy acertados ya en 1934, podemos encontrar los que preveían la dinámica del imperialismo norteamericano: “El capitalismo norteamericano se enfrenta con los mismos problemas que en 1914 empujaron a Alemania por el camino de la guerra. ¿Ya está repartido el mundo? Hay que volver a repartirlo. Para Alemania se trataba de “organizar Europa”. Estados Unidos tiene que “organizar” el mundo. La historia está enfrentando a la humanidad con la erupción volcánica del imperialismo norteamericano.”⁴ o la de la democracia francesa: “Finalmente, en la propia Francia, la democracia parlamentaria, ya muy debilitada, será indudablemente una de las primeras víctimas de la guerra, si es que no se la derriba antes de que esta estalle”.⁵

A su vez, existían muchos “puntos de tensión” en los análisis de Trotsky que hacían sus formulaciones mucho más dialécticas. Su optimismo acerca de la transformación de la guerra

imperialista en lucha revolucionaria del proletariado, su confianza total en las perspectivas favorables objetivas y subjetivas para el desarrollo de la IV Internacional, no implicaban que descartara otras variantes totalmente opuestas: “Naturalmente, si una nueva guerra sólo termina en un triunfo militar de tal o cual campo imperialista, si la guerra no provoca un alzamiento revolucionario ni una victoria del proletariado, si una nueva paz imperialista más terrible que la de Versalles amarra con nuevas cadenas al pueblo durante décadas, si la desgraciada humanidad soporta todo esto callada y sumisamente, entonces Checoslovaquia, Bélgica e incluso Francia pueden retroceder a la situación de naciones oprimidas (lo mismo se aplica a Alemania). En esa eventualidad sobrevendrá una aterrorizante descomposición del capitalismo, que hará retroceder muchas décadas a todos los pueblos. Por supuesto, si se impone esta perspectiva de pasividad, capitulación, derrotas y decadencia, las masas oprimidas y todos los pueblos se verán obligados a subir nuevamente, desandando sobre sus manos y sus rodillas, con sangre y sudor, el camino histórico que ya una vez recorrieron.

¿Está totalmente excluida la posibilidad de esta perspectiva? Si el proletariado soporta indefinidamente la dirección de los socialimperialistas y los comunistas chovinistas, si la IV Internacional es incapaz de encontrar el camino para ligarse a las masas, si los horrores de la guerra no empujan a la rebelión a los obreros y los soldados, si los pueblos coloniales continúan sudando pacientemente en beneficio de los esclavistas, entonces la civilización inevitablemente se degradará y el retroceso y la descomposición generalizados pueden poner nuevamente en Europa las guerras nacionales a la orden del día. Pero en ese caso nosotros, o mejor dicho nuestros hijos, tendrán que decidir su política en relación a futuras guerras y en base a la nueva situación. Hoy no partimos de la perspectiva de la decadencia sino de la perspectiva de la revolución. Somos derrotistas para los imperialistas, no para el proletariado.”⁶

Visto a la luz actual, también importantes pronósticos se demostraron errados. Trotsky veía la gran potencialidad de EE.UU. para dominar el mundo, sin embargo esta perspectiva traería como consecuencia la decadencia de la civilización norteamericana. “En la guerra, los grandes y fuertes se imponen a los pequeños y débiles. Su ubicación geográfica, dimensiones territoriales, tamaño de la población, recursos bélicos, reservas de oro y nivel tecnológico le aseguran a Estados Unidos una ventaja colosal sobre los demás países. Si se reconoce que la guerra mundial se desarrollará hasta su final lógico, con el agotamiento total de los bandos en pugna, no puede evitarse la conclusión de que la dominación del planeta corresponderá a Estados Unidos. Sin embargo la dominación sobre un planeta decadente y destruido, presa de la hambruna, las epidemias y el salvajismo provocaría inexorablemente la decadencia de la civilización norteamericana. ¿En qué medida se trata de una perspectiva real? No puede excluirse que la humanidad caiga en una decadencia prolongada como resultado de la nueva guerra”⁷. Aunque este pronóstico es relativamente acertado en las perspectivas estratégicas, difícilmente Trotsky podía prever el triunfo de la URSS sobre los nazis a cambio de un costo terrible para las masas, lo que haría imposible el derrocamiento revolucionario de la burocracia. Tampoco que la enorme destrucción de fuerzas productivas (sobretudo europeas), le permitirían a EE.UU. recobrar el empuje de su economía y establecer un extenso período de dominio a través de mecanismos de contrarrevolución democrática.

El objetivo de estos análisis no era realizar “buenos pronósticos” sino brindar las herramientas al proletariado mundial y su vanguardia para que aprovechara las contradicciones existentes, imponiendo una política independiente: en la etapa previa a la guerra, luchando por el triunfo de la revolución proletaria como única posibilidad de impedir la guerra; y de comenzar ésta, transformando la guerra imperialista en guerra civil. Por ello, el aporte más importante de Trotsky no fue la previsión y precisión de sus análisis y pronósticos, sino la lucha por construir un partido revolucionario mundial para que el proletariado pudiera oponerle una salida a la decadencia del

capitalismo mundial, una herramienta para luchar contra todos aquellos que harían cualquier cosa a su alcance para impedir que la guerra culminara en la revolución socialista mundial o, por lo menos, que triunfara en algún país central. Ni Trotsky ni la IV triunfaron a la salida de la guerra, sin embargo esto no invalida lo correcto de su lucha ni da la razón a los vencedores. Su asesinato no fue producto de “odios personales”. Stalin reconocía en Trotsky a uno de los últimos y más importantes continuadores del bolchevismo leninista y con su asesinato intentaba borrar el “espectro de la revolución” que temía que la guerra trajera a la misma URSS. Esto podía hacer que el asesinato y encarcelamiento de miles de revolucionarios durante Juicios de Moscú no hubieran alcanzado para impedir el derrocamiento revolucionario de la burocracia al final de la guerra, tal como pronosticaba Trotsky. Este pronóstico no se dio, pero para ello se necesitaron 20 millones de muertos en toda la URSS, el total aniquilamiento de los sobrevivientes de la revolución de octubre y una destrucción brutal de las fuerzas productivas.

Trotsky como continuidad en la guerra del marxismo revolucionario

Trotsky partió del acervo que Marx, Engels y Lenin habían dejado sobre las guerras en el capitalismo, tanto en su época de libre competencia como en la época imperialista⁸.

Analizó a la guerra como “continuación de la política por otros medios (por la violencia)” tal como lo hicieron Marx, Engels y Lenin adoptando la máxima del general prusiano Clausewitz desde el punto de vista marxista, es decir, partiendo de la existencia de clases sociales y del carácter de clase de los estados nacionales. Esta formulación le sirvió para determinar el carácter fundamental de la guerra y otras posibles combinaciones. También reiteró continuamente que debía ser utilizada como método de análisis por todo aquel que quisiese levantar una política independiente del proletariado. En “La guerra y la IV Internacional” explica este método: “El carácter de la guerra, no está determinado por el episodio inicial tomado aisladamente (“violación de la neutralidad”, “invasión enemiga”, etc.) sino por las fuerzas fundamentales que actúan en ella, por todo su desarrollo y por las consecuencias a las que conduce finalmente”, y sigue “Nuestra actitud hacia la guerra no está determinada por la fórmula legalista de la “agresión” sino por el problema de qué clase lleva a cabo la guerra y con qué objetivos”. (subrayado nuestro)

En la época de las revoluciones y las luchas nacionales contra el feudalismo, en la época del librecambio (es decir, en la que la competencia capitalista entre los países se desarrollaba en un mercado mundial en expansión), en la que la burguesía aún podía cumplir un rol progresivo al derribar las viejas fronteras aduaneras interiores, creando los nuevos estados nacionales, y los viejos regímenes reaccionarios que las sostenían, Marx y Engels caracterizaban y definían su posición frente a las guerras según el rol progresivo o reaccionario de uno u otro campo beligerante. El campo progresivo era aquel que permitía el desarrollo de las fuerzas productivas y la organización democrática e independiente de la única clase llamada a terminar con todo sistema de explotación: el proletariado. Esta ubicación de campos podía incluir la defensa de un estado nacional burgués en la medida que podían cumplir un rol progresivo frente a la decadencia del feudalismo.⁹

El desarrollo desigual y combinado de las distintas naciones dio lugar a la diferenciación entre los estados imperialistas y los estados coloniales o semicoloniales y a su vez, entre los mismos estados imperialistas¹⁰. En la época imperialista, época que marca la decadencia del capitalismo y su tendencia creciente a la destrucción de las fuerzas productivas, cuando el mundo está totalmente repartido, llega a su fin la libre competencia. Por ello para Lenin existían esencialmente las guerras

interimperialistas, reaccionarias en toda la línea, pero también las guerras revolucionarias, aquellas que libraban las colonias o semicolonias contra la opresión imperialista. Las potencias, frente a su decadencia o su necesidad de desarrollo sólo podrán obtener y dominar nuevos mercados a través de las guerras de rapiña. A diferencia de la época de Marx y Engels, en la época imperialista los estados burgueses nacionales, se convirtieron en un impedimento para el desarrollo de la humanidad, lo que convertía en reaccionaria la “defensa nacional” de los estados capitalistas, salvo en los casos que se tratara de un estado atrasado (colonial o semicolonial) u obrero, en los que la “defensa nacional” contra las metrópolis imperialistas juega un rol progresivo en la perspectiva de la revolución proletaria. Sólo el derrocamiento revolucionario de la burguesía por parte de la única clase productora de la sociedad, el proletariado, la instauración de la Federación Mundial de Repúblicas Socialistas y la planificación de la economía mundial era capaz de detener estas fuerzas destructivas y lograr una paz real.

Utilizando este método, la II Internacional aún en 1912, en el Manifiesto de Basilea, caracterizó a la guerra que estaba por estallar en 1914 como imperialista.¹¹ Lenin y Trotsky, a pesar de no pertenecer aún al mismo agrupamiento político en Rusia, compartían esta caracterización luego abandonada por la II Internacional (al votar desde el inicio de la Primera Guerra Mundial los créditos de guerra de las naciones que formaban parte con partidos nacionales).

La aplicación de la máxima de Clausewitz también implicaba reconocer que no hay una línea divisoria que separe y “borre” la política en los tiempos de paz con aquella de los momentos de guerra, por el contrario, Trotsky decía que la segunda era una “continuación concentrada” de la primera, donde los mismos problemas se expresarían de forma más aguda. Ser consciente de esta continuidad plantea para los revolucionarios que los tiempos de paz deben ser una preparación para las futuras catástrofes nacionales, ya sea la guerra o una crisis económica, donde se pondrán totalmente a prueba los partidos revolucionarios: “Sólo el partido que ya en época de paz luchó irreconciliablemente contra el estado nacional puede no atarse a éste durante la guerra, puede seguir el mapa de la lucha de clases y no el de las batallas bélicas”.¹² Contra los que proclamaban detener la lucha de clases de los tiempos de paz frente al inicio de la guerra, Trotsky plantea: “Si durante la guerra hay que dejar de lado la lucha de clases en beneficio de los intereses nacionales, entonces también hay que dejar de lado el “marxismo” durante una gran crisis económica, que pone a “la nación” tan en peligro como una guerra”.¹³

Trotsky, como sus antecesores marxistas revolucionarios, consideraba a las guerras como parteras de revoluciones (tal como sucedió durante la Comuna de París de 1871), de lo que se desprendía la estrategia revolucionaria de transformar la guerra imperialista en guerra civil. El único medio de detener las guerras reaccionarias es el triunfo de la revolución proletaria. A esta conclusión Trotsky había llegado temprana y prácticamente durante la guerra ruso-japonesa de 1904, la que le permitió prever el ascenso revolucionario y comenzar a formular la teoría de la revolución permanente.

Trotsky, como Lenin, definía a la época imperialista abierta en 1914 como de crisis, guerras y revoluciones, y que por lo tanto no habría una “guerra que termine con todas las guerras” si el proletariado no daba su salida. “La vida del capitalismo monopolista de nuestra época es una cadena de crisis. Cada una de las crisis es una catástrofe. La necesidad de salvarse de esas catástrofes parciales por medio de murallas aduaneras, de la inflación, del aumento de los gastos gubernamentales y de las deudas prepara el terreno para otras crisis más profundas y más extensas. La lucha por conseguir mercados, materias primas y colonias hace inevitables las catástrofes militares. Y todo ello prepara ineludiblemente las catástrofes revolucionarias.”¹⁴ Basado en esta tendencia, Trotsky predijo la corta duración que tendría el período de relativa estabilidad económica y de ciertas concesiones al movimiento de masas¹⁵ luego de terminada la Primera Guerra Mundial. Período que llegó a su fin con la crisis mundial de los 30, abriendo camino a una agudización de las contradicciones interimperialistas, a la mayor ruptura del equilibrio económico

entre los estados y a procesos revolucionarios de la lucha de clases. Para Trotsky este período había sido un intervalo entre dos guerras, que ya en 1934 consideraba “llegando a su fin”.

Apenas finalizada la Primera Guerra Mundial comenzó a analizar las principales contradicciones irresueltas durante ésta y que sólo podría resolver una nueva guerra. Al comienzo veía la mayor confrontación entre Gran Bretaña y EE.UU., ya que la potencia de desarrollo y productividad del último le planteaba que sólo podría salir de su crisis a condición de “dominar el mundo” y para ello se debería enfrentar a la vieja potencia hegemónica. Sin embargo, la enorme decadencia de Gran Bretaña marcó la dinámica de la entreguerra donde se fue evidenciando su subordinación a EE.UU.. Por otro lado, se entrecruzaban otros conflictos interimperialistas como los de Alemania con Francia en la pelea por la hegemonía europea, el de EE.UU. con Japón por los mercados asiáticos, así como el particular de Alemania con la URSS (o mejor dicho, de todos los países imperialistas con la URSS) para poner fin al estado obrero y recobrarlo como mercado subordinado al sistema imperialista. Trotsky planteaba en 1937 que “los antagonismos internacionales son tan complicados y confusos que nadie puede predecir en qué momento estallará la guerra, por no hablar de los alineamientos internacionales. Los fusiles dispararán, pero nadie sabe quién apuntará a quién”.¹⁶ Más allá de cómo se terminarían conformando estos alineamientos, Trotsky aseveraba el carácter más mundial de la guerra por venir (a diferencia de la Primera Guerra Mundial que fue esencialmente europea), partiendo que implicaría a los cinco continentes, movilizaría a amplios contingentes de la población para el ejército y para la industria militar (más allá y debido a los mismos avances tecnológicos) involucrando en la guerra no sólo a los frentes sino también a las retaguardias, planteando la posibilidad de un ritmo más acelerado en la transformación de la guerra en revolución que durante la Primera Guerra Mundial: “Dado que la nueva guerra entre naciones empezará donde terminó la anterior, el exterminio de vidas humanas y el derroche de material bélico será mucho mayor en el comienzo de ésta que en el de la anterior, y aumentará con mayor rapidez. Los ritmos serán más febriles, las fuerzas destructivas más colosales, la miseria de la población más insoportable. Por consiguiente, existen buenas razones para suponer que la reacción de las masas no se hará esperar dos años y medio, como en la Rusia zarista, ni un poco más de cuatro años, como en Alemania y Austria-Hungría, sino mucho menos.”¹⁷

La caracterización de la guerra

La línea divisoria entre las naciones que se enfrentaban, tal como afirmaba Trotsky, no estaba determinada sobre la base de criterios raciales, religiosos o morales sino por los intereses imperialistas de cada potencia. Es decir, las causas del enfrentamiento tenían que ver con razones estructurales de la economía, las relaciones entre los estados y la lucha de clases. Los regímenes o gobiernos se adecuaban, según el momento, a las necesidades impuestas por estos intereses económicos y políticos y su relación con el movimiento de masas. Respondiendo a los que nuevamente intentaban engañar a las masas hablando de una guerra de regímenes, Trotsky plantea: “¿Nos olvidamos ya de que la actividad revolucionaria durante la última guerra consistió precisamente en denunciar la propaganda de los aliados, que hablaban en nombre de la democracia contra los junkers prusianos y los Hohenzollern? Reaparecen las viejas trampas para disimular los antagonismos interimperialistas detrás de falsos conflictos entre sistemas políticos. Por este camino se llega rápidamente a la idealización de la democracia francesa como tal, contraponiéndola a la Alemania de Hitler.”¹⁸

Trotsky no negaba la posibilidad de la lucha entre distintos regímenes (como ocurrió en el caso de España), pero veía que esto sólo podía suceder dentro de un mismo estado. El régimen implica una forma de dominio, es decir, los mecanismos e instituciones que utiliza una clase para dominar,

dentro de las fronteras nacionales. No puede existir esta lucha a escala mundial, partiendo que no hubo ni hay un “superimperialismo” que haya anulado a los estados nacionales, y por lo tanto, no existe un régimen mundial.

A la vez que determinaban el carácter reaccionario de la guerra imperialista, por el carácter de los estados y el objetivo de éstos en la guerra, los trotskistas preparaban a la vanguardia revolucionaria, basados en el mismo método, para las guerras progresivas para la lucha del proletariado: las de las colonias y semicolonias contra su imperialismo dominante y las de defensa del estado obrero. Estos eran los tipos de guerras diferentes previstas por Trotsky desde 1934 en su manifiesto “La guerra y la IV Internacional”.

El fallecido dirigente trotskista Ernest Mandel, en su libro El significado de la Segunda Guerra Mundial, plantea que la Segunda Guerra Mundial fue una combinación de cinco conflictos diferentes:

“1- Una guerra interimperialista por la hegemonía mundial y ganada por EE.UU. (aunque su dominio se vería territorialmente truncado por la extensión del sector no capitalista en Europa y Asia).

2- Una guerra justa de autodefensa de la Unión Soviética contra un intento imperialista de colonizar el país y destruir los logros de la revolución de 1917.

3- Una guerra justa del pueblo chino contra el imperialismo que se desarrollaría dentro de una revolución socialista

4- Una guerra justa de los pueblos coloniales asiáticos contra varias potencias militares y por la liberación nacional y la soberanía, que en algunos casos (por ej. Indochina) se mezcló con una revolución socialista

5- Una guerra justa de liberación nacional llevada a cabo por las poblaciones ocupadas de Europa, que se transformaría en revolución socialista (Yugoslavia y Albania) o una guerra civil abierta (Grecia, Norte de Italia). En el este de Europa el antiguo orden derrumbado bajo la doble presión desigual de las aspiraciones populares y la acción burocrático-militar soviética, mientras que el orden burgués del Oeste y el Sur era restaurado –a menudo contra los deseos de las masas- por las tropas aliadas occidentales.”¹⁹

Y luego aclara: “Por ‘guerras justas’ se entienden guerras que tuvieron que librarse y cuyos revolucionarios apoyaron entonces y lo hacen ahora”. Plantea que definir las guerras contras las ocupaciones como justas no tiene nada que ver con los “frentes antifacistas” utilizado por las burguesías con la colaboración directa del stalinismo para llevar a la colaboración de clases y mantener el capitalismo.

Mandel nos habla de cinco tipos de guerras diferentes. Teniendo en cuenta que esta es una enumeración esquemática, es importante establecer en primer lugar una jerarquía entre estos conflictos. Desde este punto de vista, el primer aspecto es el predominante y absolutamente ligado con los otros ya que uno de los objetivos esenciales de las potencias imperialistas era la conquista de China y la URSS y el resto de las colonias eran “moneda de cambio”. La resistencia y ofensiva de las masas frente a estos objetivos fueron los que no permitieron la victoria “total” del imperialismo.

En cuanto a los puntos 3 y 4, los trotskistas no los diferenciaban como tipos específicos de guerras, ya que entre las colonias y las semicolonias sólo existe una diferencia de “grados” de estados capitalistas atrasados y como consecuencia, la ubicación y política de los revolucionarios es muy similar. Diferente es el caso de la URSS, ya que existe un salto en “calidad” respecto a la defensa del estado obrero y su economía planificada.

El punto 5 es quizás el más conflictivo y uno de los más importantes, partiendo que era el fenómeno relativamente más novedoso de la Segunda Guerra y que se vislumbró como el principal conflicto debido a que el escenario de la guerra fue predominantemente europeo y que fue justamente el más utilizado por las potencias imperialistas para llevar a las masas a su terreno. A pesar de que la lucha contra las ocupaciones nazis plantearon una especificidad con relación a la guerra interimperialista, es incorrecto desde el punto de vista marxista, separar estos conflictos del carácter de los estados nacionales ocupados. La ocupación cuestionó el status de cada país pero no lo cambió totalmente. Francia no dejó de ser imperialista, aunque sí estaba oprimida como nación. Su burguesía seguía administrando sus principales dominios y negocios. Sólo parte de la maquinaria pesada fue trasladada a Alemania. Distinto era el caso de Yugoslavia. En “La cuestión nacional durante la Segunda Guerra Mundial” (12/45-1/46) el Secretariado Nacional del SWP analiza los errores de las posiciones ultraizquierdistas, que negaban la existencia de una opresión nacional en los países ocupados y por lo tanto, no levantan su autodeterminación, como las desviaciones oportunistas frente al problema nacional. En este caso plantean:

“Como desviaciones derechistas y oportunistas deben ser catalogadas todas las tendencias que hacían de la reivindicación de cada pueblo a disponer de sí mismo un objetivo en sí, separándolo del resto del programa socialista, revolucionario e internacionalista, que estaban bajo una forma u otra, por nuestra participación o nuestra colaboración en tanto que movimiento político con las organizaciones de la “Resistencia”, que ponían en el mismo plano la “resistencia nacional” en un gran país imperialista vencido como Francia que en los “pequeños estados” oprimidos como Yugoslavia”. (subrayado nuestro)

En este sentido, la lucha por la liberación nacional (las que para Lenin y Trotsky eran las guerras “justas” o revolucionarias, junto a las de defensa del estado obrero) eran similares en las semicolonias ocupadas (ya sea por nazis, italianos o japoneses) a la de las colonias ocupadas por los imperialistas “democráticos” anglo-franceses. En los países imperialistas ocupados, hacía necesaria la lucha por echar al invasor al mismo tiempo que se luchaba contra la propia burguesía (que además, en su gran mayoría era colaboracionista). En este caso se puede hablar de una “particularidad” en la aplicación del derrotismo en un país imperialista. De otro modo, calificarlas sólo como “guerras justas de liberación nacional”, como un tipo de guerra diferente, puede llevar a posiciones confusas, lindantes con las que plantean el carácter de la guerra era de una guerra de regímenes: “democracia vs. fascismo”.

En todos los casos, la clave para la intervención de los revolucionarios era la lucha por la independencia política del proletariado y el internacionalismo revolucionario. Esta era la base y el principal objetivo, en función del cual había que definir la estrategia, el programa y las tácticas que permitieran desarrollar partidos revolucionarios para la lucha por la toma del poder. En los países imperialistas, esta política implicaba en primer lugar no ceder a la “unión sagrada” o colaboración de clases del proletariado con la burguesía, que implicaba que el primero se ubicara como esclavo imperialista (vendiéndole no sólo su fuerza de trabajo sino todo su cuerpo) para defender “la patria” o la “democracia” que la burguesía misma no estaba dispuesta a defender si esto perjudicaba sus intereses; así como la confraternización con los soldados de los ejércitos enemigos y la lucha por la liberación de las colonias del propio imperialismo. En las colonias y semicolonias, la clave era la lucha por el triunfo de la nación oprimida y por la derrota militar del imperialismo agresor, con una política independiente de las burguesías nacionales (más allá de los acuerdos tácticos-militares en la medida en que éstas tomaran medidas progresivas) para que el proletariado aglutine tras de sí a las otras clases oprimidas llevando hasta el final la liberación nacional y la lucha por el reparto de la tierra (que la burguesía era incapaz de realizar por sus estrechos lazos con una u otra potencia imperialista) y la unión con el proletariado y el pueblo de las metrópolis imperialistas. En el caso de la URSS, implicaba ubicarse desde el bando militar de defensa del

estado obrero pero con una política independiente de la burocracia stalinista, y ubicar esta defensa en función del desarrollo de la revolución socialista internacional.

La lucha contra la “Unión Sagrada”

Ya en la Primera Guerra, los revolucionarios proclamaron la lucha contra la “unión sagrada” formulada por Lenin a través de la estrategia del derrotismo revolucionario. Aunque no era una consigna para las masas, era la fórmula que delimitaba a reformistas de revolucionarios, que consideraban un “mal menor” si su propia burguesía era derrotada militarmente como consecuencia de la continuidad de la lucha de clases del proletariado contra esta burguesía. A su vez, esta dislocación del aparato estatal favorecería la liberación de las nacionalidades oprimidas y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. K. Liebknecht formuló esta estrategia a través de la consigna “El principal enemigo del pueblo está en su propio país”.

El contenido del derrotismo revolucionario, las lecciones de sus implicancias durante la Primera Guerra y la revolución rusa y cómo aplicarlo en la guerra que se aproximaba, especialmente frente a la posibilidad casi inevitable de la participación de la URSS en la guerra en alianzas con potencias imperialistas, provocó discusiones dentro de las filas de la IV Internacional varios años antes de declarada la guerra. Jean Joubert²⁰ plantea que en “La guerra y la IV Internacional”, Trotsky incluyó una tesis referida directamente a este aspecto sólo como respuesta a una discusión con Vereecken, el dirigente de la sección belga. La discusión con este dirigente, que interpretaba el derrotismo como la práctica de sabotajes a la burguesía para provocar su derrota, continuó durante varios años. Trotsky temía que el derrotismo fuera tomado como una consigna dogmática, que no permitiera a las secciones diferenciar las particularidades de cada conflicto.

En 1936, Trotsky polemiza con el camarada Georg Jungclas en un artículo llamado “El derrotismo es siempre válido” (en el CD de esta compilación). En este caso, la cuestión es la interpretación del derrotismo en Lenin antes y después de la revolución de febrero. Trotsky cita de memoria a Lenin en 1917: “Eramos derrotistas bajo el gobierno del zar, pero desde la Revolución de febrero ya no lo somos” y agrega que muchos “antifascistas” y demócratas vulgares han tratado de sacar provecho de una mala interpretación de esta cita (para justificar su posición contra el derrotismo). Trotsky aclara que Lenin al mismo tiempo que hace esta formulación entabla un combate encarnizado contra los que son partidarios de la defensa de la patria. “¿Qué significa, entonces, su posición: no defender a la patria, sino también ya no declarar la derrota de la patria como el mal menor? ¿No hay aquí una contradicción? Naturalmente, en cuanto se conciba la situación de manera dialéctica, es decir, en su naturaleza concreta.” Las derrotas sufridas en la guerra y el éxito de la insurrección, ya habían dislocado el aparato estatal ruso, por lo tanto, nuevas derrotas no podían dar más ventajas a la revolución. El doble poder era una realidad, representado en los consejos de obreros y soldados. Esta era la naturaleza concreta de la situación que se había creado después de la revolución de febrero que hacía innecesario levantar como bandera el derrotismo revolucionario. Pero al mismo tiempo, no se podía defender la patria, ya que la propiedad continuaba siendo privada y la guerra era conducida por los oficiales del cuerpo burgués ligados a la Entente. “El nuevo matiz que se introdujo en la política bolchevique no provenía entonces de la diferencia entre la Rusia zarista y la Rusia democrática, y tampoco de la consideración general que Rusia estaba en plena transformación revolucionaria, sino del hecho muy concreto que el poder real no le pertenecía ya a la burguesía, sino a los consejos, y que estos últimos a partir de entonces, debían aprender a hacer de ese poder el uso que se imponía. En este trabajo de educación, las bayonetas de los Hohenzollern, incluso de manera indirecta, no podían rendirnos el menor servicio.” Es decir, la clave del derrotismo frente a una guerra reaccionaria, no es su enunciado como consigna sino

sostener en todo momento y tomando en cuenta las situaciones concretas, una política independiente del proletariado que le permita desarrollar la lucha de clases hasta tomar el poder.

La guerra y el problema de la dirección del proletariado

Mientras durante toda la década del '30, se profundizaban las tendencias objetivas no sólo para la contrarrevolución burguesa sino también para la revolución proletaria, el problema central con el que se vio enfrentado el proletariado para triunfar fue que las direcciones mayoritarias eran o bien reformistas (la socialdemocracia agrupada en la II Internacional y el stalinismo, agrupado en la III Internacional) o bien centristas (en general desprendimientos de los PCs o los PSs que oscilaban entre la reforma y la revolución). “Los jefes de la II Internacional actúan como agentes directos del imperialismo ‘democrático’, ayudándolo a suavizar los choques de la lucha de clases y esperando conservar de esta manera sus posiciones dentro de la democracia capitalista en decadencia. Los jefes de la III, traicionando sus propios principios e ideas tradicionales, se han convertido en un instrumento de la burocracia soviética [...] En lugar de enviar el cadáver putrefacto del capitalismo a los limbos de la Historia, la socialdemocracia y el stalinismo se ponen de acuerdo para blanquearlo y conservarlo. Desde hace mucho tiempo han abandonado la lucha de clases. Concentran todos sus esfuerzos en el encadenamiento de la clase obrera para servir al capitalismo, bajo el nombre de una falsa ‘democracia’ o de un Frente Popular, en lugar de destruir al monstruo”.²¹ En estas condiciones, y luego de las derrotas de Alemania, Austria y la inminencia de la de España, debido a las políticas reformistas, Trotsky afirma en 1938: “La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis histórica de la dirección revolucionaria”.²²

La socialdemocracia fue la principal responsable de las derrotas sufridas al final de la Primera Guerra Mundial. Mientras avanzaba el nazismo desde Alemania, en Austria de 1933, la socialdemocracia mantenía su influencia hegemónica en el proletariado. Los nazis apoyados por Alemania crecían rápidamente y la dinámica planteaba la toma del poder por los fascistas o por los obreros. Trotsky critica a los socialdemócratas por no combatir por la misma democracia burguesa que ellos decían defender y de ésta forma favorecer al fascismo no sólo en Austria sino en la misma Alemania: “Tomando como base de análisis la antigua contraposición entre Ermattungsstrategie y Niederwerfungsstrategie, la estrategia del cansancio y la estrategia del ataque, hay que reconocer que la estrategia del cansancio, adecuada en ciertas circunstancias, es inaplicable ahora, cuando al capitalismo no le queda otra salida que la estrategia del ataque. Ya la estrategia reformista no cansa al enemigo de clase sino al propio bando. Las tácticas de Otto Bauer y Cía. conducen fatalmente a la victoria de los fascistas, pues les garantizan a éstos los mínimos sacrificios y dificultades y al proletariado los mayores sacrificios e infortunios. [...]Una Austria proletaria se convertiría inmediatamente en el Piamonte de todo el proletariado alemán. La victoria de los obreros austríacos daría a los obreros alemanes justamente lo que les falta en este momento: un verdadero campo de entrenamiento militar, un plan de acción global y esperanzas de victoria. Una vez en marcha, el proletariado alemán resultaría incomparablemente más fuerte que todos sus enemigos juntos. Hitler y su cuarenta y cuatro por ciento de escoria humana aparece mucho más imponente en el plano democrático-parlamentario que en el de la actual correlación de fuerzas. La socialdemocracia austríaca cuenta aproximadamente con el mismo respaldo en términos de porcentaje de votos. Pero mientras los nazis se apoyan en subproductos de la sociedad, cuyo papel en la vida nacional es secundario y en gran medida parasitario, la socialdemocracia austríaca tiene tras de sí a la flor y nata de la nación. El verdadero peso relativo de la socialdemocracia austríaca es diez veces mayor que el del fascismo alemán. Esto sólo se revelará plenamente en la acción. La iniciativa para la acción revolucionaria sólo puede provenir del proletariado austríaco. ¿Qué se

necesita? ¡Coraje, coraje y una vez más coraje! Los obreros austriacos no tienen nada que perder sino sus cadenas. ¡Por su iniciativa tienen a toda Europa y un mundo que ganar!23

Trotsky y los trotskistas denunciaron y combatieron durante toda la preguerra al pacifismo pequeño burgués que inculcaban la II y III Internacionales: “El pacifismo pequeño burgués es, por regla general, sincero; pero justamente por ello es tanto más ciego e impotente, ya que en esencia no es sino la confianza que depositan los campesinos y los pequeños comerciantes en la posibilidad de mejorar a las clases dominantes, desarmar a los grandes bandidos capitalistas e inducirlos a coexistir en forma pacífica. Pero a pesar de sus buenas intenciones, el pacifismo pequeño burgués se vuelve un opio que sirve a los capitalistas para adormecer a las masas en el momento oportuno y convertirlas en carne de cañón. Acusamos a los líderes de las internacionales Segunda y Tercera de ayudar al capitalismo, mediante su cháchara disparatada, a preparar una nueva matanza mundial. Ante una nueva guerra, en la mayoría de los casos, los reformistas y stalinistas tomarán partido por sus gobiernos, especialmente en Francia, Bélgica y Checoslovaquia. Quien desee realmente luchar contra la guerra debe hablarle al pueblo con claridad, debe reunir a los combatientes bajo una bandera revolucionaria, bajo la bandera de la Cuarta Internacional.”24

Los llamados a “la lucha por la paz” o al “desarme” de los reformistas, terminaban indefectiblemente en el apoyo a sus burguesías una vez comenzada la guerra invocando la “defensa nacional”: “La línea de la defensa nacional es una consecuencia del dogma de que la solidaridad entre las clases de una misma nación está por encima de la lucha de clases”. Su política ayudaba al retroceso de la subjetividad de las masas: “El crimen histórico fundamental de los partidos de la II Internacional consiste en que apoyan y fortalecen los hábitos y tradiciones serviles de los oprimidos, neutralizan su indignación revolucionaria y falsean su conciencia revolucionaria con la ayuda de las ideas patrióticas”.25 El combate contra esta política no era sólo ideológico: “La lucha contra los prejuicios patrióticos de las masas significa antes que nada la lucha irreconciliable contra la II Internacional como organización, como partido, como programa, como bandera”.26

Además de la II y la III, que contaban con partidos con influencia de masas, se encontraban los anarquistas y el Buró de Londres: “El proletariado no puede seguir hacia delante si no rompe las cadenas que lo sujetan a las viejas internacionales y sus políticas. El anarquismo que demostró en España ser un prisionero de su propia doctrina y que capituló ante la burguesía en nombre del Frente Popular, no puede llevar a cabo esa ruptura. Igualmente inútiles son los pequeños grupos centristas agrupados en el Buró de Londres, que rehusan romper claramente con las viejas internacionales, lanzándose por el camino de una consecuente lucha de clases, por el socialismo revolucionario”.27

En cuanto a los sindicatos Trotsky dice: “En épocas de guerra la burocracia sindical se transforma definitivamente en la policía militar del estado mayor del ejército dentro de la clase obrera”. Pero la misma guerra destruiría a los sindicatos reformistas. Por lo tanto, “hay una sola manera de salvar los sindicatos: transformarlos en organizaciones de lucha que se planteen como objetivo el triunfo sobre la anarquía capitalista y el bandidaje imperialista”.28

La IV Internacional fue fundada con el objetivo de “superar la crisis histórica de la dirección revolucionaria”.29 Su fundamento no era indudablemente la desfavorable situación de la coyuntura mundial sino las perspectivas revolucionarias que Trotsky vislumbraba al final de la guerra (o incluso antes) y la necesidad de centralizar los esfuerzos y el armazón teórico-político para conducir a estas revoluciones al triunfo de la revolución proletaria internacional. Desde el punto de vista subjetivo, Trotsky era consciente del retroceso causado por los Juicios de Moscú, que condujeron a la capitulación y/o asesinato de toda la vieja guardia bolchevique, incluidos los mejores combatientes del Ejército Rojo. Esto sucedió no sólo en la URSS sino que muchos trotskistas fueron asesinados en otros países, como Rudolph Klement cuando terminaba los

preparativos del Congreso de Fundación de 1938 o en el mismo año, León Sedov, hijo de Trotsky y organizador de la IV internacional.³⁰ Las duras derrotas de los '30 habían fomentado el sectarismo en muchos de los pequeños grupos que formaron la Oposición de Izquierda primero y, luego, la Liga Comunista Internacional. Numerosos intentos de Trotsky para lograr que estos partidos salgan de ese estadio y comiencen a influenciar sectores de masas, como las reuniones con grupos centristas de izquierda con el objetivo de formar una nueva Internacional o las tácticas de entrismos en los partidos reformistas, fracasaron o tuvieron escasos resultados. Contra los escépticos de fundar la IV como I. Deutscher o I. Craipeau, Trotsky dice en el Programa de Transición: “Los escépticos preguntan: ¿Pero ha llegado el momento de crear una nueva Internacional? Es imposible, dicen, crear “artificialmente” una internacional. Sólo pueden hacerla surgir los grandes acontecimientos, etc. ... Lo único que demuestran estas expresiones es que los escépticos no sirven para crear una nueva Internacional. Por lo general, los escépticos no sirven para nada.

La IV Internacional ya ha surgido de grandes acontecimientos; de las más grandes derrotas que el proletariado registra en la historia. La causa de estas derrotas es la degeneración y la traición de la vieja dirección. La lucha de clases no tolera interrupciones. La III Internacional, después de la Segunda, ha muerto para la revolución. ¡Viva la IV Internacional!” Trotsky no negaba la debilidad del nuevo agrupamiento: “Sí, sus filas son todavía poco numerosas porque todavía es joven. Hasta ahora se compone sobretodo de cuadros dirigentes. Pero estos cuadros son la única esperanza del porvenir revolucionario, son los únicos realmente dignos de este nombre. Si nuestra Internacional es todavía numéricamente débil, es fuerte por su doctrina, por su tradición, y el temple incomparable de sus cuadros dirigentes. Que esto no se vea hoy, no tiene mayor importancia. Mañana será más evidente”. Trotsky plantea que a pesar de que la vanguardia proletaria es un enemigo irreconciliable de la guerra imperialista, no le teme a esta guerra. “Acepta dar la batalla en el terreno elegido por el enemigo de clase. Entra a este terreno con sus banderas flameando al viento”. Pero justamente, construir una dirección internacional en medio de una guerra mundial, hacía más necesaria la centralización y disciplina de sus miembros, contraponer el “centralismo revolucionario al centralismo de la reacción. Es indispensable contar con una organización de la vanguardia proletaria unificada por una disciplina de hierro, un verdadero núcleo selecto de revolucionarios templados dispuestos al sacrificio e inspirados por una indomable voluntad de vencer.”

Trotsky esperaba una reacción de los obreros y los ejércitos más rápida y decisiva que en la Primera Guerra Mundial, debido a las menores ilusiones democráticas y pacifistas, justamente por la experiencia relativamente reciente de la anterior guerra. Incluso era más optimista en la perspectivas de los revolucionarios que en la Primera Guerra Mundial. Estos no habían logrado, a pesar de la Revolución de Octubre, salir de su aislamiento y por lo tanto, su política servía esencialmente para delimitar en la vanguardia a los reformistas pero era de muy difícil aplicación. “La Cuarta Internacional, por el número de sus militantes y especialmente por su preparación, cuenta con ventajas infinitas sobre sus predecesores de la guerra anterior. La Cuarta Internacional es la heredera directa de lo mejor del bolchevismo. La Cuarta asimiló la tradición de la Revolución de Octubre y transformó en teoría la experiencia del período histórico más rico entre las dos guerras imperialistas. Tiene fe en sí misma y en su futuro.”³¹

En el artículo “La IV Internacional durante la guerra” de R. Prager, que publicó como introducciones a su compilación *Les Congrès de la Quatrième Internationale*, se pueden seguir las diversas Conferencias y Congresos que realizó la IV Internacional en este período, los distintos organismos dirigentes que fue adoptando no sólo según las condiciones objetivas (como su traslado de París a Nueva York) sino por los golpes sufridos (tanto por la represión como por las luchas internas). También se comentan allí las principales tesis, resoluciones o manifiestos publicados por estos organismos. Brevemente, y tomando hasta el año '42 en el que finaliza el presente tomo,

luego del Congreso de fundación de la IV en Septiembre de 1938 realizada en las afueras de París, la próxima reunión se realizó en Nueva York, en mayo de 1940, luego de la lucha fraccional con el grupo de Burnham y Shachtman. Fue llamada con motivo del inicio de la guerra y para elegir una nueva dirección. Esta fue conocida como la “Conferencia de Emergencia” de la IV Internacional. La lucha fraccional (desarrollada en el punto 9) culminó con la ruptura de un 40% del SWP, la mayoría de la juventud de la sección francesa y la disolución de hecho del Comité Ejecutivo Internacional votado en el Congreso de Fundación (ya que varios de sus miembros se unieron a la fracción). Dentro de la nueva dirección, Jean van Heijenoort,³² como miembro del Secretariado Internacional junto a Bert Cochran, se convierte en el dirigente más importante de la IV Internacional y es el autor de varios de sus documentos centrales.³³ Además de la crisis del SWP, la sección francesa, la segunda en importancia, continuaba en crisis. En “El ejecutivo de la IV internacional a Trotsky” y en la “Presentación de la ‘Conferencia de Emergencia’ de la IV Internacional”³⁴, se puede encontrar varios informes sobre la situación de los grupos en los distintos países.³⁵ Durante los años más negros de la guerra no sólo fue asesinado Trotsky sino que la mayoría de sus cuadros sufrieron persecuciones, encarcelamientos, juicios o fueron directamente asesinados en la URSS, Europa, China, Ceilán, India e incluso EE.UU. Las conexiones entre los grupos se cortaron casi completamente, salvo por los valerosos intentos de la “fracción marítima” (como la llama Prager) de cerca de 150 marineros norteamericanos³⁶ que lograron pasar correspondencia en varios países.³⁷ Sherry Mangan, militante del SWP y periodista norteamericano en el extranjero de reconocidas revistas, también logra hacer contacto con las secciones europeas y latinoamericanas. Luego se pierde todo contacto. Los franceses y belgas recién logran retomar el contacto entre ellos a principios de 1942 y reunirse en Bélgica para formar el primer Secretariado Europeo que se estableció en París e intentó coordinar a los distintos grupos trotskistas que estaban bajo la ocupación nazi.

La política revolucionaria en los países imperialistas

“democráticos”: el ejemplo de Estados Unidos

Trotsky estaba seguro de que Estados Unidos participaría en la guerra que se avecinaba. Allí se encontraba el que por entonces era el grupo más grande e influyente del movimiento trotskista: el Socialist Workers Party. Estados Unidos, que ya por entonces era el país imperialista más fuerte del planeta, contaba con una clase obrera muy militante en el plano sindical, pero muy atrasada políticamente (la gran mayoría apoyaba al Partido Demócrata de Roosevelt). Fue en este contexto que Trotsky formuló tácticas audaces en un intento por hacer que el partido norteamericano pudiera vincularse estrechamente con las masas obreras de ese país, que serían eventualmente enroladas en el ejército (especialmente su juventud), para así dotar al proletariado estadounidense de una perspectiva y una política de clase, independiente, frente a la guerra imperialista futura.

Al mismo tiempo que Trotsky y los trotskistas combatieron y denunciaron los llamados a “la lucha por la paz”, o al “desarme”, efectuados por los reformistas, separaban la hipocresía del pacifismo y patriotismo de las direcciones reformistas, de sus genuinas manifestaciones en las masas, en la medida en que el obrero, el campesino, las mujeres, etc, expresaban así su aprehensión y su rechazo a las masacres y los desastres acarreados por la guerra. En el Programa de Transición, Trotsky plantea: “El pacifismo y el patriotismo burgués son completas mentiras. En el pacifismo, lo mismo que en el patriotismo de los oprimidos, hay elementos que reflejan, de una parte el odio contra la guerra destructora y de otra parte su apego a lo que ellos creen que es su interés. Es necesario utilizar estos elementos para extraer las conclusiones revolucionarias necesarias. Es necesario oponer hostilmente estas dos formas de pacifismo y patriotismo”. Esta actitud se puede apreciar

claramente en la política aconsejada por él frente a la denominada “enmienda Ludlow” (cuando las masas se oponían a que Estados Unidos participara en la guerra), como en su formulación de la Política Militar Proletaria (que se anticipa al frenesí patriótico desatado luego del ataque contra Pearl Harbor en 1941).

La política hacia la “enmienda Ludlow”

En 1937, el senador demócrata Louis Ludlow presentó un proyecto de reforma constitucional ante la cámara baja del parlamento de Estados Unidos que exigía la realización de un referéndum directo del pueblo norteamericano antes de que el gobierno declarase la guerra. La propuesta fue derrotada por estrecho margen el 10 de enero de 1938. Una semana antes de que fuese rechazada, una encuesta de Gallup demostró que el 72% de la población norteamericana estaba a favor de la reforma. El Comité Político del SWP se opuso tajantemente a la propuesta de enmienda, entendiendo que ésta era de carácter pacifista, en tanto sembraba ilusiones de que la guerra podía ser detenida con la papeleta electoral en las urnas de un referéndum. La oposición en el seno de aquél era unánime, con la única excepción de uno de sus miembros (Burnham).

Se publicó un artículo en el periódico del SWP, *Socialist Appeal*, que mostraba todas las insuficiencias de la enmienda y condenaba las ilusiones pacifistas sembradas por sus defensores, demostrando que aquélla no impediría verdaderamente la guerra. Los trotskistas distinguían también su posición de la de los stalinistas norteamericanos, quienes se oponían a la enmienda entendiendo que ésta limitaba la capacidad de Estados Unidos de impedirle a las potencias fascistas el comienzo de la guerra. El artículo concluía en la necesidad de destruir el sistema capitalista, como única solución perentoria a la guerra.

En un artículo escrito por George Breitman, “La discusión sobre la enmienda Ludlow”, que publicamos en esta compilación, éste cuenta cómo Trotsky apoyó la posición de Burnham de levantar una política de apoyo crítica a esa iniciativa. En efecto, Trotsky consideraba que la enmienda “representa la aprehensión del hombre de la calle, del ciudadano común, del burgués medio, el pequeño burgués, y aún el granjero y el trabajador. Todos ellos buscan frenar la mala voluntad de las grandes empresas. En este caso llaman freno al referéndum. Sabemos que esto no es suficiente ni aún eficiente y proclamamos abiertamente esta opinión, pero al mismo tiempo estamos listos a ayudar al hombre humilde para llevar a cabo su experiencia contra las pretensiones dictatoriales de las grandes empresas. ¿El referéndum es una ilusión? Ni más ni menos que el sufragio universal y las otras medidas de la democracia. ¿Por qué no podemos utilizar nosotros el referéndum como utilizamos las elecciones presidenciales?”

En su intervención, Trotsky llamaba la atención hacia cuestiones de método, es decir, cómo abordar esta cuestión en el terreno de la política práctica. Entendía que la actitud del norteamericano medio hacia el referéndum revestía aspectos progresivos, y por lo tanto instaba a sus camaradas norteamericanos a utilizarlo, pero sin asumir ninguna responsabilidad política por las ilusiones contenidas en aquélla. Es interesante señalar aquí cómo Trotsky combina la intransigencia ideológica y de principios (“la guerra que se aproxima es imperialista y por lo tanto no es nuestra guerra”; “el pacifismo adormece a las masas obreras frente al peligro de la guerra”) con la flexibilidad táctica (“los acompañaremos en vuestra iniciativa de controlar al gobierno, aunque manteniendo nuestra agitación contra la guerra desde un punto de vista revolucionario”).

Las discusiones entre Trotsky y la máxima dirección de la sección norteamericana se continuaron en México, y allí logró persuadir a ésta de la necesidad de participar del movimiento antiguerra con una posición crítica. Finalmente, el SWP llegó a una síntesis política, autocriticándose de su

anterior posición, la que calificaba de “totalmente negativa”, en tanto “impidió al partido utilizar el sentimiento totalmente progresista de las masas que apoyaban la idea de someter a los instigadores de la guerra al control del referéndum popular ante la declaración de una guerra”.

La “política militar proletaria”

Luego de la crisis económica de 1937-38, llega a su fin el fracasado New Deal. Comienza un silencioso pero acelerado cambio hacia la economía de guerra, lo que los trotskistas llamaron el “War Deal”. Con el estallido de las hostilidades en Europa, el gobierno de Roosevelt comenzó a preparar a la opinión pública para la eventual participación en el conflicto. La propaganda de aquél intentaba capitalizar el instintivo rechazo de las masas a la barbarie nazi. Mientras tanto, el congreso republicano-demócrata votaba astronómicos presupuestos para solventar los planes de armamento. Por entonces, Trotsky formula a sus camaradas norteamericanos lo que se conocería como la política militar proletaria (PMP).

La primera formulación más precisa de ésta se encuentra en el Programa de Transición de 1938. Trotsky la entendía como un programa de consignas transitorias hacia la guerra, y fue formulada inicialmente como un sistema de consignas, o táctica, hacia las masas de los países imperialistas, Estados Unidos en particular. Luego de condenar tanto las ideas de “seguridad colectiva” y el pacifismo prevaleciente en diversos círculos de entonces, el Programa de Transición enumera una serie de posiciones específicas que los cuartainternacionalistas debían defender: oposición completa a los programas de armamentos, la completa abolición de la diplomacia secreta, el entrenamiento militar y el armamento de los obreros y los campesinos bajo control directo de comités de obreros y campesinos, la creación de escuelas militares para la formación de oficiales elegidos entre los trabajadores por las organizaciones obreras y la sustitución del ejército permanente por una milicia popular, vinculada indisolublemente a las minas, a las fábricas, a las granjas, etc.

En el “Manifiesto de Emergencia”, de mayo de 1940, poco antes de la caída de Francia en manos de la tropas nazis, Trotsky brindó la formulación más clara de la PMP. En una de sus secciones finales, titulada “Los obreros tienen que aprender la técnica militar”, el manifiesto señala: “La militarización de las masas se intensifica día a día. Rechazamos la grotesca pretensión de evitar esta militarización con huecas protestas pacifistas. En la próxima etapa todos los grandes problemas se decidirán con las armas en la mano. Los obreros no deben tener miedo de las armas; por el contrario, tienen que aprender a usarlas. Los revolucionarios no se alejan del pueblo ni en la guerra ni en la paz. Un bolchevique trata no sólo de convertirse en el mejor sindicalista sino también en el mejor soldado.

No queremos permitirle a la burguesía que lleve a los soldados sin entrenamiento o semientrenados a morir en el campo de batalla. Exigimos que el estado ofrezca inmediatamente a los obreros y a los desocupados la posibilidad de aprender a manejar el rifle, la granada de mano, el fusil, el cañón, el aeroplano, el submarino y los demás instrumentos de guerra. Hacen falta escuelas militares especiales estrechamente relacionadas con los sindicatos para que los obreros puedan transformarse en especialistas calificados en el arte militar, capaces de ocupar puestos de comandante.”

Al Richardson, historiador trotskista inglés recientemente fallecido, señala al respecto: “De lo que se trataba era de un intento de combinar los distintos procesos como lo hace el Programa de Transición, de manera tal que, por un lado, aquellos trabajadores que creían de manera equivocada que estaban luchando contra el nazismo y el fascismo y querían preservar las organizaciones de la clase obrera se les podía plantear el armamento de la clase obrera, por la instrucción militar de sus

propios oficiales y demás. Esto es sólo un aspecto. Esta política por un lado era para poder entrar en contacto con la conciencia de la clase obrera en ese punto, y por el otro lado, para prepararse para cuando se produjera el giro a la izquierda al final de la guerra, momento en el cual se esperaba que se planteara la cuestión del poder. De esta forma los trabajadores ya tendrían sus instituciones militares, como las Guardias Rojas en Petrogrado en 1917, y luego podrían hacer el intento de tomar el poder.”³⁸

Mientras tanto, Francia caía, casi sin combatir, en manos de Hitler, y el fascismo parecía aprestarse a dominar el planeta por décadas, lo cual agravó al extremo la presión a alinearse con el campo de las potencias “democráticas” -EE.UU. e Gran Bretaña- para combatirlo. Recordemos también que Stalin mantenía su pacto contrarrevolucionario con la Alemania nazi, y los PCs de todo el mundo habían librado al proletariado a su suerte.

Trotsky, en cambio, recurrió a la caída de Francia en manos nazis, utilizándola con fines de propaganda para mostrar la podredumbre del imperialismo y la incapacidad de la democracia burguesa de defenderse a sí misma.

A finales de septiembre de 1940, poco tiempo después de que Trotsky fuera asesinado, el SWP adoptaba una resolución política sobre la PMP. En el apartado titulado “Adaptando nuestra táctica a la guerra” se exponen claramente los fundamentos políticos de la misma: “Estamos en contra de la guerra en su conjunto, así como estamos en contra del dominio de la clase que la está librando, y nunca bajo ninguna circunstancia votamos otorgarle ninguna confianza en la conducción de la guerra...Nuestra guerra es la guerra de la clase obrera contra el sistema capitalista. Pero sólo contando con las masas es posible conquistar el poder y establecer el socialismo; y en estos tiempos que corren, las masas en las organizaciones militares están destinadas a jugar el rol más decisivo de todos. En consecuencia, es imposible afectar el curso de los eventos mediante una política de abstención. Es necesario tomar al militarismo capitalista como una realidad dada a la cual todavía no podemos abolir en razón de que no somos lo suficientemente fuertes, y adaptar nuestras tácticas concretas a él. Nuestra tarea es proteger los intereses de clase de los obreros en el ejército, al igual que lo hacemos en la fábrica. Eso significa participar en la maquinaria militar persiguiendo fines socialistas. Los revolucionarios proletarios están obligados a tomar su puesto al lado de los trabajadores en los campos de entrenamiento militar y en los campos de batalla en la misma forma que lo hacen en la fábrica. Ellos están codo a codo con las masas de obreros-soldados, plantean en todo momento y bajo todas las circunstancias un punto de vista independiente de clase, y tratan de ganarse a la mayoría para la idea de transformar la guerra en una lucha por su emancipación socialista.”

El SWP, actuando en consecuencia con esta política, destinó un destacamento de militantes a la flota mercante de Estados Unidos. Estos militantes, destinados a los convoyes que surcaban el Atlántico Norte ayudaron a mantener los lazos con Europa durante el transcurso de la guerra. Por momentos, podría decirse que el SWP imprimía a la propaganda sobre la PMP un sesgo un tanto “defensista”, aproximándose a una posición que postulaba la “necesidad de librar la guerra contra el fascismo hasta el final”.

Con la entrada de Estados Unidos en la guerra, luego del ataque japonés contra Pearl Harbor, las masas estadounidenses cayeron presas del fervor patriótico. El gobierno de Roosevelt lanzó una caza de brujas contra los trotskistas, y en junio de 1941 el FBI arrestó a 29 militantes del sindicato camionero de Minneápolis. El 15 de julio fueron acusados de “conspiración sediciosa”, siendo enjuiciados en octubre. Dieciocho de ellos, incluyendo a James P. Cannon, el máximo dirigente del SWP, fueron sentenciados a dieciséis meses de prisión.

Cabe señalar que la sección británica oficial, la Revolutionary Socialist League (RSL), se opuso a la PMP, por considerar que en la situación inglesa de ese momento, conllevaba a ceder al

“defensismo” (defensa de la patria capitalista). Esta oposición se suscitó justo luego de la caída de Francia, y con las tropas nazi acechando al otro lado del canal, lo cual tornaba una invasión alemana contra las Islas Británicas una posibilidad muy real y concreta. La Workers International League (WIL), que era el grupo trotskista no oficial, por el contrario, apoyó en forma entusiasta la PMP y destinó a un sector de sus militantes al ejército, los cuales fueron enrolados al comienzo de la guerra. Por otra parte, la WIL realizó una intensa agitación para que permitieran usar el subte de Londres como refugio antiaéreo cuando arrasaban las bombas alemanas. El grupo se orientó principalmente al movimiento obrero. En 1943 obtuvo importantes éxitos al apoyar las huelgas contra los extenuantes ritmos de trabajo impuestos en la industria armamentística y la industria en pos del esfuerzo de guerra.

Antecedentes de la PMP

Esta política, que fue muy controversial en su momento, hasta el punto de que hubo quienes acusaron a Trotsky de capitular ante el bando “democrático” de las potencias aliadas, reconoce, empero, otros antecedentes en los años ‘30, frente al ascenso del fascismo. Por ejemplo, en “La guerra y la IV Internacional”, se plantea que “la lucha contra la guerra supone la lucha contra el fascismo”. ¿Cómo debía librarse esta lucha? En primer lugar, los trotskistas rechazaban la idea de exigir al estado que desarmara a las bandas fascistas, y levantaban en cambio la política de crear destacamentos obreros armados con el propósito de la autodefensa. En segundo lugar, se planteaba la lucha por ganar al ejército, como episodio fundamental de la lucha por el poder: “el trabajo persistente y abnegado entre los soldados es un deber de todo partido realmente proletario”.

No obstante, el manifiesto sobre la guerra advertía que era una ilusión suponer que solamente con la propaganda se puede volcar todo el ejército del lado del proletariado, haciendo así innecesaria la revolución, afirmando que los sectores más importantes del ejército se pasarían del lado del proletariado, en el momento de la revolución, sólo si éste les demostraba en la acción que estaba dispuesto a luchar por el poder hasta el final.

Asimismo, Trotsky, en “Un Programa de acción para Francia”, de junio de 1934, combatiendo contra las reaccionarias políticas socialpatrióticas y de colaboración de clase del stalinismo y la socialdemocracia francesa, sostenía la necesidad de defender los derechos democráticos, en el camino al poder proletario. Partía de cuestiones económicas inmediatas, planteaba consignas democráticas y anti-fascistas (abolición del senado, la presidencia, por una asamblea constituyente, etc), y culminaba en la necesidad de un gobierno obrero y campesino, basado en milicias obreras armadas, las cuales eran doblemente necesarias en razón de la amenaza fascista. El programa criticaba los llamados lanzados por el PC al estado, al cual le exigía que desarmara y disolviera las ligas fascistas activas en Francia por entonces, planteando la necesidad del frente único necesario para defender a los obreros franceses del fascismo.

La Guerra Civil Española, como señala Joubert, brindó también a Trotsky la oportunidad de elaborar la actitud de los revolucionarios en una guerra civil dirigida contra una revolución en marcha, con un gobierno burgués que estaba siendo atacado. Trotsky polemizó en 1937 con algunos de sus camaradas norteamericanos que sostenían que se oponían a brindar cualquier clase de apoyo político o militar al gobierno burgués republicano. Señalaba que en la guerra civil española los revolucionarios no podían ser “derrotistas”, ni tampoco neutrales, sino que debían ser “defensistas”: “Participamos en la lucha contra Franco como los mejores soldados y al mismo tiempo, en interés de la victoria sobre el fascismo, agitamos a favor de la revolución social, y nos preparamos para el derrocamiento del gobierno derrotista de Negrín.” Y luego aclaraba: “La

defensa de la democracia burguesa contra el fascismo es sólo un episodio táctico, subordinado a nuestra línea: derrocar la democracia burguesa y establecer la dictadura del proletariado”.³⁹

La PMP y la tradición leninista

En la controversia suscitada alrededor de la PMP en el seno del movimiento trotskista, algunos de sus partidarios y adversarios políticos por igual llegaron a acusar a Trotsky de capitular ante el social-patriotismo. Varios de ellos echaron mano de Lenin para sostener que la política de Trotsky se hallaba en contradicción flagrante con el derrotismo revolucionario, que aquél había postulado frente a la Primera Guerra Mundial.

¿Pero cuál era en verdad la lógica de Trotsky? En contra de toda política pacifista o de todo sectarismo pasivo, que partía del hecho cierto de que la guerra era de hecho imperialista -y por lo tanto contrarrevolucionaria- para arribar a la conclusión de que no había nada por hacer entonces, Trotsky consideraba que era posible desarrollar una política positiva en la Segunda Guerra. Muchos sectarios de entonces habían adoptado una posición que en apariencia seguía a Lenin a pie juntillas: esta es una guerra imperialista, por lo tanto se impone una actitud de derrotismo revolucionario. Pero Trotsky rechazaba esto como un silogismo reñido con la lógica viva y contradictoria de la guerra y su eterna antagonista: la revolución.

Como señala J. P. Joubert, la política de derrotismo revolucionario era una política que esencialmente buscaba delimitar a la izquierda de la socialdemocracia europea de la capitulación al social-patriotismo. Es decir, Lenin trataba, en primer lugar, de reagrupar a la vanguardia y a los elementos más avanzados de la socialdemocracia, y no de formular una política activa hacia el movimiento obrero. Habiendo dicho esto, no obstante, es importante señalar que Lenin no se limitó a una denuncia negativa de la guerra, sino que incluso formuló un programa por la positiva para la misma.

En un texto poco conocido y raramente citado, “El programa militar de la revolución proletaria”, Lenin formula lo que podríamos llamar, sin temor a abusar de los términos, una “política militar del proletariado”. En el apartado III, donde éste polemiza contra los defensores del desarme, que objetan el punto del programa referente a “armas para el pueblo”, leemos:

“En lo que se refiere a la milicia, deberíamos decir: no estamos por una milicia burguesa, estamos únicamente por una milicia proletaria. Por consiguiente, ‘ni un centavo, ni un hombre’, no sólo para el ejército regular, sino tampoco para la milicia burguesa, incluso en países como Estados Unidos, o Suiza, Noruega, etc... Podemos exigir la elección de los oficiales por el pueblo, la abolición de todos los tribunales militares, iguales derechos para los obreros extranjeros y los nacidos en el país... Además, podemos exigir, digamos, que cada cien habitantes de un país determinado tengan derecho a formar asociaciones de adiestramiento militar voluntario, con libre elección de instructores, pagados por el Estado, etc. Sólo en tales condiciones podría adquirir el proletariado adiestramiento militar, para sí, y no para sus esclavizadores; y los intereses del proletariado exigen absolutamente ese adiestramiento.”

Con esta cita no pretendemos resolver de un solo golpe un problema teórico político complejo, pero sí señalar que aquellos que oponen un Lenin “derrotista revolucionario” intransigente a un Trotsky pragmático -o incluso oportunista- frente a los imperialismos “democráticos” pasan por alto una parte integral de la política de Lenin hacia la Primera Guerra Mundial.

Pero para obtener un cuadro más acabado acerca de esta cuestión debemos considerar un aspecto clave: la estrategia en la época imperialista. La PMP planteaba en forma aguda una política de

poder que era, a la vez, una aplicación y un desarrollo del Programa de Transición. Ésta representaba el programa transicional en un período de guerra con sus propias características particulares (militarismo universal, etc), partiendo del supuesto de la naturaleza reaccionaria de la guerra, del hecho de que la transformación de la sociedad estaba a la orden del día, y de la necesidad de una política para llevarla adelante: la PMP. Trotsky, entonces, enfrenta la segunda guerra con una teoría acabada de la revolución, y con la perspectiva de que las revoluciones paridas por la guerra serían socialistas. En este respecto, tanto la perspectiva estratégica de los trotskistas, como el programa y las consignas, eran mucho más maduras, e incluso superiores, a las de Lenin y los bolcheviques. Y lo eran porque condensaban la experiencia de décadas de lucha del proletariado en la guerra y la revolución, así como la lucha contra sus direcciones reformistas y conciliadoras.

A modo de conclusión, podemos decir que si se parte del carácter reaccionario de la guerra para caer en una política puramente pasiva, sin tener en cuenta la relación orgánica de ésta con la revolución proletaria en la época imperialista, si estos dos aspectos son considerados aisladamente, despojados de su conexión orgánica, la política de los revolucionarios se resiente: sin una estrategia de lucha irreconciliable contra el imperialismo, se corre el riesgo de la degeneración social-patriota, de actuar en forma oportunista como quinta columna de la burguesía en las filas del movimiento obrero. Sin una política activa que permitiera a la vanguardia proletaria intervenir en un cataclismo que efectivamente arrasó con ciudades, países y continentes enteros, los revolucionarios quedarían sumidos en una posición pacifista y pasiva que conducía a su aislamiento inexorable de las masas. El puente que Trotsky intentó levantar fue la PMP.

Por otra parte, esta política iba de la mano con la confraternización, tal como señala el “Manifiesto de Emergencia” de 1940: “propagandizamos la unidad de los obreros de todos los países beligerantes y neutrales; llamamos a la fraternización entre obreros y soldados dentro de cada país y entre los soldados que están en lados opuestos de las trincheras en el campo de batalla”. En Francia, los trotskistas dieron una lección formidable de internacionalismo práctico, militante al intentar una experiencia en este sentido con las tropas alemanas estacionadas en la ciudad portuaria de Brest. Los militantes franceses publicaron Arbeiter und Soldat (Trabajadores y soldados) desde julio a octubre de 1943, un periódico clandestino que llamaba a la confraternización entre los soldados alemanes, obreros en uniforme, y sus hermanos franceses, delimitándose del veneno chauvinista que insuflaba en el movimiento de resistencia el PC francés, que instaba a una política puramente revanchista que conducía a linchamientos y a la muerte. Este intento fue lamentablemente descubierto por los jefes militares de la Gestapo y todos los partícipes ejecutados, pero queda como una lección de internacionalismo intransigente en las peores horas que vivió la humanidad.

La política revolucionaria contra el fascismo

Muchos historiadores de postguerra afirmaron (y lo siguen haciendo) que el fascismo fue la consecuencia (o una respuesta) al bolchevismo. Trotsky, por el contrario, define categóricamente que las calamidades que acecharon y acecharán a los pueblos del mundo son la consecuencia de la no expansión de la revolución de 1917. Las tendencias hacia el fascismo como hacia la guerra misma, estaban signadas por la crisis de los estados nacionales frente al desarrollo de sus fuerzas productivas, la “vuelta a la nación”, el mayor proteccionismo, la represión hacia las instituciones del movimiento obrero y su vanguardia, eran producto del fracaso de la revolución proletaria y no “consecuencia” de ésta.

Partiendo del carácter interimperialista de la guerra, Trotsky se diferenció por un lado de los que marcaban un corte entre la Primera Guerra y la Segunda, basados en que el fascismo era un fenómeno nuevo, y lo utilizaban como argumento para negar su carácter imperialista y ubicarse en el “bando antifascista”. Pero también se diferenció de los que veían una mera continuidad entre las dos guerras y negaban su “profundización”. Negar este salto justificaba muchas veces políticas sectarias o conducía a repeticiones mecánicas de las viejas fórmulas de los revolucionarios durante la Primera Guerra.

Que la guerra que se avecinaba era de carácter interimperialista no implicaba para los trotskistas subestimar al fascismo y la necesidad del movimiento obrero de entablar una lucha encarnizada contra él desde sus inicios, ya que sería el principal perjudicado. Decenas de artículos de Trotsky sobre cómo encarar una lucha revolucionaria desde el surgimiento del fascismo italiano, pasando por la lucha contra el ascenso del nazismo y las tendencias fascistas en Austria, Francia o España, demuestran que la IV Internacional tenía sólidas bases para definir su intervención frente a la consolidación y avance de éste. Por el contrario, en todos los países donde avanzaba el fascismo, la burguesía nacional así como los partidos reformistas demostraron no sólo su impotencia para enfrentarlo sino que su política no hacía más que reforzarlo. De haber triunfado alguno de los procesos revolucionarios que antecedieron a la guerra, especialmente en países tan importantes como los anteriormente mencionados, esto hubiese impedido el avance tanto del fascismo como de las tendencias hacia una nueva guerra mundial.

Los obreros debía enfrentar y derrotar con todas sus fuerzas al fascismo en cada país, pero para ello justamente no podían confiar en ningún sector burgués o pequeñoburgués, sino sólo en sus propios métodos y con una política independiente. Trotsky no tenía una posición abstencionista frente al fascismo: “Defendemos a la democracia contra el fascismo por medio de las organizaciones y métodos del proletariado”.⁴⁰ Esta debía tomar en cuenta incluso que el fascismo era el mayor fortalecedor de las ilusiones democráticas en las masas. Ya en 1933, contra la teoría ultraizquierdista del stalinismo de ese período de que la instauración del fascismo “acelera el ritmo de desarrollo de la revolución proletaria alemana al destruir las ilusiones democráticas de las masas y liberarlas de la influencia de la socialdemocracia”, Trotsky plantea: “En teoría, la victoria del fascismo demuestra más allá de toda duda que la democracia está agotada; políticamente, empero, el régimen fascista mantiene los prejuicios democráticos, los recrea, los inculca en la juventud y hasta es capaz de impartirles mucha fuerza durante un tiempo. En ello, precisamente, reside una de las manifestaciones más importantes del carácter histórico reaccionario del fascismo.” El viraje de la política stalinista hacia los frentes populares antifascistas, esta vez azuzando el peligro del fascismo separándolo de su carácter imperialista, no hacía más que alimentar ilusiones en las “democracias” imperiales justificando la utilización del movimiento de masas como carne de cañón de las disputas interimperialistas. Dando el ejemplo de una década de fascismo en Italia, Trotsky parte de la existencia de una nueva generación que sólo vivió bajo la dictadura para rematar: “El fascismo triunfante no es la locomotora de la historia sino su gran freno. Así como la política de la socialdemocracia llevó al triunfo de Hitler, el régimen del nacionalsocialismo prepara inexorablemente la revitalización de las ilusiones democráticas.”

Trotsky había planteado ya en 1923 la imposibilidad de una “unidad europea” pacífica sobre bases capitalistas partiendo de que dadas las rivalidades europeas (especialmente entre Francia y Alemania) y las de Europa y Estados Unidos, éstas sólo se podían resolver sobre la destrucción o el aplastamiento de unos sobre otros.⁴¹ Así lo había demostrado la Primera Guerra y la resolución de ésta representada en el Tratado de Versalles. La necesidad de Alemania de salir del corsé impuesto por el Tratado y de conquistar nuevos mercados marcaba los planes ofensivos de conquista de Hitler tanto hacia Europa Occidental como hacia la oriental (especialmente la URSS). Desde el punto de vista de los objetivos de dominación imperialista, en la Segunda Guerra, la rivalidad

central se planteaba entre Alemania y EE.UU. ya que los dos anhelaban dominar al mundo. Para ello cada uno debía partir de la dominación de su “patio trasero” como plataforma para el resto del mundo. EE.UU. corría con la ventaja de su propio desarrollo colosal y de haber llegado a fines de la década del '30 con un dominio bastante firme del continente latinoamericano. Alemania, en cambio, tenía limitaciones internas y sobretodo carecía de colonias o semicolonias, especialmente luego del Tratado de Versalles. La otra gran dificultad aparente que se le planteaba era que debía conquistar un continente conformado esencialmente por potencias imperialistas (aunque decadentes) hacia el oeste y nada menos que al potente estado obrero hacia el este. Pero esta dificultad no resultó ser tan grande, ya que Hitler pudo utilizar desde sus inicios las distintas rivalidades y debilidades imperialistas europeas, la política contrarrevolucionaria de la burocracia stalinista y el miedo de ambos a que el desencadenamiento de la guerra desarrollase la revolución, por lo que fue ayudado por distintas vías a consolidarse y avanzar en su ofensiva. Durante el período 33-39, las democracias imperialistas tendieron rápidamente a la bonapartización o a regímenes fascistas,⁴² que se generalizaron y consolidaron en el continente europeo entre 1939 y 1940,⁴³ confirmando los pronósticos de Trotsky y reafirmando que no existe para la burguesía un “compartimento estanco” entre regímenes de dominación democráticos u “autoritarios”. Pero también Trotsky analizó las diferencias entre los regímenes bonapartistas y de estos con los fascistas: “Hay un elemento de bonapartismo en el fascismo. Sin este elemento, a saber, sin la elevación del poder estatal por encima de la sociedad debido a una extrema agudización de la lucha de clases, el fascismo habría sido imposible. Pero señalamos desde el comienzo mismo que se trataba fundamentalmente del bonapartismo de la época de la declinación imperialista, que es cualitativamente diferente del de la época de auge de la burguesía. Luego diferenciamos al bonapartismo puro como prólogo de un régimen fascista. Porque en el caso del bonapartismo puro el gobierno del monarca se aproxima.”⁴⁴

La tendencia en la época al fascismo se basaba, en última instancia, en la tendencia a la eliminación de la competencia capitalista frente al avance de los monopolios: “La competencia necesita de ciertas libertades, una atmósfera liberal, un régimen democrático, un cosmopolitismo comercial. El monopolio necesita en cambio un gobierno tan autoritario como sea posible, murallas aduaneras, sus “propias” fuentes de materias primas y mercados (colonias). La última palabra en la desintegración del capital monopolista es el fascismo.”⁴⁵ Por ello Trotsky planteaba que la superación de la crisis económica que hundía a Europa sólo podía ser superada verdaderamente por la unidad de los trabajadores europeos a través de los Estados Unidos Socialistas de Europa. EE.UU., esperaba agazapado el mayor hundimiento de Europa para comprarla luego por unas monedas. Pero de conquistar Europa, también lo haría a través de regímenes fascistas.

La ofensiva e invasión de Austria entre 1934-38 y la posterior invasión de Checoslovaquia comenzaron a demostrar cuán rápidamente la burguesía y las “democracias” de estos países (los dos considerados imperialistas por Trotsky) cedían al invasor nazi. Un sector huía, otro se convertía en colaborador directo, subordinándose o administrando la ocupación, pero ninguno apelaba a las masas para enfrentar militarmente al invasor. Este fue un claro ejemplo del significado del concepto de “patria” y de “clase” para las burguesías. El llamado a la “defensa de la patria” se termina cuando se pone en peligro su existencia como clase social, ya sea por la amenaza de una burguesía más fuerte o, con mayor razón, por la amenaza de la revolución proletaria. En este sentido, el caso más emblemático fue Francia, país al que incluso Trotsky en los comienzos de la guerra veía difícil que el nazismo lograra invadir en su totalidad. En El fin de la democracia francesa y en ¿Cómo cayó París? (en la sección impresa de la compilación y en el CD, respectivamente) Sherry Mangan, al que su trabajo como corresponsal le permitió presenciar en París el momento de la invasión, relata brillantemente los acontecimientos y las causas de la actitud tan cobarde de la burguesía y el ejército francés.

La discusión sobre la actitud de los revolucionarios en los países ocupados por los nazis o fascistas, aunque siguió desarrollándose durante toda la guerra, comenzó en vida de Trotsky. Era un fenómeno nuevo, aunque existían antecedentes durante la Primera Guerra Mundial como la invasión alemana a Bélgica, parte de Francia y Ucrania. Pero su novedad residía no en la ocupación (ya que numerosas colonias eran ocupadas directamente por países imperialistas), sino en la existencia misma del nazifascismo y en que la ocupación involucraba a una importante cantidad de países imperialistas.

La magnitud y la velocidad que adquirieron las ocupaciones en el comienzo de la guerra planteaban varios y nuevos interrogantes: ¿Se estaba frente a la posibilidad de un “nuevo orden fascista”? ¿Esta posibilidad era histórica o coyuntural? ¿Podían convertirse las antiguas potencias imperialistas europeas en nuevas semicolonias o colonias alemanas? ¿Debía ser la misma la actitud de los revolucionarios en los países democráticos que en los invadidos? ¿Se debía pregonar en ellos “la transformación de la guerra imperialista en guerra civil” o se debía priorizar la unidad con sectores de la pequeña burguesía (o incluso de la burguesía) para enfrentar este peligro que amenazaba a la civilización humana? ¿Era similar la actitud de los revolucionarios en un país invadido si anteriormente se trataba de un imperio o de una semicolonia?

Después del golpe en Austria de 1934, frente a la posibilidad de que los nazis ocupen el país, Trotsky plantea en forma de diálogo: “El único método para defender a Austria de Hitler es golpeando a la burguesía austríaca. La política del “mal menor” conduce inexorablemente al mayor de los males. No hubo mejor manera de ayudar a Hitler que mediante el apoyo a Brüening.⁴⁶ Lo propio puede decirse de los Brüenings austríacos.

A: ¿Qué solución propone usted?

B: La guerra revolucionaria en dos frentes se trata de combinar la lucha contra Schuschnigg⁴⁷ con la lucha contra los nazis. No podemos ser cómplices del engaño de la independencia. [Trotsky plantea que la independencia de Austria es una mentira ya que era vasalla del imperialismo italiano, NdR]. Pero ese es un problema que discutiremos en otro momento.

A: Usted acaba de decir que el proletariado austríaco debe combinar la lucha contra Schuschnigg con la lucha contra Hitler. No olvide que los socialistas revolucionarios y el PC también quieren derrocar a Schuschnigg.

B: Claro que sí. Pero al mismo tiempo asumen la posición de la defensa de la “independencia” austríaca, que es la posición de Schuschnigg. Así confunden a los obreros, desorganizan y dividen la lucha proletaria. Sus declaraciones se confunden cada vez más con las del gobierno. El grito de batalla del gobierno es “Austria”. La consigna del PC también es “Austria.”

“Toda su política se basa en la siguiente idea: el principal enemigo de los obreros austríacos y rusos es Hitler. Por lo tanto, la primera tarea es golpear a Hitler. Por eso es necesario que el proletariado se alíe con las “fuerzas antifascistas”, término vergonzoso que incluye a la burguesía “democrática” dentro y fuera de Austria. Lógicamente, no se puede formar esta alianza sin la postergación de la lucha de clases. La alianza del proletariado con la burguesía es inconcebible sobre otras bases. Pero, como hemos tratado de demostrar, esta política facilita la victoria de los nazis.

Nuestro camino es distinto. Partimos de la base de que en época de guerra la cuestión de la lucha por el poder está planteada quizás con mayor gravedad que en época de crisis económica.

Es necesario utilizar la guerra para desencadenar la revolución proletaria en todos los países. Pero eso sólo es posible si se lucha implacablemente contra el poder que conduce la guerra. Sólo así

podremos agrupar a los estratos inferiores de la pequeña burguesía y sectores decisivos del ejército en torno al proletariado y hacer la revolución.”⁴⁸

Trotsky prevé en 1937 la ocupación total del país por los nazis, que se concreta en 1938. Al día siguiente de la invasión, observa el trágico simbolismo de que ésta coincida con el término de los juicios de Moscú, ya que estos provocaron la desmoralización de la población, envalentonando a Hitler para su acción.

El 30 de septiembre de 1938, con la firma del pacto de Munich entre Chamberlain (Gran Bretaña), Daladier (Francia), Hitler y Mussolini, se le permite a Alemania (como “garantía de la paz”) anexar la región de los Sudetes,⁴⁹ dejando libre el camino para la invasión al conjunto de Checoslovaquia y por esta vía, para la posterior invasión a la URSS (cuestión que empujó a Stalin, como predijo Trotsky, a la firma del pacto Hitler-Stalin). Absolutamente alejado de plantear la “defensa nacional” de Checoslovaquia y desde una perspectiva internacionalista, Trotsky plantea: “La crisis de Checoslovaquia reveló con notable claridad que el fascismo no existe como factor independiente. Es sólo una de las herramientas del imperialismo. La “democracia” es otra de sus herramientas. El imperialismo se eleva por encima de ambos. Los pone en movimiento de acuerdo a sus necesidades, algunas veces contraponiendo una al otro, otras combinándolos amigablemente. Luchar contra el fascismo aliándose al imperialismo es lo mismo que luchar contra las garras o los cuernos del diablo aliándose con el diablo.

La lucha contra el fascismo exige antes que nada que se expulse a los agentes del imperialismo “democrático” de las filas de la clase obrera. El proletariado revolucionario de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS debe declarar una lucha a muerte contra su propio imperialismo y su agente, la burocracia de Moscú. Sólo así podrá despertar expectativas revolucionarias en los obreros italianos y alemanes, y al mismo tiempo nuclear a su alrededor a los cientos de millones de esclavos y semiesclavos con que cuenta el imperialismo en todo el mundo. Para garantizar la paz entre los pueblos tenemos que derribar al imperialismo, cualquiera que sea la máscara que adopte. Sólo lo podrá lograr la revolución proletaria. Para prepararla, los obreros y los pueblos oprimidos tienen que oponerse irreconciliablemente a la burguesía imperialista y unirse en un solo ejército revolucionario internacional. La única que en la actualidad emprendió esta gran tarea es la Cuarta Internacional. Por eso la odian los fascistas, los “demócratas” imperialistas, los social-patriotas y los lacayos del Kremlin. Este odio constituye un síntoma real de que bajo sus banderas se unirán todos los oprimidos.”⁵⁰

La democracia checoslovaca, liderada por Benes, respondió a las demandas de armamento contra los fascistas de las manifestaciones populares, llamando a los generales a tomar el poder, los cuales prepararon la transición... hacia el dominio de Hitler (reproduciendo el traspaso de la república de Weimar al poder de Hitler).

En “Una lección reciente”, Trotsky responde a la posición que llamaba a luchar “por la independencia nacional” en el hipotético caso que se entable un combate aislado entre Checoslovaquia y Alemania. Trotsky insiste en que no se puede considerar una guerra por fuera de las relaciones imperialistas europeas y mundiales. Y en el marco de la proximidad de la guerra plantea: “Una guerra imperialista, no importa en qué rincón del mundo comience, no se libra “por la independencia nacional” sino por la redivisión del mundo en función de los intereses de las distintas camarillas del capital financiero. Esto no excluye que, de paso, la guerra imperialista mejore o empeore la situación de tal o cual nación a expensas de otra. Así como el Tratado de Versalles desmembró Alemania un nuevo tratado de paz puede desmembrar Francia”. Ya en 1937 prevé la posible ocupación parcial de Francia (y que de darse en forma total se abrían las puertas a la ocupación de toda Europa). Pero al mismo tiempo, Trotsky no tenía una política abstencionista en el caso de invasión fascista. En 1938, por ejemplo, plantea que de darse un golpe de estado de

los fascistas en Francia y en el caso de que Daladier movilizara a las tropas, los trabajadores revolucionarios, mientras mantienen su independencia política luchan junto a esas tropas.⁵¹ En el caso de Checoslovaquia, antes de la invasión nazi, plantea que debido al carácter imperialista de este país, no importaba su salvación económica, política y militar⁵² sino que la lucha era por los Estados Unidos Socialistas de Europa. Sin embargo, no descarta que frente a la entrada de tropas alemanas, el partido lucharía contra ellos.

En 1939 surge una discusión sobre el derrotismo con el grupo palestino Haor, que planteaba que éste no debía ser aplicado en los países que estaban en guerra con el fascismo, ya que a diferencia de la Primera Guerra, “la reacción monárquica en la última guerra, afirman, no fue de carácter histórico agresivo, era más bien un vestigio, mientras que el fascismo representa en la actualidad una amenaza directa e inmediata a todo el mundo civilizado. Por eso, la lucha contra él es la tarea del proletariado internacional, tanto en la paz como en la guerra”.⁵³

Trotsky responde planteando que el carácter cada vez más reaccionario de la dominación imperialista, mantenía todo el vigor de la política derrotista. Volviendo a definir el contenido de ésta: “El derrotismo es la política de clase del proletariado, que incluso durante la guerra ve a su principal enemigo en casa, en su propio país imperialista. El patriotismo, en cambio, es una política que ubica a su principal enemigo fuera de su propio país. La idea del derrotismo significa en realidad lo siguiente: llevar adelante una irreconciliable lucha revolucionaria contra la propia burguesía como enemigo principal, sin detenerse por el hecho de que esta lucha pueda causar la derrota de propio gobierno; dado un movimiento revolucionario la derrota del propio gobierno resulta el mal menor. Lenin no dijo, ni quiso decir otra cosa. Ni siquiera se puede hablar de alguna otra forma de “ayuda” para causar la derrota. ¿Debería renunciarse al derrotismo revolucionario en relación a los países no fascistas? Aquí está el nudo de la cuestión; a partir de este punto se yergue o cae el internacionalismo revolucionario.” En la época de decadencia capitalista los cambios de regímenes son circunstanciales, no alteran los cimientos sociales, ni frenan la decadencia capitalista. La actitud de los revolucionarios no podía estar subordinada a “consideraciones y especulaciones tácticas coyunturales”. En el caso específico de la invadida Checoslovaquia (que los palestinos invocaban para negar la efectividad del derrotismo), no se aplicaba el “derrotismo” ya que la burguesía ni siquiera había entablado una guerra. Por el contrario, el proletariado habría podido tomar el poder de haber un partido revolucionario, lo cual sería más favorable para las masas. Estamos por la guerra revolucionaria pero no se puede confiar en la burguesía checa para luchar contra el fascismo. Ayudar a la burguesía francesa a “luchar contra el fascismo” era lo mismo que apoyar un nuevo Tratado de Versalles (es decir, más fascismo). El triunfo de la revolución proletaria en un país es mucho más fuerte contra el fascismo que cualquier triunfo de las democracias.

Inmediatamente luego de la invasión de Francia (junio de 1940), plantea que ésta se está convirtiendo en una nación oprimida social y nacionalmente, aunque reafirma que sólo la democracia proletaria puede “salvar” a Francia del fascismo. Por otro lado, Trotsky no ve la perspectiva histórica del nazismo como un régimen de dominación permanente ni que Alemania pudiera sostener por demasiado tiempo su dominio de los países ocupados. Se basaba en “qué difícil es utilizar con métodos militares la riqueza natural y la fuerza de trabajo de un pueblo derrotado; y qué rápido se desmoraliza un ejército de ocupación en una atmósfera de hostilidad universal”.⁵⁴ Veía una tendencia a exagerar la fuerza de Hitler y subestimar los límites objetivos de sus éxitos y conquistas. Incluso si triunfaba sobre Inglaterra “para mantener sus conquistas se vería obligada en los próximos años a soportar sacrificios económicos de tal magnitud que superarían las ventajas que pudieran derivarse directamente de sus victorias”.⁵⁵ Esto empeoraría las condiciones de vida de las masas alemanas y aumentaría su descontento y el del ejército. “Los soldados alemanes, es decir, los obreros y los campesinos, tendrán más simpatía, en

la mayoría de los casos, por los pueblos vencidos que por su propia casta dirigente. La necesidad de intervenir en todo momento como ‘pacificadores’ y opresores, desintegrará rápidamente a los ejércitos de ocupación, infectándolos de un espíritu revolucionario”.⁵⁶ Trotsky reitera: “El nuevo mapa bélico de Europa no invalida los principios de la lucha de clases revolucionaria. La Cuarta Internacional no cambia su rumbo”.⁵⁷

Al mismo tiempo que sostenía este principio, Trotsky demuestra el alcance de su flexibilidad táctica cuando, tomando en cuenta “la revitalización de las ilusiones democráticas” que causaba el avance de Hitler en los obreros norteamericanos, se dirige al SWP para que éste fortalezca y profundice su propaganda “contra las tendencias pacifistas, los prejuicios y falsedades”. En uno de sus últimos escritos, “Combatir el pacifismo”,⁵⁸ Trotsky plantea cómo dialogar con estas ilusiones planteando que “Lo que a los trabajadores les parece que vale la pena defender nosotros estamos listos para defenderlo con medios militares, en Europa o en Estados Unidos” pero esto no se podía hacer “a la manera francesa”. Plantea que hay que explicar a los obreros avanzados (a través de la propaganda) que la lucha contra el fascismo es la revolución socialista pero más urgente es explicar a millones de obreros yanquis (a través de la agitación) que la defensa real de la democracia no puede quedar en manos de un Pétain yanqui (un traidor),⁵⁹ combinando este hecho con que el 70% de los trabajadores estaban a favor de la conscripción, lo que permitiría llevar a los trabajadores a enfrentarse con sus explotadores en el campo militar. En este sentido, se puede hablar de una aplicación de la política militar proletaria.

En “Bonapartismo, fascismo y guerra”, que Trotsky escribe poco antes de su muerte, plantea que en Francia no hay fascismo en el sentido real del término y que el gobierno de Pétain es un bonapartismo senil que puede ser derribado más fácilmente que el fascismo. Y vuelve a insistir: “Los éxitos del fascismo hacen perder fácilmente toda perspectiva, conducen a olvidar las verdaderas condiciones que hicieron posibles su fortalecimiento y triunfo. Sin embargo, una clara comprensión de estas condiciones es de especial importancia para los trabajadores de Estados Unidos. Podemos anunciarlo como una ley histórica: el fascismo pudo triunfar sólo en aquellos países donde los partidos obreros conservadores impidieron al proletariado utilizar la situación revolucionaria para tomar el poder.”

Francia se convirtió en el centro de la discusión sobre la política de los revolucionarios en los países ocupados, especialmente por tratarse de un país imperialista, cuya burguesía se convirtió en su gran mayoría en colaboracionista y con un pequeño sector tras del gral. De Gaulle, quien estaba exiliado en Londres y era transmisor de la política de Gran Bretaña. También tenía la particularidad de que el proletariado no había sido fuertemente derrotado antes de la guerra luego de desarrollar un proceso revolucionario y que el PC mantenía una fuerte influencia que aunque decreció luego de 1939 se volvió a fortalecer desde 1941, luego de la invasión nazi a la URSS y la “reubicación” del PCF en el “antifascismo”. La importancia también radicaba en que Francia contaba con tres grupos que se reivindicaban trotskistas al inicio de la guerra: Los Comités por la IV (ex POI), el CCI (ex PCI) y el grupo Barta,⁶¹ que aunque poco numerosos, contaban con cuadros dirigentes y eran muy dinámicos. Antes de la ocupación varios dirigentes trotskistas son detenidos por la burguesía francesa y numerosos militantes (dada su juventud) son llamados al ejército, quedando muy desarticulados.⁶² Luego de asesinado Trotsky se genera una discusión acerca de la posición de los Comités por la IV Internacional⁶³ en Francia escrita por Hic y Craipeau, reflejada en el “Informe sobre Francia” y en “La cuestión nacional en Francia y los Estados Unidos de Europa.”⁶⁴ Los autores parten de la caracterización de que Francia tiende “a convertirse en un país oprimido” y aunque reconocen el carácter reaccionario de la burguesía francesa (por lo cual no se puede hacer frentes como en los países semicoloniales) terminan planteando el llamado a frentes únicos con la burguesía y la pequeña burguesía por objetivos inmediatos que apunten a la lucha nacional. Esta posición, indudablemente oportunista, fue luego corregida, más allá de que por la situación y la

pequeñez de los grupos no tenía ninguna incidencia en la realidad. En el “Manifiesto: Francia bajo Hitler y Pétain” (en esta compilación), van Heijenoort afirma que no hay ningún sector de la burguesía francesa con el cual se pueda realizar tal frente único: “La gran burguesía francesa ya logró entenderse con Hitler. La resistencia nacional se concentra en las capas más pobres de la población, la pequeño burguesía de las ciudades, los campesinos, los obreros. Pero estos últimos son los que le darán a la lucha su carácter más resuelto y sabrán ligarla a la lucha contra el capitalismo francés y el gobierno de Pétain” Y vuelve a la consigna central planteada por Trotsky y su unidad con las consignas democráticas: “A la ‘reconstrucción’ fascista de Europa, es decir, a la miseria y a la ruina perpetuas, nosotros oponemos los Estados Unidos Soviéticos de Europa [...] Frente a la opresión y a la dictadura, los obreros no abandonarán la lucha por las consignas democráticas (libertad de prensa, de reunión) pero comprenderán que esta lucha no puede hacer revivir la democracia burguesa decadente, que ha engendrado la opresión y la dictadura. La única democracia posible en este momento en Europa es la democracia proletaria...”

Profundizando el pronóstico de Trotsky sobre la imposibilidad de un dominio duradero de la ocupación nazi de Europa, W. Simmons, en “El nuevo orden de Hitler” (en el CD de esta compilación), plantea que justamente por las grandes contradicciones que se le abren a los nazis estos intentaron gobernar “indirectamente” estas naciones a través de colaboracionistas de la burguesía autóctona. La resistencia obrera a estos gobiernos se empezó a desplegar en Holanda y Noruega en 1941 con grandes huelgas que fueron detenidas a punta de fusil. En “Perspectivas para Europa”, van Heijenoort analiza las diferencias entre las ocupaciones alemanas de la Primera Guerra y las importantes contradicciones que se le abrían al ocupante frente a las masas invadidas. Reiterando que los golpes decisivos contra Hitler sólo pueden venir de los trabajadores, llama a no subestimar los problemas tácticos que plantea la ocupación para los revolucionarios: “Nosotros reconocemos plenamente el derecho a la autodeterminación nacional y estamos dispuestos a defenderlo como un derecho democrático elemental. Este reconocimiento no tiene sin embargo ningún efecto sobre el hecho de que este derecho ha sido pisoteado por los dos campos en esta guerra y no sería respetado en el caso de una paz imperialista. El capitalismo agonizante puede cada vez satisfacer menos esta reivindicación democrática. Sólo el socialismo puede dar a las naciones el derecho integral a la independencia y poner término a la opresión nacional. Hablar del derecho de autodeterminación nacional y guardar silencio sobre el único medio de realizarla, es repetir una frase vacía, sembrar ilusiones y engañar a los obreros”. También plantea como la pequeño burguesía tiende a pasarse del lado del imperialismo británico, detrás del general De Gaulle y a realizar acciones de espionaje, terrorismo o sabotaje individual, que a pesar del gran heroísmo son métodos ajenos al proletariado, aislados de la preparación de la lucha de las masas, que terminan perjudicándolo la mayoría de las veces. Esta política era incentivada por el PCF.

El aumento del odio hacia la ocupación, llevó a Pétain a fortalecer sus rasgos bonapartistas. El asesinato de Laval por un joven anticolaboracionista fue un símbolo del crecimiento de la resistencia. Van Heijenoort refleja esta situación en “Francia: medidor de tempestades” (en el CD de esta compilación).

En este marco surge la discusión con un pequeño grupo de exiliados alemanes pertenecientes al IKD, residentes en EE.UU. En sus “Tres Tesis sobre la situación en Europa y las tareas políticas” (en el CD de esta compilación), parten del enorme retroceso del proletariado, incluso de la burguesía frente a la ocupación nazi, lo cual lleva a un abismo insalvable: “El abismo que existe entre el programa de la revolución socialista y la madurez de las condiciones objetivas, por un lado, y la conciencia de las masas y la falta de preparación del proletariado y de su vanguardia por otra parte, es especialmente profundo hoy. [...] La transición del fascismo al socialismo sigue siendo una utopía, sin etapa intermedia -más o menos prolongada- equivalente en su contenido a una revolución democrática.”⁶⁵ La discusión con la política frente al fascismo con el IKD ya había

comenzado en la preguerra. Según R. Prager, Johre, su principal teórico en 1938 “sacó la conclusión de que la evolución históricamente regresiva de la sociedad, que había culminado en la victoria del nazismo, ponían a la orden del día la necesidad prioritaria de reconquistar las conquistas filosóficas del siglo XIX”.⁶⁶ Su principal dirigente, Walter Held, en 1941 (antes de ser asesinado en la URSS en su paso hacia EE.UU.) planteó que “Europa estará sometida al fascismo durante el período venidero de la historia” y por lo tanto, las guerras de liberación nacional de siglos pasados habían vuelto a estar a la orden del día, abarcando a todos los sectores del pueblo. Félix Morrow responde a las “Tres Tesis” partiendo de la coincidencia sobre la existencia de una mayor opresión nacional en Europa, pero en contra de desligar el problema de la liberación nacional de los Estados Unidos Socialistas de Europa así como de plantear una necesaria “revolución democrática”, que parte de una subestimación del proletariado que es justamente el que más consecuentemente resiste a la ocupación.

En la zona “no ocupada” por los nazis, pero bajo la administración de Laval-Pétain que dirigían un gobierno colaboracionista y cada vez más represivo, el Comité Regional elabora un documento a partir de la resolución votada en la Conferencia del POI de septiembre de 1941, donde estaban representadas las dos zonas (la ocupada y la no ocupada). El artículo “Gaullismo y stalinismo en Francia” es parte de este documento. El CR profundiza sobre el cambio de la situación en el continente luego de la ocupación nazi y la generalización de los grupos de resistencia nacional como respuesta a esto. La unificación nazi de Europa a través del método de la “colaboración” se demostró un fracaso, lo que hizo girar a los nazis a imponer su voluntad “solamente por la fuerza”. El documento vuelve sobre las definiciones de la “unidad europea” partiendo de que ésta es una necesidad objetiva: “La unificación continental es imperativa. Esta unificación puede ser realizada de dos maneras diferentes: en forma de un “nuevo orden” imperialista, bajo hegemonía de un imperialismo victorioso, o en forma de la transformación socialista bajo hegemonía del proletariado europeo (Estados Unidos Socialistas de Europa). El “nuevo orden”, en su forma fascista así como en su forma “democrática” (en caso de una victoria anglosajona), es por definición una solución contrarrevolucionaria”. En este último caso reafirman que habría una mayor coerción y opresión y abriría la dinámica hacia una tercera guerra mundial para completar la destrucción y sumisión total de los pueblos europeos. De ello se desprende la lucha por la autodeterminación nacional que no se riñe sino que se liga íntimamente con el internacionalismo del socialismo proletario. En este marco reivindican el sentimiento nacional de las masas diferenciado del nacionalismo gaullista, que era un “apéndice del aparato militar inglés” y representante de un partido nacional imperialista. La resistencia era dirigida sobretodo por el PCF, que había girado violentamente de política luego de la invasión de Hitler a la URSS (junio de 1941). El artículo plantea que el problema de la resistencia nacional, la defensa de la URSS y la crítica al stalinismo están “estrechamente relacionados”. Como cuenta F. Claudín⁶⁷, después de la invasión de Hitler a la URSS, De Gaulle pasa a ser para el PCF de “un movimiento de inspiración reaccionaria y colonialista, a la imagen del imperialismo británico” cuyo objetivo es “privar [a Francia] de toda libertad en caso de victoria inglesa” a ser un aliado frente al cual desaparece toda crítica.

A pesar de que De Gaulle, contaba con escasos adherentes, el PCF inmediatamente constituyó un bloque con él en el “Frente Nacional de Lucha por la Independencia de Francia”. En mayo de 1942, Molotov se entrevistó con De Gaulle en Londres y a cambio de que este último apoye la demanda rusa del segundo frente se muestra de acuerdo con el general en que todos los franceses, así como los pueblos de las colonias francesas, deben agruparse bajo su dirección. En los meses que siguen el PCF adhiere al Comité de Londres y designa a Grenier como su representante. En una carta dirigida al CC del PCF del 10/1/43, De Gaulle dice: “La llegada de Fernand Grenier -dice la carta-, la adhesión del PC al Comité Nacional, que me ha aportado en vuestro nombre, la puesta a mi disposición, en tanto que comandante en jefe de las fuerzas francesas, de las valientes formaciones

de Francs Tireurs que habéis constituido y animado, he aquí otras manifestaciones de la unidad francesa...” El 21 del mismo mes Grenier escribe en L’Humanité: “Traducimos el sentimiento de los franceses proclamando nuestra confianza en el general De Gaulle, que levantó primero el estandarte de la Resistencia”.

La política del PCF era nacionalista (su consigna central era “A chacun son boche”⁶⁸) y llamaba a utilizar los métodos individualistas de la pequeñoburguesía (sabotajes, atentados, etc.), favoreciendo de esta forma la política de los “aliados”.⁶⁹ En el artículo del Comité Regional del que venimos hablando, se reivindica la resolución de la Conferencia contraria a esta política: “El desarrollo del movimiento popular de hostilidad al hitlerismo en una dirección proletaria y anticapitalista es la condición necesaria para la confraternización con los soldados y los obreros de Alemania. El partido no olvida que sin la colaboración de los obreros y soldados alemanes, ninguna revolución sería posible en Europa. De este modo, la confraternización sigue siendo una de nuestras tareas esenciales. Cualquier acto que amplíe la brecha entre los obreros alemanes y europeos es directamente contrarrevolucionario.” Al mismo tiempo se reivindica la importancia de haber realizado experiencias de frente único a nivel local y regional, reuniones y publicaciones comunes entre stalinistas y trotskistas, teniendo en cuenta que el PCF era el grupo principal de la clase obrera.

El grupo de la zona “no ocupada” mantuvo contacto con el Secretariado Internacional en EE.UU. a través de los marineros norteamericanos que llegaban al puerto de Marsella. En julio de 1942 la mayoría fue detenida y condenada a prisión.⁷⁰ A partir de allí se perdieron los contactos entre EE.UU. y Francia.

Desde Nueva York, van Heijenoort se convierte en el principal miembro del SI de la IV, en parte, porque intenta responder a la acuciante situación europea y los nuevos problemas planteados para los revolucionarios. Entre sus artículos (además del ya comentado Manifiesto: “Francia bajo Hitler y Pétain”) se encuentran: “Perspectivas para Europa”, “Francia: medidor de tempestades”, “Europa bajo el talón de hierro”, “El proceso de Riom”, “La cuestión nacional en Europa” (estos tres últimos en el CD de esta compilación), “Africa del Norte: una lección democrática”. Realiza importantes aportes con relación a los problemas históricos estructurales de Europa, su relación con el problema nacional en las distintas épocas y el rol de las distintas clases, así como la validez de las caracterizaciones de Trotsky y su relación con el problema de la liberación nacional y la revolución socialista. Entre otros conceptos, plantea que “La ocupación alemana en Europa trajo un problema nacional sui generis, es el movimiento de resistencia de los pueblos en los países imperialistas aplastados por un imperialismo más poderoso en la época de la agonía del capitalismo”.⁷¹ Pero también, discutiendo contra los que se negaban a reconocer el carácter progresivo de esta lucha, amparándose en la próxima intervención del “segundo frente” aliado, no descartaba el cambio de carácter de este movimiento: “Se puede oponer el “segundo frente” a nuestra consigna. Es muy probable que un día u otro las Naciones Unidas desembarquen en Europa, en ese caso, mientras que el país está dividido por un frente militar, la consigna de libertad nacional pierde todo contenido revolucionario. Pero confundir la realidad de hoy con la posibilidad de mañana es una falta seria de táctica revolucionaria”.⁷²

Van Heijenoort también realiza aportes sobre el carácter de clase de la resistencia y en la crítica contra los métodos pequeño burgueses y stalinistas diferenciándolos de los sabotajes que realizaban los obreros y de las guerrillas nacionales que comenzaban a desarrollarse en Europa central. Destaca especialmente a las guerrillas campesinas y obreras en Yugoslavia que luchaban contra la ocupación alemana e italiana como las iniciadoras de las revueltas en todos los países vecinos (Grecia, Macedonia, Rumania y Bulgaria) y plantea cómo deben intervenir los revolucionarios frente a ellas, discutiendo contra las posiciones oportunistas y sectarias con respecto a estos movimientos.

Parafraseando a Trotsky, vuelve a contestar frente a los que predicaban la necesidad de una “revolución democrática” contra el fascismo como etapa previa al socialismo:

“La reivindicación de liberación nacional y de participación en el movimiento actual de resistencia no implica para nada que debamos esperar a nuevas revoluciones burguesas o alguna revolución de carácter especial que no sería ni burguesa ni proletaria sino “nacional”, “popular” o “democrática”.

Toda gran revolución es "nacional" en el sentido de que arrastra con ella a la gran mayoría de la nación y el carácter "popular" y "democrático" de toda revolución digna de ese nombre es aparente a primera vista. Pero no podemos transformar esta descripción sociológica, superficial por esencia, en programa político, sin dar vuelta la espalda a la realidad de las clases sociales, es decir sin abandonar el terreno del marxismo. La Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917 fueron nacionales, populares y democráticas, pero la primera consolidó el reinado de la propiedad privada, mientras que la otra le puso fin. Es por eso que la primera era burguesa y la segunda era proletaria. En lo que concierne a la revolución europea que viene, su carácter proletario será visible desde sus primeros pasos.

¿Pero no vamos a atravesar un período de transición después de la caída del imperio hitleriano? A aquellos que hacen esta pregunta podemos contestarle con otra: ¿de qué transición hablan? ¿Una transición de qué a qué? ¿Una transición de la revolución burguesa a la proletaria? Son dos cosas muy diferentes. Naturalmente una revolución proletaria atravesará muchas vicisitudes, pausas e incluso retrocesos temporarios. Pero la primera cosa que hay que comprender, si no se quiere cometer error sobre error, es que va a ser una revolución proletaria en lucha con la contrarrevolución burguesa.

Una etapa "democrática", es decir, una vuelta al parlamentarismo burgués ¿es posible después del hundimiento del nazismo? Tal eventualidad no está excluida. Pero un régimen tal no será el resultado de una revolución burguesa o una revolución "democrática" sin naturaleza de clase; será el producto temporario e inestable de una revolución proletaria que no ha sido todavía consumada y que tiene todavía cuentas que arreglar con la contrarrevolución burguesa. Aquel que no ha comprendido completamente esta dialéctica no tiene nada que ofrecer a las masas europeas.”⁷³

En 1941, luego de la invasión nazi a la URSS, comienza un reanimamiento del movimiento obrero francés, marcado entre otros por la huelga minera del Norte y de Pas-de-Calais quienes rechazan trabajar para el ejército alemán y exigen que el carbón sea entregado a la población civil. La necesidad de los alemanes de mano de obra barata, lleva a Laval a instaurar los relevos: por cada tres trabajadores que partiesen para las fábricas alemanas, un prisionero regresaría. Pero esta política fracasa.⁷⁴ Por ello, el 22 de agosto de 1942, el responsable nazi del servicio de mano de obra, Sauckel, promulga una orden instituyendo la movilización general de la mano de obra de los países ocupados, masculina y femenina, de 18 a 55 años, llamado Servicio de Trabajo Obligatorio (STO). Una fuerte reacción de los obreros sorprende a los nazis y a los vichystas. Se produce la primera ocupación de fábrica desde 1937, las manifestaciones se multiplican, se canta la Internacional a la salida de los trenes para Alemania. Como reflejan los volantes: “Los obreros franceses no se dejarán deportar a Alemania” y “¡Organicemos nuestras luchas contra el relevo!”, los trotskistas franceses intervienen en estas luchas, que logran que de 500.000 obreros que debían ser deportados, partan menos de la mitad. Al mismo tiempo, desde 1941, especialmente el grupo CCI empezó un trabajo clandestino en las fábricas, que comenzó a rendir frutos en 1942.

En julio de 1942, el Secretariado Europeo recién formado publica las “Tesis sobre la cuestión nacional”.⁷⁵ Después de tres años de guerra, la relación de fuerzas comenzaba a ser más favorable al proletariado. La creciente resistencia nacional, encabezada por la pequeña burguesía brindaba una oportunidad al movimiento obrero para encabezar la lucha por la liberación nacional en el camino de la revolución socialista. Desde esta perspectiva, las “Tesis” plantean un interesante

análisis de los movimientos nacionales que en los próximos años se verá confirmado por la realidad: “Bélgica, Holanda y Noruega y aún más Francia, a causa de su proximidad con el frente anglo-sajón, por su decadencia económica respecto de los trusts y los bancos ingleses, por el peso social de su burguesía y por el carácter imperialista de su estructura económica, representan el ala derecha reaccionaria del movimiento nacional, en donde las posibilidades de triunfo del imperialismo son serias. Por el contrario Checoslovaquia, Polonia, Serbia, representan el ala izquierda; la debilidad relativa de la burguesía en estos países, la importancia de la cuestión agraria, la proximidad de la URSS, son algunos de los factores que acentúan el carácter revolucionario del movimiento nacional.”

En 1942, van Heijenoort relata en su artículo “Africa del Norte: una lección de democracia” (en esta compilación), cómo los norteamericanos desembarcaron en el Norte de Africa con el objetivo de resguardar el gobierno de Vichy, sosteniendo relaciones diplomáticas y luego convirtiendo al colaboracionista nazi, el almirante Darlan, jefe de las fuerzas armadas en Vichy, en el comandante de Africa del Norte y “liberador” de Francia. Esta política, que llegará a su punto culminante en 1943 con la coexistencia entre “demócratas” y fascistas” para reprimir a las luchas obreras y los movimientos de liberación nacional en Italia y Grecia (los que estarán desarrollados en el tomo II de esta compilación), era una confirmación de los pronósticos de Trotsky con relación a los métodos que emplearían los imperialismos “democráticos” para dominar a los pueblos europeos.

La defensa de la URSS

“Tomado a escala histórica, el antagonismo entre el imperialismo mundial y la Unión Soviética es infinitamente más profundo que los que oponen entre sí a los distintos países capitalistas. Pero la intensidad de la contradicción de clase entre el estado obrero y los estados capitalistas varía de acuerdo a la evolución del estado obrero y a los cambios en la situación mundial”.⁷⁶ La recuperación de la URSS para el mercado capitalista era uno de los objetivos claves perseguidos por las potencias imperialistas para, como denunciaba Trotsky, convertirla en una nueva semicolonía. Entre los que ambicionaban el mercado ruso se encontraba en primer lugar Alemania. Trotsky, ya en el '31, frente a la posible intervención de la URSS en la guerra sino-japonesa plantea: “No estaría de más agregar que la actual situación de Europa tendría que dejar claro, como mínimo, para toda persona que piense políticamente, incluso para los oponentes de la URSS, que la Unión Soviética no puede ni debe atarse de manos en el Lejano Oriente. ¿Que a dónde quiero llegar? A la posibilidad de que los nacional-socialistas, o sea los fascistas, tomen el poder en Alemania. Si esto sucediera, estoy convencido de que significaría inevitablemente una guerra entre la Alemania fascista y la república soviética. Entonces sí estaríamos ante una cuestión de vida o muerte.”⁷⁷ Stalin era totalmente consciente de este objetivo, sin embargo su temor a que la guerra desencadenara situaciones revolucionarias (especialmente en la URSS) era aún mayor. Estos factores fueron los que guiaron su política interior y exterior durante los '30, es decir de represión interna a cualquier oposición y de concesiones zigzagueantes tanto a las potencias “democráticas” como a las “fascistas” en función de su preservación como casta burocrática. Según Trotsky en el '33 todavía la importancia de la Unión Soviética a nivel internacional tenía mucho peso, debido a la agudización de los antagonismos mundiales, la creciente fuerza del Ejército Rojo y el relativo éxito del plan quinquenal. Pero a partir del '36, cambia drásticamente el peso de su rol internacional, no por la disminución de las contradicciones interimperialistas sino ante todo, por la situación interna en la URSS (los juicios de Moscú, la decapitación del Ejército Rojo) y por las derrotas del proletariado internacional causadas por el mismo stalinismo. La creciente degeneración burocrática, en la etapa previa a la guerra suavizó la “intensidad de la contradicción

de clase” con los estados capitalistas, ya que desmoralizaba al proletariado mundial en sus potencialidades revolucionarias y alentaba a las potencias a utilizar a la URSS como aliado para sus disputas interimperialistas. “El surgimiento de una nueva capa privilegiada en la URSS y el repudio a la política de la revolución internacional, reforzado por el exterminio en masa de los revolucionarios, redujo enormemente el temor que Moscú solía inspirar en el mundo capitalista. El volcán se ha extinguido, la lava se enfrió. Por supuesto, ahora y siempre, los estados capitalistas facilitarían de buena gana la restauración del capitalismo en la URSS. Pero ya no la consideran un foco revolucionario. No hay necesidad ya de contar con un líder dispuesto a emprender una cruzada contra el éste. Hitler comprendió antes que otros el significado social de los juicios y las purgas de Moscú; al fin de cuentas, para él no es un secreto que ni Zinoviev, ni Kamenev, ni Rikov, ni Bujarin, ni el mariscal Tujachevsky, ni las docenas y centenares de otros revolucionarios, estadistas, diplomáticos y generales no eran sus agentes”.⁷⁸ El aliento dado por las potencias “democráticas” (especialmente Gran Bretaña) a la política antibolchevique de Hitler, la tardía intervención de EE.UU. esperando que la guerra con Alemania desgastara aún más a la URSS, demostraron que la derrota de ésta última como estado obrero, nunca dejó de ser un objetivo estratégico para estas potencias. Aunque Trotsky manifestaba frecuentemente su optimismo en que la guerra provocaría las condiciones para el derrocamiento revolucionario de la burocracia, no deja por ello de plantear en el 37: “Creo que durante la guerra los aliados pueden imponer sobre la Unión Soviética tales concesiones, que el estado soviético puede transformarse en un estado burgués. Está, en relación con los estados burgueses, completamente solo. Al final de la guerra, es posible que tengamos una Unión Soviética capitalista. Si la Unión Soviética se enfrenta a la presión de los aliados, entonces creo que los aliados se agruparán con sus enemigos para asfixiar a la Unión Soviética al final de la guerra.”⁷⁹

La actitud de los revolucionarios ante y en la URSS era uno de los problemas más complejos y novedosos que debían enfrentar Trotsky y los opositores, especialmente a partir del paso “con armas y bagajes” a la contrarrevolución del stalinismo en el año ’33, luego del “4 de agosto”⁸⁰ de la Internacional Comunista. La definición del carácter de clase de la URSS, su relación con la usurpación del poder por una camarilla burocrática y la de ambos con la situación internacional, era clave para definir la actitud de los revolucionarios no sólo frente a una posible invasión sino para precisar las tareas que se debían plantear internamente los opositores rusos (aunque por la represión stalinista habían quedado reducidos a una pequeña minoría) así como las de los que estaban en los países imperialistas circunstancialmente aliados a la URSS. De la definición que se diera del Estado, dependía no sólo si se lo defendería como a toda nación oprimida de un ataque imperialista, sino si ésta defensa tenía un grado de cualidad diferente basado en la propiedad nacionalizada y la economía planificada y en la supervivencia de la primera revolución proletaria como referente para el proletariado mundial. Como planteaba Trotsky: “...es menester establecer claramente qué defendemos, cómo lo defendemos y contra quién lo defendemos.”⁸¹ Trotsky, distinguía el carácter de la burocracia stalinista del carácter de estado soviético, a diferencia tanto de “los amigos de la URSS”, que seguían defendiendo al estado obrero con burocracia incluida y apoyaban a sus circunstanciales “aliados” imperialistas, como de los “escépticos” que asimilaban uno con otro y no distinguían las conquistas aún existentes de la revolución de octubre, abandonando éstas y a las masas que las defendían a la rapiña imperialista. “¿Qué defendemos nosotros en la URSS? No aquello por lo que ella se asemeja a los países capitalistas, sino aquello por lo que de ellos se distingue. En Alemania también nosotros predicamos la insurrección contra la burocracia dirigente [se refiere a la burocracia nazi, NdR], pero sólo para derrocar directamente la propiedad capitalista. En la URSS, el derrocamiento de la burocracia es necesario para mantener la propiedad estatal. Sólo en ese sentido es que estamos por la defensa de la URSS”.⁸² A diferencia de los países capitalistas, donde los revolucionarios luchaban por una revolución social, es decir, una revolución en la estructura de la sociedad que ponga fin a la propiedad privada de los medios

de producción, en la URSS, luchaban por una revolución política que derroque a la burocracia y reinstaure el régimen de la democracia soviética para preservar y desarrollar la propiedad estatizada. La política interna y externa de la burocracia no sólo haría retroceder las conquistas de Octubre sino que llevaría inevitablemente a la URSS a la derrota en la futura guerra.

Por otro lado, Trotsky establecía la relación entre la defensa de la URSS y la revolución proletaria internacional, remarcando que la primera era táctica en relación a la segunda, yendo de esta forma contra la política de la burocracia que proclamaba que la tarea más importante era la “defensa de la patria”, la “defensa de Stalin” aunque esto fuera en detrimento de la lucha de clases en otros países, fueran imperialistas, coloniales o semicoloniales. Contra la teoría del “socialismo en un solo país” ya instaurado según la burocracia, Trotsky planteaba: “Al defender a la URSS el proletariado no defiende las fronteras nacionales sino una dictadura socialista encerrada provisoriamente dentro de los límites nacionales”⁸³ Aquí se concretizaba la discusión entre la “teoría de la revolución permanente” y el “socialismo en un solo país”: “La apasionada lucha que inesperadamente y, según parecía, sin móviles del exterior, se desarrollaba en Moscú acerca de la teoría de la revolución permanente apareció durante mucho tiempo como una querrela escolástica; pero en realidad, se sustenta en una profunda base material: la nueva capa dominante intentaba asegurarse teóricamente sus conquistas contra el riesgo de una revolución internacional. Precisamente en esa época la burocracia soviética comenzó a pensar que la cuestión social estaba resuelta, ya que la burocracia había resuelto su propia cuestión. Ese es el sentido de la teoría del ‘socialismo en un solo país’.”⁸⁴ Esta mecánica se reflejaba igualmente respecto a la actitud hacia los países oprimidos: “La fórmula oficial de la política exterior de la URSS, difundida ampliamente por la Comintern, dice: ‘No queremos conquistar un solo centímetro de tierra extranjera; no entregaremos un centímetro de la nuestra.’ Sin embargo, en la cuestión de Mongolia, la defensa de ‘nuestra propia tierra’ no se plantea para nada: Mongolia es un estado independiente. Este pequeño ejemplo basta para demostrar que la defensa de la revolución no se puede reducir a la defensa de las fronteras. El verdadero método de defensa consiste en debilitar las posiciones del imperialismo y fortalecer las del proletariado y los pueblos coloniales del mundo entero. Ante una relación de fuerzas desfavorable, la necesidad de defender la base principal de la revolución puede obligar a la entrega de muchos ‘centímetros’ de territorio al enemigo, como sucedió en la época de Brest-Litovsk y también, en parte, en el caso del Ferrocarril Oriental de la China. Por otra parte, una relación de fuerzas favorable coloca al estado obrero ante el deber de ayudar al movimiento revolucionario de otros países, no sólo en el sentido moral, sino también, de ser necesario, con la fuerza armada: las guerras de emancipación son un componente integral de las revoluciones de emancipación.

De esa manera, la experiencia de Mongolia destruye la ideología del pacifismo conservador, para el cual las fronteras históricas son una especie de Diez Mandamientos. Las fronteras de la URSS son tan sólo las trincheras de vanguardia momentáneas de la lucha de clases. Ni siquiera se justifican desde el punto de vista nacional. Para dar un ejemplo entre muchos: la frontera nacional divide al pueblo de Ucrania en dos. En condiciones favorables, el Ejército Rojo tendría el deber de ayudar a la Ucrania Occidental, atrapada en las garras de los verdugos polacos. No resulta difícil imaginar el poderoso impulso que la unificación de una Ucrania obrera y campesina significaría para el movimiento revolucionario polaco y europeo en general. Las fronteras nacionales constituyen trabas para las fuerzas productivas. La tarea del proletariado no consiste en mantener el statu quo, es decir, perpetuar las fronteras nacionales, sino, por el contrario, bregar por su eliminación revolucionaria con el fin de crear los Estados Unidos Socialistas de Europa y del mundo entero. Pero para que esa política internacional sea viable, si no en el presente entonces en el futuro, es imperioso que la Unión Soviética se libere de la burocracia conservadora y su mito del ‘socialismo en un solo país’ ”.⁸⁵ Para Trotsky tanto el fascismo como la burocracia soviética eran producto del

retraso de la revolución proletaria, principalmente en los países avanzados y debido al retroceso sufrido por las masas en la URSS, su salvación como estado obrero (volver a colocar el estado transitorio en el camino del socialismo) sólo sería posible de triunfar la revolución proletaria en un país avanzado: “El bonapartismo soviético se debe, en última instancia, al retraso de la revolución mundial. La misma causa ha engendrado el fascismo en los países capitalistas. Llegamos a una conclusión a primera vista inesperada, pero en realidad irreprochable; que el estrangulamiento de la democracia soviética por la burocracia todopoderosa y las derrotas infligidas a la democracia en otros países, se deben a la lentitud con que el proletariado mundial cumple la misión que le ha asignado la historia. A pesar de la profunda diferencia de sus bases sociales, el stalinismo y el fascismo son fenómenos simétricos; en muchos de sus rasgos tienen una semejanza asombrosa. Un movimiento revolucionario victorioso en Europa, quebrantaría al fascismo y al bonapartismo soviético. La burocracia stalinista tiene razón cuando vuelve la espalda a la revolución internacional; obedece, al hacerlo, al instinto de conservación.”⁸⁶ La política represiva a nivel interno profundizada luego del asesinato de Kirov en el '34 que culminó en los Juicios de Moscú,⁸⁷ así como el “avance jurídico contra la dictadura del proletariado” que significaba la nueva constitución del año '36, demostraban para Trotsky este temor de la burocracia y la subsistencia y el crecimiento del descontento de las masas contra ella. La política exterior que abarcó, entre otros, la incorporación de la URSS en 1934 a la Sociedad de las Naciones y el impulso de la política de “seguridad colectiva”,⁸⁸ el pacto Stalin-Laval en el '35,⁸⁹ el aprovisionamiento de petróleo a Mussolini durante su invasión a Etiopía y la “oficialización” de la política de los Frentes Populares que condujeron a la derrota de los procesos revolucionarios en España⁹⁰ y Francia, el llamado a una “alianza de las democracias” para enfrentar al fascismo mientras éstas le concedían a Hitler en el Pacto de Munich el camino hacia la URSS a través de Checoslovaquia, hasta el pacto Hitler-Stalin, fueron amplias muestras de cómo la burocracia volvió la espalda a la revolución internacional.

Este desarrollo tan complejo y contradictorio del estado soviético, fuera de la “norma” prevista por los revolucionarios llevó a numerosas discusiones dentro de los opositores o con militantes relacionados con ella, que continuarían hasta el mismo inicio de la guerra, ya fundada la IV Internacional. Cada avance de la política contrarrevolucionaria de la burocracia, abría nuevos y viejos debates. Desde el inicio de la oposición el carácter y la actitud hacia la URSS y hacia la burocracia fue uno de los tres problemas principales de delimitación tanto de la oposición de derecha como de los ultraizquierdistas. Las discusiones centrales fueron frente a dos posiciones que aunque no idénticas, tenían varios puntos en común: las que planteaban que la URSS era un “capitalismo de estado” sostenidas fundamentalmente por Souvarine y Urbanhs⁹¹ ya desde el año '29, y las que planteaban que era un “colectivismo burocrático” sostenidas por B. Rizzi (que no era miembro de la IV), Shachtman y Burnham luego del pacto Stalin-Hitler. La teoría del “capitalismo de estado” igualaba la creciente estatización de importantes sectores de la economía en Alemania, Italia y EE.UU., con la estatización en la URSS, llevándola incluso a plantearla como una tendencia mundial progresiva. La discusión vuelve a plantearse en el '33, luego de la asunción de Hitler. Pero para Trotsky: “Identificar el orden social de la URSS con un ‘capitalismo de estado’ tipo norteamericano, italiano o alemán significa ignorar el problema social fundamental, es decir el carácter de la propiedad, y abrirles las puertas a las conclusiones más falsas y peligrosas. Opinamos que sobre esta cuestión no caben ambigüedades ni compromisos. Defender al estado obrero del imperialismo y la contrarrevolución sigue siendo hoy la obligación de todo trabajador revolucionario. Pero esto no significa en lo más mínimo convertirse en instrumento de la diplomacia soviética.”⁹² Trotsky plantea la imposibilidad teórica de un régimen de este tipo: “En un ‘capitalismo de estado’ integral, la ley del reparto igual de los beneficios [del capitalista] se aplicaría directamente, sin concurrencia de los capitales, por medio de una simple operación de contabilidad. Jamás ha existido un régimen, ni lo habrá jamás, a causa de las contradicciones

profundas que dividen a los poseedores entre sí, y tanto más cuanto que el Estado, representante único de la propiedad capitalista, constituiría para la revolución social un objeto demasiado tentador”.⁹³ Al contrario de la economía planificada del estado obrero, el “estatismo” capitalista era la intervención del estado en la propiedad privada para salvarla de su crisis, trasladando “las cargas del sistema agonizante de los más fuertes a los más débiles” (...) “frena el desarrollo de la técnica, al sostener empresas no viables y al mantener capas sociales parasitarias; en una palabra, es profundamente reaccionario”.⁹⁴

Otras definiciones sostenían ya en el '33 que la URSS no era ni un estado proletario ni burgués, sino un nuevo tipo de organización de clases. Según Trotsky, esto ya había sido planteado como perspectiva por socialdemócratas y viejos bolcheviques antes de la Revolución de Octubre en el sentido que la “dictadura del proletariado” abriría el camino a una nueva burocracia y era una teoría que estaba basada en los prejuicios anarquistas contra el socialismo de estado. Esta posición, será retomada y desarrollada, bajo la denominación de “colectivismo burocrático”, por la fracción dirigida por Burnham y Shachtman en 1939.

La cuestión de la aplicación del derrotismo en los países circunstancialmente “aliados” a la URSS se concretiza con la firma del pacto Stalin-Laval en mayo de 1935. Trotsky, no negaba la necesidad, bajo determinadas circunstancias, de que la URSS realizara alianzas con una o varias potencias imperialistas (aunque planteaba que su inclusión en alguno de los bandos era producto de la extrema debilidad de la revolución proletaria mundial) a condición de no embellecer a estas potencias y mantener una política proletaria independiente.⁹⁵ Pero este pacto fue todo lo contrario. Tras el pacto, Stalin dirá que “comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional implementada por Francia para mantener su fuerza armada al nivel de seguridad”. Conjuntamente, el PCF llamará a detener toda lucha de clases nacional ya que ella “debilitaría” a los aliados de la URSS, y por lo tanto, favorecería a Hitler empujándolo hacia la guerra. Trotsky plantea que éstos eran los viejos argumentos imperialistas y socialpatriotas desde el inicio de la Primera Guerra, con los que terminaron aniquilando la revolución alemana ya que, según ellos, ésta fortalecería al zarismo. La “unión sagrada” contra Hitler, con el argumento de la “defensa de la patria” o “de la democracia”, es decir, la conciliación con la propia burguesía, sólo ayudaría a éste a aglutinar al pueblo alemán tras de sí y por lo tanto, avivaría la lucha de éste contra la Unión soviética: “Hitler todavía no aplastó moralmente al proletariado alemán. Para lograrlo hace girar toda su propaganda alrededor de un argumento de mucho peso: ‘estamos rodeados, nos odian, pretenden destruirnos’. Se trata de la lucha de la raza. Ya el hecho de haber obligado al estado obrero a confraternizar con la burguesía francesa contra Alemania fortaleció la posición de los nazis contra la clase obrera de su país. Si el proletariado francés llega a participar deliberadamente en esta alianza sometiendo su independencia de clase, en Alemania avanzará mucho la teoría de la lucha de razas en detrimento de la lucha de clases. Llevado por el irresistible espíritu nacional que él mismo impulsó, Hitler se puede ver obligado a desencadenar la guerra”.⁹⁶ Si esta política triunfaba en los “tiempos de paz”, sería muy difícil ganar a los obreros contra ella una vez desencadenada la guerra, ya que el proletariado no hace semejantes cambios bruscos. El proletariado no podía dejar la tarea de “defender a la URSS” a las burguesías imperialistas. La mejor defensa de la URSS, así como la mejor forma de destruir los argumentos de Hitler (la “defensa de la raza”, de la “patria”, etc.) sería el triunfo de la revolución proletaria, particularmente en los países imperialistas. Las consecuencias de la política socialpatriota ya se habían constatado en la Primera Guerra Mundial: “La paz civil de 1914-18 no se limitó a condenar a los pueblos del mundo a sacrificios y cargas sin precedentes. Le brindó al capitalismo en descomposición varias décadas adicionales de vida. La paz civil de 1914-18 en bien de los intereses del ‘propio país’ sólo sirvió para allanar el camino a la nueva guerra imperialista...”⁹⁷

En el año '37, Trotsky vuelve a polemizar con las posiciones ultraizquierdistas de Vereecken⁹⁸ que acusaba a Trotsky de negarse a aplicar el derrotismo en las potencias aliadas a la URSS, y por lo tanto, de claudicar a la “unión sagrada” en estos países. Trotsky ya plantea en “La guerra y la IV Internacional”, la posición de principios para los revolucionarios en estos países y su posible aplicación concreta según los posibles casos. En el fragmento que tradujimos del libro “El caso León Trotsky” (la transcripción del proceso de la Comisión Dewey), vuelve a plantear esta cuestión que luego será desarrollada en el artículo de R. Klement, “Principios y tácticas de guerra”.⁹⁹

Las condiciones internas para la defensa de la URSS cada vez eran más complejas. Aún era una incógnita cómo se conjugarían la defensa de las conquistas por las masas, con el odio a la burocracia y las purgas del Ejército Rojo: “La sangrienta purga política, necesaria para los intereses de la camarilla dominante y que provocó el exterminio de los mejores comandantes, suscitó una fuerte reacción en todo el mundo. La capitulación lamentable de la diplomacia soviética en la cuestión del archipiélago de Amur, sirvió para infundirle a Japón el coraje necesario para golpear nuevamente a China y para fortalecer el consejo de Londres a París: desconfiar de Moscú, buscar un acuerdo con Berlín. Sin embargo, la actitud actual de desprestigiar al Ejército Rojo resulta tan unilateral como creer que Stalin es indestructible. El fraude judicial y la ejecución de los ídolos de ayer no dejarán de producir dudas y desmoralización en las filas del ejército. Sin embargo, las operaciones y maniobras que demostraron a los generales extranjeros la resistencia, movilidad e ingenio del soldado y del oficial soviético siguen siendo una realidad, junto con la elevada calidad de tanques y aviones soviéticos y la audacia y pericia de los aviadores soviéticos.

Las purgas sangrientas socavan la defensa y demuestran que la oligarquía dominante ha entrado en contradicción irreconciliable con el pueblo y con el Ejército Rojo. La propia agudeza de la contradicción demuestra, por otra parte, la gran elevación cultural y económica del país, que cada vez tolera menos al régimen de Stalin. La revolución política en la URSS -es decir, el derrocamiento de la casta burocrática, corrompida hasta la médula- será indudablemente uno de los primeros resultados de la guerra. Sin embargo, todo permite creer que, si la humanidad en su conjunto no regresa a la barbarie, las bases sociales del nuevo régimen soviético (nuevas formas de propiedad, economía planificada), resistirán la prueba de la guerra e inclusive saldrán fortalecidas.”¹⁰⁰

Los Juicios de Moscú, las purgas en el Ejército Rojo, la política llevada en España y Francia, contribuyeron al avance del escepticismo en amplias franjas del proletariado mundial y la vanguardia revolucionaria. A su vez este escepticismo, permitía el avance de la demagogia chovinista, de la “defensa de la democracia” y por lo tanto de la “unión sagrada” de los proletariados con sus burguesías.

Como ya había sucedido en Francia y Gran Bretaña, cada pacto de la diplomacia soviética implicaba que los comunistas de dichos países cesaban la lucha contra sus burguesías, llamando abiertamente a los obreros a detener las huelgas para no debilitar a la propia “nación” frente a sus enemigos, acusando de agente del enemigo a los que no se plegaran a esta política. Se podía ser agente del fascismo o de los imperialistas (las “democracias” inglesa o francesa) según la alianza circunstancial del Kremlin. Entre 1937 y 1938, varios PC intentaron ser o fueron disueltos por Stalin, entre ellos, el PCI y el PC polaco (KPP): “La tarea fue mucho más difícil en Polonia, con sus viejas tradiciones revolucionarias y su fuerte Partido Comunista, que había pasado por la escuela de la ilegalidad zarista. Como buscaba la amistad del gobierno de Varsovia, Moscú prohibió primero que se lanzara la consigna de autodeterminación de los ucranianos polacos; luego, ordenó al Partido Comunista polaco que sostuviera patrióticamente a su gobierno. Como encontró resistencia, Moscú disolvió al Partido Comunista, declarando que sus dirigentes, viejos y conocidos revolucionarios, eran agentes del fascismo. Durante su reciente visita a Varsovia, Potemkin, vicecomisario del pueblo para las relaciones exteriores, aseguró al coronel Beck [ministro polaco

de relaciones exteriores] que la Comintern nunca reanudará su tarea en Polonia. Lo mismo prometió Potemkin en Bucarest. La sección turca de la Comintern fue liquidada incluso antes para no enfriar la amistad con Kemal Pasha.”¹⁰¹ El PC británico, seguro de la alianza con las “democracias” llegó a editar un folleto con el nombre “Cómo ganar la guerra”, el PCF apoyó el llamado a la conscripción del gobierno francés.

La firma del pacto nazi-soviético¹⁰² no sorprende a Trotsky, ya que lo prevé desde 1933 en la dinámica de los nazis (para poder concentrarse en su lucha con los imperios occidentales) como en la del stalinismo (para frenar la guerra hacia la URSS). Como en numerosas ocasiones, en el juicio de la Comisión Dewey, Trotsky afirma: “En la Unión Soviética -esta es mi hipótesis- se está repitiendo una tendencia a hacer las paces con Hilter a cualquier precio, porque la guerra es un peligro, no sólo para la Unión Soviética, sino especialmente para la burocracia”¹⁰³ En su polémica de 1938 contra las posiciones del grupo palestino Haor, Trotsky plantea: “No hay que excluir en absoluto la posibilidad de que Stalin y Hitler, o Stalin y Mussolini, puedan encontrarse en el mismo bando durante la guerra, o en todo caso que Stalin pueda comprar una breve e inestable neutralidad al precio de un acuerdo con los gobiernos fascistas o con uno de ellos.”¹⁰⁴ El giro de Stalin hacia Hitler se aceleró luego del Pacto de Munich. Nuevamente en Stalin, primó el miedo a la guerra. En marzo de 1939, durante el XVIII Congreso del PCUS, la capitulación de Stalin ya había sido total. Por un lado trató de demostrar a los aliados la conveniencia de aliarse con el Kremlin, proclamando la decisión de la Comintern de no exigir la libertad de las colonias pertenecientes a los gobiernos “democráticos”, llamando a su vez a los pueblos coloniales a apoyarlos en caso de guerra¹⁰⁵ pero, al mismo tiempo, sondeó las posibilidades de un acercamiento a Hitler: “En su discurso al congreso, Stalin destrozó abiertamente la idea de la “alianza de las democracias para resistir la agresión fascista”. Los instigadores de la guerra internacional no son ahora ni Mussolini ni Hitler sino las dos principales democracias de Europa, Gran Bretaña y Francia, quienes según el orador, quieren arrastrar a Alemania y a la URSS a un conflicto con la excusa de un ataque alemán a Ucrania. ¿Fascismo? Eso no tiene nada que ver. Según Stalin, no cabe plantear la posibilidad de un ataque de Hitler a Ucrania y no existe la más mínima base para un conflicto militar con Hitler”¹⁰⁶ Para Trotsky el pacto no era un salto cualitativo en la línea ya marcada por la burocracia desde 1933. Sin embargo, el gran impacto que causará a nivel mundial y principalmente en la pequeña burguesía norteamericana, abrirá una importante fracción, centralmente una minoría dentro del SWP y varios dirigentes del Secretariado Internacional de la IV Internacional. Esta tenía una posición similar a la de B. Rizzi y por ello Trotsky interviene en la discusión contestando a éste en “La URSS en la guerra”.¹⁰⁷ Para Trotsky esta posición era una concesión a la anterior posición de la Comintern de alianzas con las “democracias”: “la misión histórica del estado obrero, según esa lógica, sería la lucha por la democracia imperialista. La ‘traición’ a las democracias en favor del fascismo privan a la URSS del título de Estado obrero. En realidad, la firma del tratado con Hitler sólo sirve para medir una vez más el grado de descomposición de la burocracia soviética y de su desprecio por la clase obrera mundial, inclusive la Comintern; pero no da ninguna razón para revisar la apreciación sociológica de la URSS”.¹⁰⁸ Trotsky plantea que según Rizzi, “La nueva burocracia es una clase, su actitud para con los trabajadores es la explotación colectiva, los proletarios se transforman en esclavos del explotador totalitario”. A semejanza de los que planteaban el “capitalismo de estado” como nuevo sistema mundial basados en las tendencias a la estatización, Rizzi asimilaba la URSS, el fascismo y el New Deal de Roosevelt creyendo ver en todos una economía planificada. Trotsky plantea que “todos esos regímenes poseen, indudablemente, rasgos comunes que, en resumidas cuentas, son determinados por las tendencias colectivistas de la economía contemporánea (...) Los rasgos de centralización y de colectivización determinan a la vez la política de la revolución y de la contrarrevolución; pero eso no significa en modo alguno que entre la revolución, el Thermidor, el fascismo y el ‘reformismo’ norteamericano se pueda colocar un signo de igualdad”.¹⁰⁹

Esta fracción se pronunciaba en contra de la caracterización de la URSS como estado obrero degenerado aunque no planteaba claramente cuál era su verdadero carácter. Su definición era que no era “ni un estado obrero ni un estado burgués”. Como plantea Burnham en “Sobre el carácter de la guerra y las tareas de los cuartinternacionalistas” (en el CD de esta compilación): “Dentro de la Unión Soviética, el estado soviético se ha pasado, en el curso del último período, a una política imperialista o cuasi-imperialista, tanto en lo que hace a las relaciones políticas como económicas hacia nacionalidades minoritarias dentro de las fronteras soviéticas. (...) Es imposible seguir considerando a la Unión Soviética como un ‘estado obrero’. El estrato dominante de la Unión Soviética no constituye una clase burguesa cristalizada en el sentido tradicional, ni tampoco puede predecirse con seguridad si su evolución futura -inclusive si no es frenada- será hacia una cristalización semejante. El carácter económico y político de facto del actual estado soviético, y el modo en el cual lleva adelante su opresión y explotación, sugiere que el término ‘estado burocrático’ es la definición más adecuada para éste”. Trotsky veía en esta definición una ruptura en primer lugar con el materialismo dialéctico, que haría evolucionar inevitablemente a sus detractores hacia posiciones pequeño burguesas o directamente burguesas (como sucedió efectivamente con muchos de ellos, empezando por el mismo Burnham): “La cuestión de la URSS no puede ser tomada como un caso único, aislado del proceso histórico global de nuestra época. O bien el estado stalinista es una formación transitoria, la deformación del estado obrero de un país atrasado y aislado, o bien el ‘colectivismo burocrático’ es una formación social nueva que está en vías de reemplazar al capitalismo en todo el mundo (stalinismo, fascismo, New Deal, etc.). Los ensayos terminológicos (estado obrero-estado no obrero, clase-no clase, etc.) no encuentran un sentido más que en perspectiva histórica. Cualquiera que elija el segundo término de la alternativa admite, abierta o tácitamente, que todo el potencial revolucionario del proletariado mundial está agotado, que el movimiento socialista ha fracasado y que el viejo capitalismo está en vías de transformarse en ‘colectivismo burocrático’, con una nueva clase explotadora”.¹¹⁰ Ver a la burocracia desde esta perspectiva histórica implicaba: “Si la canalla bonapartista es una clase, ello significa que no es un aborto sino una criatura viable de la historia. Si su parasitismo de bribón constituye una ‘explotación’, en el sentido científico del término, ello significa que la burocracia tienen por delante un porvenir histórico en tanto que clase dirigente, indispensable al sistema económico dado”.¹¹¹ Trotsky prioriza las consecuencias prácticas de estas definiciones: “Bien entendido, la repartición de las fuerzas productivas entre las distintas ramas de la economía y, de forma general, el contenido del plan entero, va a cambiar muy profundamente cuando ese plan sea definido, no por los intereses de la burocracia, sino por los productores mismos. Pero en la medida donde la cuestión del derribamiento de la burocracia parasitaria queda aún ligada al mantenimiento de la propiedad nacionalizada (de estado) nosotros llamamos política a la próxima revolución. Algunos de nuestros críticos (Ciliga, Bruno Rizzi, etc.) quieren definirla absolutamente como una revolución social. Aceptemos esta definición ¿qué cambia ella en lo fundamental? Ella no agrega nada decisivo a las tareas de la revolución que nosotros hemos enumerado”.¹¹²

El 19 de septiembre de 1939, Alemania y URSS publicaron un comunicado conjunto donde justificaban la invasión a Polonia en el peligro de su desintegración. Rusia intervino para proteger a Bielorrusia y Ucrania Oriental. La división de Polonia entre Hitler y la URSS, con la ocupación del sector este del Ejército Rojo, plantean inicialmente la política y dinámica que tendrá la burocracia en los territorios ocupados.

En “La URSS en guerra”, Trotsky abre la posibilidad de que la burocracia se limite a “controlarlos” sin expropiar a la burguesía,¹¹³ pero plantea como más probable que debido a su “incapacidad” de compartir el poder (y no a su fidelidad al socialismo), avance en estas expropiaciones. Estas tendrían un carácter contradictorio, ya que serían medidas de carácter revolucionario pero llevadas adelante por métodos burocráticos-militares. Frente a ello afirma que “Nuestro criterio político primordial no es el cambio de las relaciones de propiedad en tal o cual área, por muy importante

que sea, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, el afianzamiento de su capacidad para defender sus conquistas y proponerse nuevas. Desde este punto de vista, los políticos de Moscú, en conjunto, constituyen el principal obstáculo para la revolución mundial”. A su vez que plantea que cuando Hitler vuelva sus armas contra las nuevas formas de propiedad, los trabajadores deberán defenderlas.

El miedo de Stalin a un ataque de los aliados a través de Finlandia, lo empujó a la invasión de ésta el 30/11/39. Las potencias aliadas desataron una furiosa campaña contra la invasión “imperialista” de la URSS. La Liga de las Naciones, al revés de lo actuado frente a la invasión de China o Etiopía, respaldó al gobierno finlandés y expulsó a la URSS de la Liga de las Naciones. Para Trotsky y la mayoría de la IV Internacional, esta invasión estaba justificada por un lado, desde el punto de vista de la defensa del estado soviético ya que el gobierno finlandés actuaba como lacayo directo del imperialismo anglo-norteamericano y por el otro, porque inmediatamente luego de la invasión, el Ejército Rojo expropió a la burguesía. Sin embargo, como en Polonia, los métodos burocráticos con que se realizaban estas medidas anulaban las simpatías y fuerzas revolucionarias de los obreros y por lo tanto, aunque trajera ventajas militares inmediatas, estratégicamente, socavaba la defensa real de la URSS. Por ello, se pronunciaron claramente por el derrotismo en EE.UU., en Finlandia y por la defensa de la URSS, pero al mismo tiempo contra la anexión burocrático-militar y por la independencia de la Finlandia soviética. Para la fracción del SWP, por el contrario, esta era una nueva prueba de la política “imperialista” de la URSS y por lo tanto el rol “reaccionario, contrarrevolucionario” del Ejército Rojo. Aunque secundariamente reconocían el carácter burgués del gobierno finlandés, planteaban el derrotismo de ambos bandos. Para Trotsky definir la política como “imperialista” era un nuevo confucionismo que igualaba las ocupaciones para defender la propiedad privada, con las ocupaciones del Ejército Rojo que expropiaban dicha propiedad. Es decir un razonamiento que obviaba el carácter estructural de las ocupaciones, con el argumento abstracto de rechazar todo tipo de “invasión”. Esta discusión, así como la polémica con el conjunto de las posiciones de la fracción, está desarrollada en el libro En defensa del marxismo.¹¹⁴ A pesar de que el gobierno finlandés terminó capitulando al Kremlin cediendo parte de su territorio, la guerra ya había demostrado el estado calamitoso del Ejército Rojo (murieron 48.000 soldados) al que lo había llevado Stalin con sus purgas y la imposibilidad de la burocracia de ganarse la simpatía del pueblo finlandés como aliado revolucionario.

Fortalecido por las rápidas victorias hacia el Oeste, y seguro de su triunfo sobre un ejército decapitado por el mismo Stalin y confiado por el gran temor que había demostrado la diplomacia soviética hacia la guerra, Hitler decide invadir a la URSS en junio de 1941 con su Plan “Barbarroja”.¹¹⁵ El Comité Ejecutivo de Nueva York publica el “Manifiesto por la defensa de la URSS” (en esta compilación). En él se llama a todos los obreros a defender la URSS y las conquistas que aún quedan de Octubre, a pesar de la catastrófica política de la burocracia soviética, responsable de las derrotas de las revoluciones que dejaron aislada a la URSS y de poner en peligro la mayor conquista de los trabajadores hasta el momento. Los obreros de la URSS odian a la burocracia, pero son conscientes que una victoria de Hitler sólo traerá mayor esclavitud y retroceder al status de colonia. Por ello, al mismo tiempo que llama a los revolucionarios a ubicarse incondicionalmente en el bando militar de la URSS, a ser “los mejores soldados en sus puestos de combate”, a los obreros alemanes a realizar sabotajes militares, a que los soldados alemanes se pasen al Ejército Rojo y a continuar la lucha de clases en los países “aliados” a la URSS, llama a luchar por restablecer la democracia soviética y a criticar implacablemente la política de la burocracia stalinista, y como primera tarea, a reconstruir la sección soviética de la IV Internacional.

Alexander Werth plantea que aunque los alemanes fracasaron durante tres meses y medio, los desastres rusos se sucedían unos a otros.¹¹⁶ Stalin desapareció¹¹⁷ y sólo realizó un mensaje radiofónico más de diez días después del ataque para convocar a la población a la “brillante”

táctica de “tierra arrasada”. En Leningrado, por ejemplo, de 3 millones de habitantes, un tercio murió de hambre.

La cuestión rusa fue seguida de cerca por el trotskista norteamericano John Wright, que publicó varios artículos en Fourth International. Muchas de sus denuncias y las de otros trotskistas sobre la política de Stalin, coincidieron con la posterior crítica realizada por Krushev (once años después de terminada la guerra) y de estudiosos rusos post Stalin. Por ejemplo, Wright “ya había subrayado el hecho de que la total eliminación del estado mayor, la ejecución de su cerebro Tujachevsky y la liquidación del 90 por 100 de los cuadros superiores unida a la sustitución en los cargos de responsabilidad por una serie de carreristas e incompetentes, había equivalido a una aplastante victoria del ejército hitleriano.”¹¹⁸ Es así que la creciente resistencia a la invasión tuvo numerosos elementos espontaneístas, especialmente entre los jóvenes obreros. “Fue en las calles de Rostov y de Sebastopol donde [las tropas alemanas] chocaron por primera vez con una encarnizada resistencia, casa por casa, calle por calle, produciéndose el tipo de lucha casi cuerpo a cuerpo que había de dar a los rusos su victoria más espectacular en Stalingrado”¹¹⁹ Varios historiadores comentan el surgimiento de destacamentos obreros en la defensa de las ciudades.

Las duras experiencias sufridas por los nuevos cuadros del Ejército Rojo, el esfuerzo de los obreros que permitieron la rápida industrialización de la zona este y la resistencia heroica de la población fueron los elementos que permitieron comenzar a revertir las terribles derrotas que siguieron hasta casi finales de 1942.¹²⁰

La liberación de las colonias y semicolonias

Como anticiparon Trotsky y los trotskistas varios años antes de desencadenada la guerra, ésta sería a diferencia de la de 1914, una guerra que involucraría a los cinco continentes y no sólo a los ejércitos sino al conjunto de las poblaciones. La Conferencia de Emergencia de la IV Internacional reafirmó esta postura: “La guerra imperialista mundial es la continuación de la lucha comenzada en 1914 por el control, no sólo de Europa, sino también de la riqueza, del trabajo y de los mercados de los dos hemisferios, de África y Asia, de América Latina y de Oceanía”¹²¹ Ya la Primera Guerra Mundial había sido una escuela para los países oprimidos, en la medida que las disputas de las potencias por dominar mayor cantidad de países y territorios, abría fisuras que podían terminar en la dominación de un nuevo amo, pero que también brindaban las mejores oportunidades para la lucha por la liberación nacional. “La mitad de la población mundial vive en la esclavitud colonial. (...) La lucha de esta gran masa de desposeídos para liberarse representa una de las dos grandes fuerzas progresistas de la sociedad moderna. La otra es el combate del proletariado de los países avanzados para su emancipación. Es en el logro de esta conjunción en donde reside la clave de toda la estrategia de la revolución socialista mundial.”¹²²

La conjunción de las derrotas de los levantamientos al final de la Primera Guerra, el aislamiento y burocratización de la URSS y la relativa estabilización lograda por el capitalismo, permitieron al imperialismo salir victorioso de las guerras nacionales y coloniales de la década del '20. La crisis del '29 bloqueó las escasas concesiones que venían haciendo las metrópolis a sus colonias y exacerbó los antagonismos entre las potencias que volvieron a golpear a los países oprimidos. “Las luchas nacionales de los países coloniales, abortadas desde 1919 a 1931, estaban dirigidas, como en India o China, por la burguesía nacional. Esto no ha hecho más que confirmar que las revoluciones nacionales y democráticas solo pueden triunfar con el proletariado a la cabeza, y con la colaboración de los trabajadores de los países avanzados. La transformación nacional y democrática de los países atrasados sólo será posible en un mundo socialista”.¹²³ Por eso, la

condición para que los oprimidos pudieran aprovechar las brechas en las “alturas” durante la guerra, era que el proletariado fuese capaz de sostener una política y una organización independientes, tanto de los bandos imperialistas (fuesen “democráticos” o fascistas) como de su burguesía nacional. Los que llamaban a los pueblos coloniales y semicoloniales a detener la lucha de clases en función de apoyar a su amo imperialista “democrático” o a los “antiimperialistas” Alemania, Italia o Japón, como hacían los socialdemócratas y los stalinistas, sólo lograrían nuevas derrotas: “La lucha es por las posesiones coloniales, por la dominación del mundo. El intento de presentar esta disputa movida por intereses y apetitos como una lucha entre “democracia” y “fascismo” puede engañar a la clase trabajadora. Chamberlain entregaría todas las democracias del mundo (no quedan muchas) por la décima parte de la India.”¹²⁴ En “El mundo colonial y la Segunda Guerra Mundial”, los trotskistas plantean que las consignas democráticas y transitorias, especialmente la de asamblea constituyente ligada a la revolución agraria y a la lucha por la liberación nacional y la formación de consejos obreros, campesinos y de soldados locales, provinciales y nacionales como organismos de poder de los trabajadores, son las claves para que el proletariado pueda encabezar esta lucha, y la única verdadera garantía contra el fascismo.

Trotsky, al igual que Lenin, consideraba que en la época imperialista, los estados nacionales cumplían un rol absolutamente reaccionario frente a las fuerzas productivas.¹²⁵ Esto no le impedía, también como a Lenin, ver el carácter doblemente progresivo de la lucha por la independencia nacional de los estados oprimidos, fueran colonias o semicoloniales. Ya lo había demostrado ampliamente durante la revolución china de 1925-27 y su formulación de la teoría de la revolución permanente en los países atrasados en 1928-29, donde el problema de la liberación nacional cumple un rol clave. En “La guerra y la IV Internacional”, plantea que las luchas de las colonias y semicoloniales de Oriente son doblemente progresivas a la vez que las ubica en su dinámica permanentista: “al hacer romper a los pueblos atrasados con el asiaticismo, el localismo y la dominación extranjera asestan poderosos golpes a los estados imperialistas. Pero desde ya hay que plantearse claramente que las tardías revoluciones de Asia y Africa son incapaces de abrir una nueva era de renacimiento del estado nacional. La liberación de las colonias no será más que un gigantesco episodio de la revolución socialista mundial, así como el tardío golpe democrático de Rusia no fue más que la introducción a la revolución socialista”. También destaca la importancia de la lucha de Sud y Centroamérica contra el imperialismo norteamericano que luego de unificar el norte del continente “ahora utiliza toda la fuerza que logró gracias a esa unificación para desunir, debilitar y esclavizar a la mitad sur”.

Trotsky pronosticó que después de pasadas las primeras oleadas de patriotismo en los países imperialistas y debido a la mayor opresión a las semicoloniales, éstas últimas aprovecharían las contradicciones imperialistas y fundamentalmente, la debilidad de las viejas potencias coloniales, Francia y Gran Bretaña, desarrollando una fuerte lucha anticolonial-antimperialista en una unidad internacionalista proletaria, en un grado aún mayor a la Primera Guerra.

El verdadero enfrentamiento interimperialista en este terreno era entre las mismas potencias “democráticas”, ya que dentro de ellas se encontraban los mayores poseedores de colonias como Gran Bretaña y Francia, o poseían la fortaleza económica y militar para disputarlas, como era el caso de EE.UU. Por otro lado, la decadencia del imperialismo japonés y la necesidad de EE.UU., después de consolidar su patio trasero, de avanzar sobre el Pacífico, marcaba también la dinámica de estas dos potencias hacia la guerra. A su vez, los intereses de Gran Bretaña (y en menor medida de Francia) en Oriente y su creciente debilidad para mantener sus dominios, hacían que necesitara de la ayuda EE.UU., a sabiendas que esta colaboración no sería gratuita.

La complejidad de esta combinación de guerras llevó a los revolucionarios a definir su posición estratégica y política antes de iniciada la guerra:

“La lucha de clases y la guerra son fenómenos internacionales, que se deciden internacionalmente. Pero como toda lucha no permite que haya más que dos campos (bloque contra bloque) y como las luchas imperialistas se entrelazan con la guerra de clase (imperialismo mundial-proletariado mundial), surgen muchos casos complejos y con múltiples aristas. (...) El proletariado de todos los países, la única clase solidaria internacionalmente –y por ello, entre otras cosas, la única clase progresiva-, se encuentra en la complicada situación en tiempos de guerra, especialmente en la nueva guerra mundial, de combinar el derrotismo revolucionario hacia su propia burguesía con el apoyo a las guerras progresivas.”

“Reconociendo el carácter progresivo de esta guerra de liberación, éste debe luchar decisivamente contra el enemigo principal, el imperialismo reaccionario (o bien contra el campo reaccionario, en el caso de una guerra civil), esto es, debe pelear por la victoria de los (política) o socialmente oprimidos, o que están a punto de ser oprimidos: la URSS, los países coloniales y semicoloniales como Abisinia [hoy Etiopía, NdeR] o China, o la España republicana, etc.

Aquí también, no obstante, éste tiene viva conciencia de su oposición irreconciliable de clase hacia su “propia” burguesía -o su oposición política a la burocracia soviética- y no entrega sin resistencia ninguna de sus posiciones independientes. Como en los países imperialistas, éste pugna con todas sus fuerzas por la revolución social y la toma del poder, el establecimiento de su dictadura, sólo la cual, además, hace posible una victoria segura y duradera sobre los imperialistas. Pero en tales casos, éste no puede –y de hecho no busca- como en el campo imperialista, la victoria revolucionaria a costa de una derrota militar, sino más bien en la perspectiva de la victoria militar de su país.”¹²⁶

La invasión de Italia a Etiopía

La invasión de Mussolini a Etiopía el 3/10/35 ya había sido una ocasión para reafirmar esta posición, que partía del carácter reaccionario de la invasión de un estado imperialista a un estado oprimido y por lo tanto de la lucha por la derrota de Italia y la victoria de Etiopía a pesar del carácter dictatorial del gobierno de Negus.¹²⁷

Interrogado sobre si la invasión de Italia a Etiopía llevaría a una nueva guerra mundial, Trotsky responde: “Es muy difícil predecir (...) pero yo diría que sí, dado que la inminente guerra entre Etiopía e Italia tiene la misma relación con una nueva guerra mundial, que la guerra de los Balcanes en 1912 con la Guerra Mundial de 1914-1918. Antes de que pueda estallar una nueva gran guerra las potencias tendrán que tomar una posición y, en este sentido, la guerra ítalo-etíope definirá posiciones y mostrará coaliciones. Es imposible predecir si la gran guerra estallará en tres, cuatro o cinco años. Debemos prepararnos para un lapso breve, no prolongado.”¹²⁸ Aunque es asombrosa la exactitud en los plazos hacia la guerra que hace Trotsky, las futuras coaliciones se comenzarán a perfilar mejor luego de 1937, con la invasión japonesa a China. En 1935, Francia es aliada de Italia, y por ello deja actuar libremente a Mussolini. La URSS, aliada a su vez a Francia, a través del pacto Stalin-Laval, continuó entregando el 22% del petróleo a Italia, mientras el PCF avanzaba en su alianza con los radicales franceses justificándolo por la “unidad de todos los demócratas contra el fascismo”. La Liga de las Naciones votó “sanciones económicas” que nunca llevó adelante. Trotsky saca la lección del rol de la política de reformistas y centristas que declamaban contra la guerra, pero que en los hechos allanaban el camino hacia ella: “13. De la política internacional, podemos extraer la misma conclusión particularmente de la llamada ‘guerra contra la guerra’. Los social-patriotas y los centristas, sobre todo los franceses, justifican su abyección ante la Liga de las Naciones con el argumento de la pasividad de las masas, sobre todo

porque no estuvieron dispuestas a aplicar un boicot a Italia durante su ataque pirata a Etiopía. (...) A la luz de los acontecimientos de junio resulta sumamente claro que las masas no reaccionaron ante la provocación imperialista internacional porque los dirigentes de sus organizaciones las engañaron, adormecieron, frenaron, paralizaron y desmoralizaron. Si los sindicatos soviéticos hubieran dado oportunamente el ejemplo boicoteando a Italia, ese movimiento se hubiera extendido como un reguero de pólvora a Europa y al mundo entero, y se hubiera constituido en una amenaza inmediata para los imperialistas de todos los países. Pero la burocracia soviética prohibió y ahogó todas las iniciativas revolucionarias, reemplazándola por la sumisión de la Comintern ante Herriot, León Blum y la Liga de las Naciones. El problema de la política internacional del proletariado, como el de la política nacional, es un problema de dirección revolucionaria.”¹²⁹

Desde el inicio de la campaña de Mussolini, tres meses antes de la invasión, Trotsky se preocupó por la actitud de las secciones de la IV frente a esta guerra (sobretudo de la francesa y de la italiana) y fijó posición frente al SI, advirtiendo que el giro de la Comintern se estaba plasmando en su política hacia este conflicto: “Desde luego, somos partidarios de la derrota de Italia y de la victoria de Etiopía y, por consiguiente, debemos hacer todo cuanto esté a nuestro alcance por impedir que el imperialismo italiano reciba apoyo de las demás potencias imperialistas y, a la vez, facilitar en lo posible el envío de armamentos, etcétera, a Etiopía.

Sin embargo, queremos subrayar que no se trata de una lucha contra el fascismo sino contra el imperialismo. Existiendo una guerra de por medio, para nosotros, no se trata de determinar quién es “mejor”, si el Negus o Mussolini, por el contrario, es un problema de las relaciones entre las clases y de la lucha por la independencia de una nación subdesarrollada frente al imperialismo.”¹³⁰

La correspondencia de Trotsky-Leonetti sobre la guerra de Etiopía,¹³¹ refleja la posición de uno de los principales dirigentes del grupo de la Oposición de Izquierda en Italia y las repercusiones de la política de la IC en el Partido Comunista Italiano que sostenía el apoyo a Etiopía contra el fascismo italiano, aunque tíbilmente, para no “ofender” a la “democracia” francesa aliada a Mussolini.

Pietro Tresso, otro de los dirigentes del grupo opositor italiano, plantea en “Stalinismo y fascismo en Italia” (en el CD de esta compilación), que esta guerra era una gran ocasión para luchar por el derrocamiento de Mussolini, en la medida que existiera un partido revolucionario capaz de dirigir a los obreros.

Para eso, eran necesarias dos condiciones: demostrar al pueblo italiano con una actitud internacionalista, que la lucha contra la guerra de Etiopía no tenía nada en común con la intención de cubrir el botín colonial del imperialismo anglo-francés. Que, por el contrario, la lucha contra el feroz imperialismo fascista era al mismo tiempo el medio más seguro para hacer saltar las bases del imperialismo anglo-francés. Y al mismo tiempo, desarrollar por todos los medios la lucha de clases dentro del país. La realización de esta segunda condición era, evidentemente, funcional a la realización de la primera. Pero la política “antifascista” del PCI, no contra el régimen y la burguesía que lo sostenía, sino meramente contra Mussolini “había culminado en afianzar alrededor de él a las masas que se suponía debía movilizar para derrotarlo.” Al terminar la guerra de Etiopía, como plantea en su artículo P. Tresso, los stalinistas, siguiendo las órdenes de Moscú de no avivar las llamas en Europa, dejan de lado el antifascismo y sus ambigüedades con Mussolini y llaman a la unidad con los “hermanos camisetas negras”¹³² en pos de la unidad de Italia. Mientras, denunciaban a los trotskistas que, lógicamente, se oponían a esta política.

El conflicto sino-japonés

Junto a la invasión de Etiopía y la guerra civil en España, el conflicto sino-japonés que comenzó con la invasión de Manchuria el 1/5/1931 y estalló como guerra en julio de 1937 con la invasión japonesa del norte y este de China, fue uno de los grandes anticipadores de la Segunda Guerra. La crisis económica del '29 que había hecho acentuado el aislacionismo de las potencias frente a sus crisis internas, le permitió al decadente imperialismo japonés envalentonarse en sus planes de dominación del Pacífico. China, en ese entonces era un país atrasado que sufría desde hacía un siglo la rapacidad de las distintas potencias imperialistas. Como plantea la “Resolución sobre la lucha de clases y la guerra en Extremo Oriente”,¹³³ con 450 millones de habitantes y un extensísimo territorio, se había convertido en “un campo lucrativo de inversiones de capital” y en una “inagotable fuente de mano de obra barata” para el capital extranjero.

Desde sus inicios Trotsky y los trotskistas no sólo analizaron y fijaron posición frente a esta guerra sino que intentaron intervenir activamente construyendo un partido sobre la base de la sección existente fundada en 1931¹³⁴ como ruptura del Partido Comunista Chino. Uno de sus fundadores fue Chen Duxiu que había sido secretario general del PC CH. La “Resolución...” fue votada en la Conferencia de Fundación de la IV Internacional y redactada por Li Furen, militante de origen norteamericano en China. Este sostenía la posición oficial de la IV y polemizó con algunos sectores de la sección china que ponían mucho peso a la denuncia del Kuomintang y del PC, pero principalmente con la posición de Chen Duxiu que partiendo de la debilidad en la que había quedado el proletariado chino luego de tantas derrotas, ponía más en el acento en la formación de “frentes únicos” para enfrentar al imperialismo japonés.

También existieron posiciones sectarias en el exterior que como la de Paul Eiffel¹³⁵ sostenían que había que ser derrotista de China debido a la dirección de Chiang Kai Shek: “Es como decir que no podemos participar en una huelga contra Ford porque la dirige Green.¹³⁶ ¿Podemos depositar plena confianza en Green? No, pero debemos participar en la huelga, debemos ser los mejores huelguistas. Por supuesto que debemos preparar el derrocamiento de Chiang Kai Shek. Si ustedes pueden, reemplácelo. Pero si no pueden reemplazarlo, deben participar en la lucha contra Japón y, a la vez, combatir políticamente a Chiang Kai Shek. En Japón atacamos a los militaristas japoneses por hacer la guerra, pero en China atacamos a Chiang no por hacer la guerra, sino por hacer la guerra flemáticamente, por no empeñar los medios necesarios para confiscar los bancos, industrias, ferrocarriles, etcétera, japoneses. Si no, parecería que atacamos a Green por iniciar la huelga, no por no impulsar la huelga con la suficiente combatividad. Para nosotros, lo importante es la movilización de las masas revolucionarias bajo nuestra bandera, porque son el único factor histórico que puede garantizar la victoria. Pero nos colocamos plenamente sobre la base de la guerra y participamos activamente en ella.”¹³⁷

Como plantea la “Resolución...”: “Japón, el eslabón más débil del imperialismo mundial, busca superar su estado de decadencia por medio de una guerra colonial. Los imperialistas japoneses, al invadir China, han provocado una campaña defensiva que, a pesar de su debilidad y de la insuficiencia que le da la dirección del Kuomintang, toma el carácter de una guerra de liberación nacional. Al mismo tiempo Japón, al continuar con su guerra de pillaje, ha acentuado los antagonismos interimperialistas que empujan a la humanidad hacia una nueva guerra mundial”. Sin embargo, la tibia respuesta de la Liga de las Naciones al ataque japonés a Manchuria fue crear una comisión investigadora, cuya recomendación de que Japón evacuara la región “salvaguardando” sus derechos allí, fue aceptada mas de un año después. Japón no se fue de Manchuria pero sí de la Liga. Francia, que seguía intentando mantener el statu quo del Tratado de Versalles, apoyó indirectamente la invasión.

El surgimiento del estado obrero ruso había frenado en los primeros años los planes expansionistas japoneses. Sin embargo, como se demuestra en la “Resolución...”, la política de conciliación de clases con el Kuomintang durante la revolución china de 1925-27 que provocó la derrota del pueblo

chino, permitió la subordinación de la clase obrera china tras una dirección, encabezada por Chiang Kai Shek, que mientras era financiada por Gran Bretaña y EE.UU., al mismo tiempo que exterminaba a los campesinos y obreros “rebeldes”, declaraba la “no-resistencia” a Japón. Luego de envalentonar a Japón con esta concesión a la burguesía china, Stalin, cada vez más temeroso de un ataque japonés a la URSS, le vendió en 1935¹³⁸ al gobierno de Manchukuo, títere de Japón, el Ferrocarril Oriental que unía Manchuria con Vladivostok (URSS). Los Juicios de Moscú y el descabezamiento del Ejército Rojo, terminaron de alentar a Japón en su empresa, seguro de la “neutralidad” de la URSS. “Estados Unidos busca afanosamente mantenerse al margen del conflicto europeo. Pero en 1914 ocurría exactamente lo mismo. Es imposible ser una gran potencia, menos aún una superpotencia con impunidad. Decretar neutralidad es más fácil que observarla. Además, no sólo existe Europa: también está el Lejano Oriente. Durante la gran crisis industrial que paralizó a la mayoría de las grandes potencias, Japón se apoderó definitivamente de Manchuria y ahora ha ocupado las provincias septentrionales de China, desmembrando aún más a ese enorme y desgraciado país. La crisis política interna de la URSS, la decapitación del Ejército Rojo y la capitulación lamentable de Moscú en el asunto del archipiélago de Amur dejaron libres las manos de la camarilla militar nipona. Ahora la suerte de todo el Lejano Oriente está en la balanza.”¹³⁹

La invasión japonesa terminó obligando al régimen del Kuomintang a dejar de lado su política de “no-resistencia”. Los revolucionarios volvieron a diferenciarse claramente de la política llevada adelante por el stalinismo: “El imperioso deber del proletariado internacional, y especialmente, de la vanguardia revolucionaria, es el de apoyar la lucha de China contra Japón. El crimen de los stalinistas consiste, no en la ayuda y la participación en la lucha de China, incluso bajo la dirección del Kuomintang, sino en el abandono de la lucha de clases, en el abandono de los intereses de las masas explotadas, en la capitulación política frente al Kuomintang, en la abdicación del derecho de movilización independiente de las masas contra el invasor japonés, en la renuncia a la crítica revolucionaria de la dirección de la guerra por el Kuomintang, en reforzar la dictadura de Chiang Kai Shek, en apoyar y en difundir la ilusión de que el Kuomintang y la burguesía nacional pueden dirigir la guerra de una manera eficaz y hacia un final victorioso.”¹⁴⁰ La “Resolución...” incluso preveía la dinámica de EE.UU. hacia la guerra con Japón, la que en 1941 sería la llamada “Guerra del Pacífico”: “El imperialismo norteamericano, aunque actualmente en China posee intereses menores en cantidad y en importancia que Gran Bretaña, está alarmado frente a la perspectiva de una dominación japonesa en el Pacífico. Las repetidas crisis de la economía norteamericana, que se suceden a cortos intervalos, advierten que, si el capitalismo yanqui debe sobrevivir y crecer, debe desempeñar pronto un papel preponderante, no sólo en el Pacífico, sino también en toda la arena mundial. El discurso de Roosevelt en Chicago, en octubre de 1937, dirigido contra las potencias ‘agresivas’, dio la clave de la futura política del imperialismo norteamericano.”

Para Trotsky las perspectivas de este conflicto estaban dictadas por la situación interna de China y de Japón. En el caso de este último “Está absolutamente excluido que Japón pueda, además de conquistar a China, dominarla”. Inclusive la conquista de Manchuria y Corea debilitaron a Japón desde el punto de vista militar (...) En la decadencia del capitalismo las conquistas grandiosas, como la de China, resultan imposibles. Fue posible conquistar Etiopía, pero no China. Cuando Inglaterra está al borde de perder la India, Japón, que no es Gran Bretaña, no puede conquistar la China”.¹⁴¹ Por otro lado, Japón es “un país preñado de la revolución social”. Los resabios semi-feudales que implicaban grandes contradicciones en el campo, de donde surgían los soldados, diferenciados en extremo de los viejos militaristas tradicionales y de los nuevos elementos pequeño burgueses que eran fascistas militarizados, partidarios de conquistar el planeta, llevarían a una gran explosión interna que a su vez haría la resistencia china más eficaz. Para la CI las perspectivas eran revolucionarias a condición de que no triunfara la política oportunista del stalinismo: “La derrota del imperialismo japonés no solamente abrirá el camino de la revolución en China y en Japón, sino también favorecerá nuevas oleadas de revueltas en todas las colonias de las potencias imperialistas.

Además, suprimirá una grave amenaza para la Unión Soviética y estimulará al proletariado soviético contra el régimen contrarrevolucionario de Stalin. Sin embargo, un apoyo revolucionario a la lucha de China no significa que los revolucionarios deban suministrar una cobertura al derrotado régimen del Kuomintang y a la burguesía china. Tampoco significa hacer un llamado a los gobiernos ‘democráticos’ imperialistas para que intervengan contra Japón y salven a China, ni prestar ayuda a estos gobiernos, si intervienen contra Japón. Esta es la línea de conducta de los traidores stalinistas.”¹⁴²

A pesar de su debilidad, Japón logró seguir avanzando, especialmente en 1940 a partir de la conquista de la Indochina francesa (luego Vietnam). Allí mantuvo un discurso “antiimperialista” frente a las masas, aunque al mismo tiempo sostuvo la administración francesa, tan relacionada con los “fascistas” japoneses como los nazis con el gobierno de Vichy. Esta coexistencia se sostendrá hasta el final de la guerra. Japón se comenzó a expandir hacia el sur con el objetivo de establecer la Gran Esfera de Co-Prosperidad Asiática, que incluía la liberación del Sureste Asiático de las potencias coloniales occidentales. Junto a Alemania e Italia formó el Pacto de Acero. Esta alianza exasperó a británicos y estadounidenses que respondieron con un boicot petrolero. La escasez de combustibles forzó al Japón a capturar las zonas petrolíferas de las Indias Orientales Holandesas arriesgando una confrontación bélica con EE.UU. y Gran Bretaña. El avance de Japón ponía en peligro los planes de EE.UU. en el Pacífico y aceleraba su necesidad de intervención. Por otro lado, la burocracia stalinista, que veía acercarse la ruptura del pacto con Hitler, en 1941 firmó un pacto de neutralidad por cinco años con Japón.¹⁴³ En diciembre de 1941, Japón atacó a las potencias occidentales en Pearl Harbor y varios otros puntos en el Pacífico. Rápidamente tomó el control de una extensa área que se expandió hasta las fronteras de la India en el oeste y Nueva Guinea en el sur en sólo seis meses.

Poco antes de la transformación de la guerra sino-japonesa en la guerra del Pacífico, surgieron en la sección china de la IV, tres posiciones sobre la cuestión de qué actitud adoptar hacia la guerra, signadas por la caracterización de la guerra mundial, la próxima intervención de EE.UU. contra Japón y su relación con el carácter progresivo de la resistencia china contra Japón. Chen Duxiu, caracterizaba a la guerra como un choque entre las potencias democráticas y el Eje fascista. Sostenía que había que abandonar el derrotismo revolucionario en los países democráticos como Inglaterra y Francia y reafirmaba el carácter progresivo de China contra Japón.¹⁴⁴ Wang Fanxi y Chang Chaolin, por el contrario, partían del carácter interimperialista de la guerra para plantear un cambio en relación a la política del grupo en el conflicto sino-japonés. Sostenían que si el ejército de EE.UU. intervenía contra el ejército japonés y se transformaba en su principal oponente, la guerra cambiaría de carácter y se transformaría en una guerra entre EE.UU. y Japón con China como agente menor del bando norteamericano. En tal caso, había que adoptar una posición derrotista de ambos bandos. La otra posición, encabezada por Peng Shuzi y Li Furen, basaba su argumento en una carta escrita por Trotsky el 23/9/37 a Diego Rivera¹⁴⁵ donde Trotsky insta a participar en el frente de guerra contra Japón sin abandonar el programa y la actividad independiente. La lucha fraccional se precipitó en la II Convención nacional de la Liga Comunista en julio de 1941. La resolución aprobada allí, titulada “Nuevas actitudes y políticas hacia la guerra germano-soviética y la venidera guerra entre EE.UU. y Japón” refleja la posición del grupo de Peng. Sostenía que los destinos de la guerra antijaponesa de China y la guerra antialemana de la URSS estaban entrelazados, pronunciándose contra el derrotismo. La Liga Comunista exigía completa libertad de palabra, para publicar, asociarse, conducir huelgas, tomar las armas para combatir a Japón y promover su programa político entre los militantes de todos los partidos, excepto los traidores. También exigía la aprobación de la jornada de 8 hs., el establecimiento de asociaciones campesinas en las aldeas y la confiscación de la tierra. Con respecto al PCCH, la Liga reconocía que debía continuar criticándolo políticamente pero que era necesario cooperar en la actividad práctica concerniente a la guerra contra Japón y la defensa de la URSS. La resolución

también contenía puntos concernientes a la organización de unidades guerrilleras,¹⁴⁶ sobre la agitación entre los soldados japoneses. Nadie apoyó la visión de Chen y Wang fue respaldado por unos pocos militantes.

Después de Pearl Harbor, los japoneses ocuparon Shangai. Muchos dirigentes de la Liga fueron arrestados y se quebró el contacto entre la dirección central y los grupos locales. Las actividades prácticas de la Liga se interrumpieron desde diciembre de 1941 hasta la derrota de los japoneses. Durante la guerra, Peng entró como profesor en dos universidades (de historia china, occidental y filosofía) y allí reunió a un grupo de jóvenes con los que luego refundaría la Liga a finales de la guerra. El grupo de Wang Fanxi mantuvo después de la guerra su posición, por la cual rompió con la Liga.

El Comité Ejecutivo de la IV, reafirmó en la “Resolución: La intervención norteamericana en China” del 31/3/41 (en esta compilación) la posición sostenida hasta el momento, a la vez que denunciaba los preparativos de EE.UU. para “ocupar las posiciones del Imperio británico en el Extremo Oriente, incluida China, y para asegurar la derrota de su rival japonés en el Pacífico”, aumentando la ayuda a Chiang como parte de estos preparativos. Aceptando la necesaria ayuda material, el CE llama a los revolucionarios a denunciar que ésta era consecuencia de la dirección reaccionaria de Chiang en la guerra y a develar los verdaderos objetivos del imperialismo norteamericano. Llama a levantar “el programa de una guerra revolucionaria basada en cambios sociales drásticos (la tierra a los campesinos, el control obrero de la producción, etc.)”. A su vez, declara su solidaridad con los “valientes combatientes campesinos que están bajo una dirección stalinista” diferenciándolos de la política de conciliación de clases de esta última. También llama al proletariado norteamericano a no realizar una “unión sagrada” con su burguesía y a los revolucionarios chinos a oponerse a todo desembarco de EE.UU. en China y a levantar el programa revolucionario de defensa de China: “milicias obreras y campesinas basadas en serias reformas sociales en la ciudad y el campo”. Como perspectiva, al igual que Trotsky, plantean que la derrota de Japón puede abrir un proceso revolucionario en Oriente, incluso en Japón.

La liberación de la India

Otro de los objetivos apetecibles para las potencias imperialistas, especialmente para EE.UU., era la India. En “La guerra y la IV Internacional”, Trotsky plantea: “Mientras continúan por inercia la discusión sobre la liberación de las Filipinas, los imperialistas norteamericanos se disponen en realidad a establecer una base territorial en China y a plantear en la próxima etapa, en el caso de un conflicto con Gran Bretaña, la cuestión de la ‘liberación’ de la India.” Aunque este conflicto no existió, Trotsky ya plantea en 1934 lo que será la clave de la política norteamericana para disputar las colonias de los viejos imperios, especialmente hacia el final de la guerra: aparecer como la potencia “democrática y liberadora” de los países oprimidos.

La importancia de este subcontinente hizo que Trotsky y los trotskistas no sólo lo siguieran de cerca desde los inicios de la oposición,¹⁴⁷ sino que intentaron construirse tanto en la India como en la isla contigua, Ceilán (hoy Sri Lanka).

Como decía Trotsky, la India era el clásico país colonial y Gran Bretaña era la clásica metrópoli: “Toda la perversidad de las clases dominantes y todas las formas de opresión que el capitalismo ha utilizado contra los pueblos atrasados de Oriente encuentra su síntesis más completa y atroz en la historia de la gigantesca colonia a la que los imperialistas británicos se pegaron como sanguijuelas desde hace un siglo y medio. La burguesía inglesa se ha empeñado en cultivar todos los vestigios de barbarie y todas las instituciones medievales que sirven para la explotación del hombre por el

hombre. Obligó a sus agentes feudales a adaptarse a la explotación colonial capitalista e hizo de ellos su vínculo, su órgano, su correa de transmisión hacia las masas”.¹⁴⁸ Las masas, por su parte, cuestionaron este dominio desde sus inicios casi ininterrumpidamente hasta la declaración de independencia en 1947. Estas luchas eran contestadas con duros enfrentamientos y masacres, a través de bombardeos y fusilamientos, tanto de los gobiernos conservadores como de los laboristas británicos. Así sucedió en ascenso obrero y campesino entre 1919 y 1922, en el nuevo ascenso de 1930, durante los combates de 1942 o en 1945, en un nuevo ascenso de estudiantes y obreros.

A fines de la década del '20, Gran Bretaña industrializó relativamente a la India, creando de esta forma una burguesía nacional completamente atada a sus intereses, así como la proletarización de importantes sectores de un país predominantemente campesino. Para mantener su dominio, se vio obligada a dar una serie de reformas: “Mientras espera, temiendo que las revueltas de sus millones de esclavos coloniales creen un peligro en la retaguardia durante la guerra que viene, el imperialismo inglés compra a la burguesía nacional de sus colonias (constitución india, tratado anglo-egipcio), para asegurarse su fidelidad. Los dominios de Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, ocupados en el desarrollo de su propia economía, han adquirido intereses separados y contradictorios a los intereses del imperio británico tomado como un todo. Estos intereses representan una fuerza centrífuga dentro del mismo imperio.”¹⁴⁹ Como reiteradamente planteaba Trotsky para demostrar la falsedad de la lucha de las “democracias” contra el fascismo: “Realmente, ¿puede creer alguien, siquiera por un momento, que Chamberlain, Daladier o Roosevelt son capaces de declarar una guerra para defender el principio abstracto de “la democracia”? Si el gobierno británico amara tanto la democracia hubiera dado la libertad a la India.”¹⁵⁰ Y es que esta actitud “desnudaba” el carácter de las “democracias” imperialistas: “Inglaterra tiene cuarenta millones de habitantes, la India trescientos setenta millones. Para mantener la democracia en una nación imperialista de cuarenta millones se aplasta a otra de trescientos millones. Esa es la esencia de la democracia imperialista.”¹⁵¹

Polemizando con el grupo palestino Haor, Trotsky recurre al ejemplo indio: “Por ejemplo, ¿deberían renunciar los trescientos sesenta millones de indios a utilizar la guerra para su propia liberación? Su levantamiento en medio de la guerra contribuiría, indudablemente, a la derrota de Gran Bretaña. Además, en el caso de un levantamiento indio (a despecho de todas las ‘tesis’), ¿lo apoyarían los trabajadores británicos? O, por el contrario, ¿están obligados moralmente a pacificarlos y arrullarlos para que se duerman en virtud de la victoria del imperialismo británico ‘contra el fascismo’? ¿Qué camino tomamos?”¹⁵²

Luego de ponerse a la cabeza de los levantamientos de 1930, Gandhi surgió como el mayor representante de la burguesía india frente a las masas, inaugurando su política de resistir a través de la “no-violencia”. A través de esta política, obtuvo las reformas constitucionales de 1935,¹⁵³ la organización de la India como una federación en 1937, fecha en la que se realizan elecciones generales, a través de las cuales el Partido del Congreso dirige varios ministerios.¹⁵⁴ Gracias a la política de Gandhi de apoyar los esfuerzos bélicos de Gran Bretaña, la India “colaboró” con un ejército de 2.000.000 de hombres, suministró municiones y convirtió su economía en economía de guerra. Los soldados indios intervinieron en Africa, Italia y Birmania. La clase obrera india, sin embargo, se había expresado contra la guerra, especialmente en Bombay donde 80.000 trabajadores hicieron una “huelga política de masas contra la guerra”.¹⁵⁵

El Bolshevik- Leninist Party of India (BLPI), sección india de la IV, caracterizaba al Partido del Congreso como “El instrumento principal por el cual la burguesía india busca mantener su control sobre el movimiento nacional (...). A pesar del hecho que, en estas condiciones, elementos revolucionarios y semirevolucionarios permanecen en las filas del Congreso, a pesar de sus efectivos de conjunto (cinco millones en 1939) y de las declaraciones programáticas demagógicas (Asamblea Constituyente, reforma agraria) repetidas del Congreso, su dirección política permanece

exclusivamente en manos de la burguesía, así como el control de la organización del partido (...). El Congreso Nacional Indio, en su composición social, su organización y sobretodo su dirección política, puede ser comparado al Kuomintang que condujo a la revolución china de 1925-27 a la traición y a la derrota.(...) Los intereses más reaccionarios de la burguesía india encuentran una expresión en las numerosas organizaciones que coexisten con el Congreso. Así, la federación liberal (1918) representa a aquellos elementos burgueses que cooperan abiertamente con el imperialismo. Los intereses fraccionales de las clases propietarias son representados por las diversas organizaciones comunales, especialmente la Liga Musulmana (1905) y la Hindu Maha Sabaha (1925) que son dominadas por los grandes terratenientes y los intereses burgueses y persiguen una política reaccionaria en todas las cuestiones sociales y económicas, obteniendo un poco de apoyo popular por un llamado al sentimiento religioso y comunalista de las masas atrasadas”.156

La violencia de los enfrentamientos cotidianos, las decepciones de las masas con el Partido del Congreso y también con los stalinistas, dieron lugar a la fundación en 1934 del Partido Socialista del Congreso (CSP). Este partido surgió como un ala izquierda del Partido del Congreso aunque funcionaba de manera independiente. En sus inicios se declaró contra la guerra. También dentro del Partido del Congreso, el antiguo dirigente estudiantil Subhas Chandra Bose, es elegido dos veces como presidente del partido (en 1938 y 1939). Las dos veces dimite presionado por el ala derecha representada por Gandhi y funda el “Forward Bloc”, que se opone a la guerra y que luego impulsará la “Indian National Army” de carácter pro-japonés. El BLPI caracterizaba al conjunto de estos grupos como parte de la intelligentsia pequeño burguesa. El Partido del Congreso, a través de sus distintas alas, controlaba los poderosos sindicatos indios, así como a la mayoría de los campesinos. Los musulmanes eran dirigidos en su mayoría por la Liga Musulmana, también de extracción burguesa.

Tanto la India como Indochina (en este caso bajo dominación francesa) eran una ilustrativa y cruda muestra del carácter de la socialdemocracia y de la política de la II Internacional para las colonias: mientras prometían el socialismo por la vía pacífica en las metrópolis, aplastaban a sangre y fuego cualquier intento de rebelión en las colonias.157 Es por ello, que la socialdemocracia no podía cumplir el rol de mediación frente a las masas en los países oprimidos. Este rol, aunque con muchas contradicciones, aún podía ser jugado por el stalinismo.

La tarea de fundar el PC indio estaba a cargo de M. N. Roy desde 1920. Sin embargo, Roy estaba ligado al ala derecha de la IC (Bujarin, Brandler) y retardó la formación del partido en pos de formar “partidos biclasistas” (obreros y campesinos) o el “bloque de las cuatro clases”, para realizar una revolución democrática contra la India feudal o luego, para enfrentar al “fascismo” japonés. Por ello intentó repetidamente integrarse al burgués Partido del Congreso, igualando la política del stalinismo seguida en China con el Kuomintang. Pero al igual que en China: “Sólo una revolución victoriosa podrá liberar a la India. La burguesía india, estrechamente ligada al capital británico, teme la revolución. La intelligentsia burguesa india teme a su propia burguesía. En vez de preparar una revolución popular, estos señores constantemente llaman al mismo viejo ‘frente popular’, es decir a la unión de los liberales asustados con los demócratas igualmente asustados de los más variados matices. Por supuesto, en esta tarea los stalinistas están a la vanguardia. Para frenar el movimiento revolucionario de las masas contra su enemigo directo e inmediato, el imperialismo británico, estos señores agitan contra... el peligro japonés. Con esos métodos esperan ganar la simpatía de los esclavistas británicos para la democracia india y al mismo tiempo para Stalin, que sueña con una alianza con la burguesía inglesa. Los pueblos coloniales son moneditas de cambio en las negociaciones de la oligarquía del Kremlin con las democracias imperialistas.”158

Como ya habíamos señalado, durante el XVIII Congreso del PCUS, quedó claramente expresada la política que seguiría la IC de subordinación de la lucha por la libertad de las colonias a los imperialismos democráticos, política sólo interrumpida durante el pacto Hitler-Stalin: “Con el fin de demostrar a Londres y a París el gran valor que tendría una alianza con el Kremlin, la Comintern agita en la India británica y en la Indochina francesa contra el peligro japonés, pero no contra la dominación de Francia e Inglaterra. ‘Los dirigentes stalinistas han dado un nuevo paso en el camino de la traición’, escribía el periódico obrero saigónés La Lutte el 7 de abril de este año. ‘Sacándose sus máscaras revolucionarias, se convirtieron en campeones del imperialismo y se expresan abiertamente contra la emancipación de los pueblos coloniales oprimidos.’ Es importante recordar que en las elecciones para la constitución del consejo colonial, los candidatos del partido representado por el diario citado obtuvieron más votos en Saigón que el bloque de los comunistas y el partido gubernamental. En las colonias, la autoridad de Moscú está declinando rápidamente.”¹⁵⁹

Durante pacto Hitler-Stalin, en cambio, se hicieron fuertemente “antiimperialistas” (aliados) y pro nacionalistas. Dado el giro de su política, Trotsky no descartaba, que en esas circunstancias, los stalinistas podían tener algún “movimiento progresivo”: “Los stalinistas de la India apoyan a los partidos nacionales burgueses y pequeño burgueses y hacen todo lo posible por someter a los obreros y campesinos a través de estos partidos. Lo que tenemos que hacer es crear un partido proletario absolutamente independiente con un claro programa de clase.

El rol histórico general de la burocracia stalinista y su Comintern es contrarrevolucionario. Pero por sus intereses militares y de otro tipo se pueden ver obligados a apoyar algunos movimientos progresivos. (Hasta Ludendorff tuvo que darle a Lenin un tren -una acción muy progresiva- y Lenin lo aceptó.)¹⁶⁰ Tenemos que mantener los ojos bien abiertos para distinguir los aspectos progresivos de los stalinistas, apoyarlos independientemente del conjunto de su política, prever a tiempo el peligro, las traiciones, alertar a las masas y ganarnos su confianza. Si nuestra política es firme, intransigente y al mismo tiempo realista, lograremos comprometer a los stalinistas en base a la experiencia revolucionaria.”

Un ejemplo ilustrativo de los giros del PCI es que, al comienzo de la guerra, participa en Bombay en la primera manifestación contra la participación de la India en la guerra. Luego de la invasión nazi a la URSS, la guerra se convierte en “la guerra del pueblo” y su periódico pasará a llamarse “People’s War”. En los levantamientos de 1942 contra los arrestos de los dirigentes del Partido del Congreso, su política de defensa de las democracias imperiales, lo lleva directamente a enfrentarse con el movimiento de masas indio.

En 1938, un dirigente del Congress Socialist Party, Masani, había entrado en contacto con Shachtman del SWP norteamericano y dijo estar dispuesto a publicar artículos de Trotsky en su prensa. Sherman Stanley, en su “Informe sobre la India”,¹⁶¹ (en el CD de esta compilación) relata a Trotsky la importante oleada de huelgas industriales y levantamientos campesinos de los años 38-39 y el rol jugado por Gandhi y el partido del Congreso en ella. Stanley destaca la necesidad de que la sección inglesa de la IV siga el trabajo en la India dadas las perspectivas: “Está claro para mí que un movimiento en la India sacudirá necesariamente a los obreros ingleses y que ahora es el momento de prepararse para ese despertar con una educación elemental ¿Quién más sino los obreros ingleses podrá detener el envío de tropas y de municiones de Chamberlain?”¹⁶² También recomienda el trabajo de los trotskistas indios dentro del CSP, opinión que en ese momento era compartida por Trotsky. Por pedido de Sherman Stanley (aunque con reticencias), Trotsky escribe la “Carta abierta a los trabajadores de la India”¹⁶³ para la prensa del CSP donde, contra la política de subordinar la lucha de las masas a la “democracia” imperialista plantea: “La burguesía india es incapaz de dirigir una lucha revolucionaria. Está estrechamente ligada al imperialismo británico y depende de éste. Tiembla por sus propiedades. Teme a las masas. Busca compromisos con el imperialismo británico, no importa cuál sea el precio, y adormece a las masas indias con esperanzas

de reformas otorgadas desde arriba. El líder y profeta de esta burguesía es Gandhi ¡Líder impostor y falso profeta!

Gandhi y sus pares desarrollaron la teoría de que la situación de la India mejorará constantemente, sus libertades se verán ampliadas de continuo y se transformará gradualmente en un dominio por la vía de las reformas pacíficas. Más tarde, tal vez hasta logre la independencia total.” Trotsky no niega que la burguesía pueda verse obligada a avanzar “aunque sea un milímetro” contra la dominación británica, “el proletariado, naturalmente, tendrá que apoyar ese milímetro” a condición de hacerlo con sus propios métodos, con independencia total de la burguesía. “Sin embargo, la guerra puede significar, tanto para la India como para las demás colonias, no una esclavitud redoblada sino la libertad total; la premisa para lograrlo es contar con una política revolucionaria correcta. El pueblo indio debe separar su destino, desde ahora mismo, del imperialismo británico. Los opresores y los oprimidos están en lados opuestos de la trincheras. ¡Ninguna clase de ayuda a los esclavistas! Por el contrario, hay que utilizar las inmensas dificultades que surgirán con el estallido de la guerra para asestar un golpe mortal a las clases dominantes. Así es como deben actuar las clases y los pueblos oprimidos de todos los países, sin importarles si los señores imperialistas se cubren con máscaras democráticas o fascistas.”

Los antecedentes del trotskismo en la India se pueden encontrar a fines de los '20, cuando surgió el primer opositor a la política del PC, Soumyendra Tagore.¹⁶⁴ En 1934, Tagore funda el RCP (Revolutionary Communist Party).¹⁶⁵ Al día siguiente de declarada la guerra, el CC ampliado del RCP discute que la guerra sólo puede acelerar las contradicciones para la preparación del derrocamiento por la fuerza de la dominación británica. Mientras el PC indio guarda silencio durante 34 días, acompañando el giro de Stalin hacia Hitler, Tagore realiza una declaración pública el 4/9/39 por lo cual es arrestado: “[la guerra es] una guerra imperialista de rapiña para la redistribución del mundo colonial entre las potencias y llama a los trabajadores indios a rehusar dar un hombre, una moneda, una herramienta o un arma a los provocadores de guerras imperialistas y hacer de todo para transformar la “guerra imperialista en guerra civil.”¹⁶⁶

En 1939, al calor de los aprestos para la guerra surgen dos grupos que se reivindican trotskistas, el Mazdoor Trotskyist Party y el Bolshevik Mazdoor Party. También en 1939 en Calcuta se había fundado un grupo nacido de la evolución de estudiantes nacionalistas en contacto con el RCP y cuyo fundador se encontraba ligado a los trotskistas ingleses: la Revolutionary Socialist League (RSL).

Luego de un fracasado intento de unificación en 1939, la unión de la RSL de Bengala, el BLP de Uttar Pradesh y Bihar y el LSSP de Ceilán, dará lugar al Bolshevik-Leninist Party of India (BLPI) recién fundado en 1941.¹⁶⁷ Otro grupo, el Mazdoor Trotskyist Party se retira por su oposición a la que según ellos es una orientación “pro CSP”.

Durante la guerra parece ser que el único contacto se sostiene entre la RSL de Calcuta y el RCP inglés, a través de algunos marinos ingleses y yanquis. De esta forma, el RCP y el SWP reciben documentación que les permite publicar en Fourth International textos el de “Los combates de agosto de 1942”.¹⁶⁸

El LSSP de Ceilán¹⁶⁹ se creó en 1935. La mayoría de sus fundadores eran jóvenes estudiantes de familias ricas que estaban en Londres, donde comenzaron sus primeras armas políticas y que en los '30 regresaron a Ceilán bajo el nombre del “grupo T (Trotsky)”. En 1936 a pesar de que eran una treintena de militantes, presentan 4 candidatos a diputados que son electos, entre ellos, N. Perera y D.P. Gunawardena. En 1937, cuando adoptan una posición más revolucionaria en relación al imperialismo y las clases en pugna, ya son 700 militantes. Su periódico era el Samasamajaya y tenía una tirada de 8.000 ejemplares. También sacaban un periódico para la juventud, uno en inglés (Samasamasajist) y uno en tamil. En 1938 son fuertemente influidos por los juicios de Moscú y por

la lectura de La Revolución Traicionada de Trotsky y logran tomar contacto con la RSL inglesa y el SWP norteamericano. Según un artículo publicado en la revista Clave, en 1939 realizaron su congreso anual con la asistencia de 500 delegados, denunciando el fraude de la lucha de las “democracias” contra el fascismo, y llamando a intensificar la lucha de los pueblos coloniales, “el más fuerte ataque contra el fascismo”. Su ruptura abierta con la IC será efectiva luego del pacto Hitler-Stalin. En el artículo “¡La III condenada!” Gonawardene denuncia tanto al PC de Gran Bretaña como al PCF por su política transmisora de las traiciones del Kremlin en sus países.¹⁷⁰ En 1940 el LSSP tenía 3.000 militantes y 2 diputados.

A principios de 1940, se desencadena una oleada de huelgas y en junio son arrestados varios de sus dirigentes más importantes. Hacen un mitin que es reprimido por la policía. Once dirigentes son detenidos y cesa la actividad del partido hasta el 21/4/41 cuando realizan una conferencia clandestina con 42 delegados junto a L. Goonawardene. Sin embargo, una vez fuera de prisión, los principales dirigentes del LSSP se dirigirán a la India, donde juegan un importante rol en la fundación y desarrollo del BLPI, formando parte de su ala centro y su ala derecha.

América Latina

En cuanto a América Latina, la Conferencia de fundación de la IV votó una Resolución específica sobre la política mundial del imperialismo norteamericano, dando especial importancia a su “patio trasero”. “Bajo Roosevelt, la política del puño de acero en América del Sur está recubierta por el guante de las pretensiones demagógicas de amistad y de ‘democracia’.

La política del ‘buen vecino’ no es otra cosa que el intento de unificar al hemisferio sur bajo la hegemonía de Washington, como un bloque sólido que lleva a cerrar la puerta de los dos continentes americanos a todas las otras potencias imperialistas.”¹⁷¹

Como cuenta Liborio Justo (Quebracho) en “La lucha interimperialista por América Latina”,¹⁷² la post primera guerra y la década del '30 fueron testigos de las duras luchas interimperialistas contra un imperio en decadencia y retirada, Gran Bretaña, otras potencias interesadas en el continente como Alemania y Japón, pero en particular de la lucha de EE.UU. por el dominio total y absoluto del continente. A través de una serie de Conferencias (Lima, Bs. As., Panamá, etc.) donde las burguesías nativas intentaban aprovechar las contradicciones y a su vez apoyarse en alguna de las potencias, EE.UU. fue ganando terreno apoyado en su enorme poderío militar, económico y político. Cuando comenzó la guerra, el dominio del continente americano estaba definido. Pretendía aparecer como potencia “democrática”, mientras apoyaba a dictadores en el continente como Vargas en Brasil y Batista en Cuba. “Únicamente una unión de los pueblos de América Latina, orientada hacia una América socialista vivificada, aliada al proletariado revolucionario de EE.UU., será lo bastante fuerte para expulsar con éxito al imperialismo de América del Norte”¹⁷³ llamando a luchar por la Unión de Repúblicas socialistas de América y tanto a las secciones de la IV de América del Sur como a la sección norteamericana, a encarar una lucha común, planteando especialmente a la última la tarea de organizar las fuerzas revolucionarias del Sur. Trotsky, en México desde 1937, da particular importancia a los análisis y la política para el continente: “En nombre de la ‘democracia y la libertad’, el plan propone mejorar las relaciones regulares de México con las ‘naciones latinoamericanas y las naciones de todos los continentes que tengan una forma democrática de gobierno’. Caemos, inmediatamente, en una contradicción obvia. Para las Américas la política es tener amistosas relaciones con todas las naciones, cualquiera que sea la naturaleza de su régimen interno, mientras que para los otros continentes la prescripción es mantener relaciones amistosas exclusivamente con los llamados países ‘democráticos’. El plan no

indica cómo desarrollar cada vez más las relaciones amistosas con la ‘democrática’ Inglaterra, que trata a México como si fuera su feudo a raíz de sus intereses petroleros. ¿Es necesario pedirle perdón a Londres y restablecer inmediatamente las relaciones diplomáticas en nombre de la ‘democracia y la libertad’? Además, en la lucha que se desarrolla en la actualidad entre la ‘democrática’ madre patria de cuarenta y cinco millones de habitantes y la India, privada de la democracia pero con una población de trescientos setenta millones de personas, ¿hacia quién dirigirá México su amistad para reforzar sólidamente su posición en el mundo? La debilidad orgánica del plan reside en que disuelve la oposición entre naciones opresoras y naciones oprimidas en el concepto abstracto de democracia. Esa división es mucho más profunda y pesa mucho más que la división del bando de los esclavistas entre naciones democráticas y naciones fascistas.

La expropiación de las compañías petroleras y la resuelta actitud del gobierno mexicano hacia Inglaterra disminuyeron en gran medida la ‘simpatía’ que sentía por México esa ‘democracia’ capitalista; pero, al mismo tiempo, estos actos elevaron enormemente el prestigio de México en la India y en todas las colonias y naciones oprimidas. La única conclusión que se infiere es que un país semicolonial no debería engañarse por la forma democrática de sus opresores reales o potenciales.”¹⁷⁴

La revista *Clave*, editada desde México, era la revista teórico-política que difundía la política de la IV Internacional en América Latina. En ella salieron importantes textos de Trotsky frente a la guerra, como el ya citado “La URSS en guerra”, así como otros artículos de análisis y política y de informaciones de las secciones de la IV en otros países durante la guerra. A través de este órgano se mantenían conectados los pequeños grupos que conformaban el trotskismo latinoamericano (los más relevantes estaban en Chile, Brasil y Cuba). El SWP norteamericano realizó algunos intentos organizativos, a través de Sherry Mangan, para unificar los grupos que se hallaban dispersos o sostenían diferencias como en el caso de los grupos argentinos.¹⁷⁵

Hacia un cambio en la relación de fuerzas

En 1942 se comenzaron a dar todos los elementos que se expresarían abiertamente en 1943, año de cambios fundamentales en el curso de la guerra y que confirmarían los pronósticos y las caracterizaciones de Trotsky más fundamentales. Por un lado, se empezaron a desarrollar los movimientos de resistencia a la ocupación nazi (sobre todo en Grecia y Yugoslavia), especialmente en el movimiento obrero, los campesinos y las juventudes, junto a un ascenso en algunas colonias importantes como la India, marcando la tendencia a procesos revolucionarios provocados por la situación engendrada por la misma guerra tanto en los países imperialistas como en las colonias y semicolonias. Por otro, el desembarco de EE.UU. en el norte de África, retrasando todo lo posible su desembarco en el continente europeo y poniendo en práctica la política de pactar con ex colaboracionistas de los nazis para controlar los territorios ocupados, comenzaba a poner a las masas frente a la verdadera cara de las “democracias” imperialistas y a demostrar el carácter predominantemente imperialista de la guerra. Por último, hacia fines del año 42 se dieron las primeras derrotas importantes de los nazis en la URSS que, a su vez, influenciaron en el ánimo de las masas europeas. Estos elementos que marcan un cambio en las relaciones de fuerzas más generales, harán que los imperialistas aliados, en especial, el imperialismo norteamericano, definan en 1943, un cambio de estrategia con relación a sus objetivos en la guerra.

Los trotskistas, comenzaban a tener algunas oportunidades para salir de los años negros de la guerra. Aunque sus fuerzas eran escasas debido a las persecuciones y asesinatos en manos de los

distintos imperialismos y de los stalinistas, a pesar de ello, lograron mantener vivos los hilos de la política revolucionaria, haciendo nuevos intentos, muchos de ellos heroicos, para reconstruirse y llevar adelante su programa y política, levantando alto las banderas del internacionalismo proletario y preparándose para intervenir en los procesos revolucionarios que se empezaban a vislumbrar.

Gabriela Liszt

con la colaboración de Pedro Bonnano

Notas

1. León Trotsky, “La guerra y la IV Internacional”, 10/6/1940, en esta compilación.
2. León Trotsky, “Guerra y paz”, 5/1940, en esta compilación.
3. Ibidem.
4. León Trotsky, op. cit., “La guerra y la IV Internacional”.
5. Ibidem.
6. León Trotsky, “Una lección reciente”, 10/10/38, en esta compilación.
7. León Trotsky, “En el umbral de una nueva guerra imperialista”, 9/8/37, en el CD de esta compilación.
8. Para el marxismo, la época imperialista del capitalismo se inició o se manifestó abiertamente, a partir de la primera guerra mundial y la primer revolución proletaria triunfante (1914-1917).
9. Este método fue aún utilizado por Lenin durante la guerra ruso-japonesa de 1904.
10. El capitalismo del siglo XIX estaba en manos principalmente de Gran Bretaña y Francia, mientras que la industrialización tardía de Alemania, Rusia y Japón los había dejado excluidos del reparto y con poco espacio para su expansión, numerosas condiciones geográficas, sociales y políticas permitieron a EE.UU. ser una excepción como potencia tardía.
11. Ya en el Congreso de Stuttgart de 1907, la II Internacional había caracterizado a la próxima guerra como imperialista. El Congreso Socialista Internacional Extraordinario de 1912 aprobó un manifiesto sobre la guerra que advertía a los pueblos sobre la amenaza de una guerra mundial, denunciando el carácter imperialista de ésta, llamando a los obreros de todos los países a “oponer al imperialismo capitalista la fuerza de la solidaridad internacional del proletariado”. De estallar la guerra, recomendaba a los socialistas aprovechar la crisis económica y política que causaría la guerra para luchar por la revolución socialista. La votación de este documento por los dirigentes de la II Internacional (Kautsky, Vandervelde y otros) no les impidió que una vez comenzada la guerra cambiaran rápidamente su posición a la de “defensa de la patria”.
12. León Trotsky, op. cit., “La guerra y la IV Internacional”.
13. Ibidem.

14. León Trotsky, Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición, “El marxismo y nuestra época”, 26/2/39, ed. CEIP “León Trotsky”, Bs. As., 1999, pág. 184.
15. Como la generalización del sufragio universal.
16. León Trotsky, “En el umbral de una nueva guerra mundial”, op. cit.
17. Íbidem.
18. Escritos de León Trotsky (1929-40), “Stalin firmó el certificado de defunción de la III Internacional”, CD del CEIP “León Trotsky”, Bs. As., 2000, Libro 4.
19. En el Apéndice II de “La larga marcha de los trotskistas”, transcripción de una escuela sobre la historia de la IV Internacional organizada por el Marxist Group en Londres en 1976, E. Mandel habla de “cinco guerras diferentes”, remarcando el carácter “autónomo” de las guerras de liberación nacional contra los ocupantes nazis y sus títeres. Se puede encontrar este artículo en www.marxists.org (MIA)
20. Ver Jean Joubert, “El derrotismo revolucionario”, en CD de esta compilación.
21. León Trotsky, El Programa de Transición, ed. Yunque, Argentina, 1983, págs. 10-11.
22. Ibidem, pág. 17.
23. León Trotsky, Escritos..., op. cit., “Ahora le toca el turno a Austria” , 28/3/33, Libro 3.
24. León Trotsky, Escritos..., op. cit., “A los jóvenes comunistas y socialistas que quieren pensar”, 22/7/35, Libro 4.
25. León Trotsky, “La guerra y la IV Internacional”, op. cit..
26. Ibidem.
27. Ibidem. El Buró de Londres se organizó en 1932 con partidos no afiliados ni a la II ni a la III Internacionales como el ILP de Gran Bretaña, el SAP alemán, el POUM español. Se desintegró durante la Segunda Guerra.
28. León Trotsky, “Manifiesto de la IV Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, llamado “Manifiesto de Emergencia”, 5/40, en esta compilación.
29. En el momento de fundación de la IV según los datos de uno de los informes, existían partidos en los siguientes países: Norteamérica (2.500 militantes), Bélgica (800), Francia (600), Polonia (350), Inglaterra (170), Alemania (de 200, 120 en prisión), Checoslovaquia (150/200), Grecia (100), Chile (100), Cuba (100), Sudáfrica (100), Canadá (75), Australia (50), Brasil (50), Holanda (50), España (10/30), México (15). Sin datos figuran: Indochina, Suiza, Noruega, Dinamarca, Rumania, Austria, Rusia, Bolivia, Puerto Rico, Argentina, Uruguay, Venezuela, China e Italia.
30. León Sedov editó el Bulletin of the Opposition y sostuvo correspondencia con importantes secciones, especialmente con los sobrevivientes de la sección la rusa.
31. L. Trotsky, “Manifiesto de Emergencia”, op. cit.
32. Quien utilizó los seudónimos de Marc Loris y Daniel Logan.
33. El SI publicó el International Bulletin, que se distribuía a todas las secciones manteniendo el contacto con el secretariado. Según Alexander se imprimieron 3 en 1940, 4 en 1941, 2 en 1942 (ninguno en 1943, uno en 1944 y en 1945)
34. Ver en el CD de esta compilación.

35. Estos informes se puede completar con Escritos Latinoamericanos, “Informe sobre América Latina a la Conferencia de Mayo de 1940”, CEIP “León Trotsky”, Bs. As., 2da. edición, 2000.
36. Siete de los cuales perecieron en altamar.
37. Además de la ya mencionada Marsella (que hasta 1942, estaba en la zona no ocupada por los nazis, aunque sí bajo la represión del gobierno de Vichy), los marineros llegaron a la India, Australia, Sudáfrica, Antillas, Cuba, Gran Bretaña e Italia.
38. “Los trotskistas y la Segunda Guerra Mundial (entrevista a Al Richardson)” en Estrategia Internacional, publicada por la FT (EI), Bs. As., Año 6, N° 8, mayo/junio de 1998.
39. León Trotsky, “Contra el ‘derrotismo’ en España”, 14 de septiembre de 1937, citado en J.P. Joubert, “El derrotismo revolucionario”. Ver en CD de esta compilación.
40. L. Trotsky, “La guerra y la IV Internacional”, op. cit.
41. Ver L. Trotsky, “¿Es apropiado el momento para la consigna los Estados Unidos de Europa?”, 30/6/23, en La teoría de la revolución permanente, ediciones CEIP “León Trotsky”, Bs. As., 2000, pág. 193.
42. Ver la diferencia entre regímenes bonapartistas y fascistas en “Bonapartismo, fascismo y democracia”, 8/40, Escritos..., Libro 6, Escritos y fragmentos inconclusos.
43. A las ya implantadas dictaduras de Mussolini, Hitler y Salazar en Portugal, luego se le agregaron Dolfuss en Austria, Franco en España, Daladier en Francia así como la bonapartización representada por Churchill en Gran Bretaña.
44. León Trotsky, Escritos..., op. cit., “Bonapartismo, fascismo y guerra”.
45. León Trotsky, Naturaleza y dinámica..., op. cit., “El marxismo y nuestra época”.
46. Brüening, Heinrich (1885-1970): dirigente del Partido Católico del Centro en Alemania. Hindenburg lo nombró canciller en marzo de 1930 y gobernó por decreto desde julio hasta su relevo en mayo de 1932.
47. Schuschnigg von, Kurt (n. 1897): canciller de Austria después del asesinato de Dollfuss en julio de 1934. Reprimió a la izquierda tratando de lograr el acuerdo con Hitler para la “independencia” de Austria. A principios de 1938 cedió a la presión alemana y nombró a tres nazis prominentes para el gabinete. Su intento por impedir la anexión a Alemania mediante un plebiscito se vio bruscamente interrumpido por la invasión nazi en marzo de 1938.
48. León Trotsky, “Cómo deben combatir a Hitler los obreros austríacos”, 7/36, Escritos..., Libro 4. El título original era “¿Deben defender los obreros austríacos la ‘independencia’ de Austria? (un diálogo)”.
49. La excusa para esta entrega fue que esta región estaba mayoritariamente habitada por alemanes. Trotsky destaca que el sentimiento de las masas de querer unirse a un país fascista (tanto en los Sudetes, como en Austria o en el Saar dominado por Francia), demostraba el carácter de las “democracias” a las que estaban sometidos. Por ello dice: “La fuerza temporaria de Hitler reside en la bancarrota de la democracia imperialista. El fascismo es la expresión de la desesperación de las masas pequeñoburguesas, que también arrastran consigo al abismo a parte del proletariado. Como sabemos, la desesperación surge cuando se ven cortados todos los caminos de la salvación. La triple bancarrota de la democracia, la socialdemocracia y la Comintern fue la condición necesaria para el éxito del fascismo. Las tres ataron su suerte a la del imperialismo. Las tres sólo les brindan a las masas desesperación, asegurando así el éxito del fascismo.” León Trotsky, “Frasas y realidad”, 19/9/38, Escritos..., Libro 5.

50. L. Trotsky, “Frasas y realidad”, op. cit.
51. L. Trotsky, “Aprendan a pensar”, 22/5/38, Libro 5, op. cit.
52. Más adelante plantea en este sentido que no hay lucha por la “independencia nacional” de Checoslovaquia aunque empeore circunstancialmente su situación como nación.
53. L. Trotsky, “Un paso hacia el socialpatriotismo”, 7/3/39, en el CD de esta compilación.
54. L. Trotsky, 30/6/40, “No cambiaremos nuestro rumbo”, en esta compilación.
55. *Ibidem*
56. León Trotsky, “El futuro de los ejércitos de Hitler”, 8/40, Escritos..., Libro 6, Escritos y fragmentos inconclusos.
57. L. Trotsky, “No cambiaremos nuestro rumbo”, op. cit.
58. Este escrito fue utilizado por centristas como D. Guérin, para acusar a Trotsky de reclamar la intervención de EE.UU. en Europa, debido a su “patriotismo por la URSS”.
59. El mariscal Pétain no sólo había cedido inmediatamente el poder a los alemanes en el campo militar sino que se convirtió en su colaborador directo gobernando la Zona “no ocupada” junto a Laval. La política de Trotsky luego se popularizó como “defender a la democracia pero no a lo Pétain”.
60. Según F. Claudín, “En...1939... la única sección de importancia que le queda en pie a la IC en Europa es el partido francés. Fuera de él, sólo conservan la legalidad los pequeños partidos de Escandinavia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y Suiza.” Claudín, op. cit., pág. 197. Según sus cifras el PCF tenía 300.000 miembros en 1939 que se redujeron drásticamente luego del pacto Hitler-Stalin. El PCF intentó negociar con los nazis la continuidad de la salida de su periódico L’Humanité.
61. Sus publicaciones eran La Correspondance Internationaliste (CCI), L’Etincelle, Le Bulletin du Comité pour la IV y desde 1940 La Vérité (ex POI), L’Ouvrier y desde 1942 Lutte de Classes (grupo Barta).
62. A través de la movilización de gran cantidad de jóvenes y obreros (en la Renault, por ejemplo, fueron movilizados 22.000 de 30.000 obreros), el gobierno de Daladier desorganizó los centros obreros con mayor capacidad de movilización contra la guerra.
63. Los Comités por la IV Internacional estaban formados por los ex miembros del POI y una fracción del PSOP, no habían adherido al Congreso de Fundación de la IV por considerarlo prematuro. Pero, en el mismo “Informe sobre Francia” solicitan su afiliación a la IV Internacional. En 1942 cambiaron su nombre por Comités de la IV Internacional, ex POI.
64. Ambos artículos se encuentran en el CD de esa compilación.
65. El dirigente trotskista Nahuel Moreno, en su libro Revoluciones del siglo XX, cuarenta años después y contrariamente a la posición de Trotsky, trazó un paralelo entre la Segunda Guerra Mundial y la guerra de regímenes durante la guerra civil española. Moreno partía de que el fascismo italiano, el nazismo, el franquismo representaban la contrarrevolución burguesa como etapa mundial, etapa que fue derrotada en Stalingrado en 1943. Allí se abrió la etapa de “revolución inminente” que continuaba aún en la década del ’80. Basado en esta caracterización, plantea en forma de duda: “... creemos que hay que estudiar seriamente si no fue el intento de extender la contrarrevolución fascista imperialista a todo el mundo, derrotando principalmente a la Unión Soviética, pero también a los regímenes democrático burgueses europeos y norteamericano. Esto no quiere decir que la Segunda Guerra mundial no haya

tenido también un profundo contenido de lucha interimperialista. Lo que decimos es que hay que precisar bien, al igual que en la guerra civil española, cuál fue el factor determinante. ¿Fue la lucha del régimen fascista esencialmente contra la URSS pero también contra la democracia burguesa? ¿O fue el factor económico, la pelea entre imperialismos por el control del mercado mundial?”(pág. 51). Con una caracterización inversa al IKD, termina planteando una posición similar en cuanto al tipo de revolución necesaria: “Lo que Trotsky no planteó (...), fue que también en los países capitalistas era necesario hacer una revolución en el régimen político: destruir al fascismo para reconquistar las libertades de la democracia burguesa, aunque fuera en el terreno de los regímenes políticos de la burguesía, del estado burgués. Concretamente, no planteó que era necesaria una revolución democrática que liquidara al régimen totalitario fascista, como parte o primer paso del proceso hacia la revolución socialista, y dejó pendiente este grave problema teórico”(pág. 53, subrayado nuestro). Y concluye: “Hay que precisar si los ejércitos aliados , a pesar de ellos, no cumplieron también un rol progresivo, ya que la derrota de Hitler fue el más colosal triunfo revolucionario de toda la historia de la humanidad”(pág. 56, subrayado nuestro). Como vimos, Trotsky ya había dado respuesta a este “grave problema teórico”. Cediendo a las posiciones socialdemócratas a partir de una visión catastrofista (el IKD) o a las stalinistas, con una visión más optimista (Moreno), se puede decir que la unidad entre la “revolución democrática” de las dos posiciones, reside en la subestimación de la potencialidad del proletariado. Aunque Trotsky no llegó a ver la intervención de los aliados, podemos asegurar junto a la mayoría de los trotskistas de la época, que el que hayan aparecido como “liberadores del fascismo” el Ejército Rojo y los aliados (cuando la derrota real la provocó el movimiento de masas), no jugó ningún “rol progresivo” para el proletariado.

66. R. Prager compilador, Les Congrès de la Quatrième Internationale, ed. La Brèche, Francia, 1981, Tomo 2, pág. 90.
67. Claudín, Fernando, La crisis del movimiento comunista, ed. Ruedo Ibérico, Francia, 1970, pág. 295.
68. La frase significa “A cada uno su boche” (‘alemán’ en un sentido despectivo).
69. A pesar de esto, recién en febrero de 1943 son liberados los diputados comunistas que Vichy había encarcelado en la prisión de Argel (y que seguían allí pese a que desde el 11 de noviembre de 1942, Argelia estaba en manos de las tropas anglo-norteamericanas).
70. Según algunas investigaciones la detención del grupo se puede haber debido a una provocación stalinista. Entre los detenidos estaba Pietro Tresso, que luego de escaparse, desapareció. Luego se comprobó que fue asesinado por los stalinistas.
71. Marc Loris, “La cuestión nacional en Europa”, 9/42. Ver en CD de esta compilación.
72. *Ibidem*.
73. *Ibidem*.
74. Sobre 150.000 trabajadores pedidos, sólo logra reclutar 53.000.
75. Estas “Tesis” fueron escritas por M. Hic y publicadas en Quatrième Internationale N° 2. Recibieron algunas críticas por considerarlas oportunistas con el movimiento nacional. En el CD de esta compilación.
76. L. Trotsky, “La guerra y la IV Internacional”, op. cit.
77. León Trotsky, “La invasión japonesa de Manchuria”, 30/11/31, Escritos..., Libro 2.
78. León Trotsky, “El enigma de la URSS”, 21/6/39, Escritos..., op. cit., Libro 6.

79. L. Trotsky, El caso León Trotsky, ver en esta compilación.
80. “Cuando proclamamos, después de la capitulación de la Internacional Comunista ante Hitler, que estábamos ante el ‘4 de agosto’ [Se refiere al paso a la contrarrevolución de la socialdemocracia cuando votó los créditos de guerra en 1914, NdeR] de la Tercera Internacional, nos enfrentamos a no pocas protestas. Se nos dijo que el ‘4 de agosto’ fue una traición consciente, mientras que la capitulación a Hitler era la consecuencia inevitable de una falsa política. Hoy vemos qué superficiales son esas caracterizaciones puramente psicológicas. La capitulación expresaba la degeneración interna, una acumulación de errores y crímenes. Esta degeneración implicó a su vez la capitulación ante la guerra imperialista y el prólogo a la capitulación ante la burguesía imperialista, que prepara la guerra. Por eso el ‘4 de agosto’ de la III Internacional estaba implicado ya en la capitulación ante Hitler. Es un gran mérito de los bolcheviques leninistas haberlo planteado a tiempo” (L. Trotsky, “Stalin firmó el certificado de defunción de la III Internacional”, Escritos..., op. cit.).
81. L. Trotsky, “La URSS en la guerra”, 25/9/39, en esta compilación.
82. *Ibidem*.
83. L. Trotsky, “La guerra y la IV Internacional”, op. cit.
84. León Trotsky, El Kremlin en la política mundial”, 1/7/39, Escritos..., op. cit., Libro 6.
85. León Trotsky, “La entrevista Stalin-Howard”, 18/3/36, Escritos..., op. cit., Libro 4
86. L. Trotsky, La revolución traicionada, ed. Crux, Bolivia, págs. 245-46.
87. “Stalin quiere la guerra menos que nadie, ya que es el que más la teme. Existen suficientes razones para que sea así. Las “purgas”, monstruosas en su dimensión y sus métodos, reflejan la intolerable tensión que existe en las relaciones entre la burocracia soviética y el pueblo. La flor y nata del Partido Bolchevique, los dirigentes de la economía y del servicio diplomático han sido exterminados. Lo mejor del Estado mayor, los ídolos y héroes del ejército y la marina, fueron eliminados. Stalin no realizó esas purgas por vano capricho de déspota oriental; fue obligado a hacerlo en su lucha por preservar el poder. Hay que entender esto cabalmente” (L. Trotsky, “El enigma de la URSS”, Escritos..., op. cit.)
88. La “seguridad colectiva” era la política con la cual la Liga de las Naciones “evitaría” las futuras guerras. Los estados miembros de la Liga tenía la obligación de pedir sanciones contra los actos de agresión por parte de otros estados.
89. Por este pacto la URSS y Francia se comprometían a la defensa mutua en caso de ser atacadas por una potencia extranjera.
90. “Todas las acciones de los agentes de Moscú en España estuvieron orientadas a paralizar cualquier movimiento independiente de los obreros y campesinos, y a reconciliar a la burguesía con una república moderada. El Partido Comunista Español se ubicó en el ala derecha del frente popular. El 21 de diciembre de 1936, Stalin, Molotov y Voroshilov, en carta confidencial a Largo Caballero, recomendaban insistentemente al premier español de esa época que no fuera afectada la propiedad privada, que se dieran garantías al capital extranjero contra las violaciones de la libertad de comercio y que se mantuviera el sistema parlamentario sin tolerar el desarrollo de soviets. Esta carta, recientemente comunicada a la prensa por Largo Caballero a través del ex embajador español en París, L. Araquistain (New York Times, 4 de junio de 1939), resume de la mejor manera la posición conservadora del gobierno soviético ante la perspectiva de la revolución socialista.” (L. Trotsky, “El Kremlin en la política mundial”, Escritos..., op. cit.)

91. El primero rompió rápidamente con la Oposición de Izquierda Internacional y el segundo no fue nunca parte de ella.
92. León Trotsky, “Declaración de la delegación bolchevique leninista a la conferencia de las organizaciones comunistas y socialistas de izquierda”, 17/8/33, Escritos..., op. cit., Libro 3.
93. L. Trotsky, La revolución traicionada, op. cit., págs. 216-17
94. Ibidem.
95. Comparando con la política llevada adelante durante el gobierno revolucionario de 1917-23 en la URSS, Trotsky planteaba: “Es cierto que desde el comienzo el gobierno soviético, en su lucha por defenderse, no se abstuvo de utilizar las contradicciones entre los estados burgueses y concertar acuerdos temporarios con unos contra otros. Pero entonces se trataba de acuerdos de carácter limitado y específico, como por ejemplo con la derrotada y aislada Alemania, con países semicoloniales como Turquía y China, y finalmente con la Italia perjudicada en Versalles. La regla fundamental de la política del Kremlin era que ese acuerdo del gobierno soviético con un estado burgués no comprometía a la correspondiente sección nacional de la Internacional Comunista.” (L. Trotsky, “El Kremlin en la política mundial”, Escritos..., op. cit.)
96. L. Trotsky, “Stalin firmó el certificado de defunción de la III Internacional”, Escritos..., op. cit.
97. León Trotsky, “¿Quién defiende a Rusia? ¿Quién ayuda a Hitler?”, 29/7/35, Escritos..., op. cit., Libro 4.
98. Que, como ya dijimos, interpretaba que el derrotismo era una consigna que implicaba el sabotaje o acciones militares directas para provocar la derrota de la propia burguesía.
99. Ver en esta compilación.
100. L. Trotsky, “En el umbral de una nueva guerra mundial”, Escritos..., op. cit.
101. L. Trotsky, “El Kremlin en la política mundial”, Escritos..., op. cit. La disolución del KPP se realizó de hecho el 28/11/37 y formalmente, el 16/8/38. Desde el 5/38, una “troika” constituida por el enviado de la Comintern, Bogdanov-Kozinarov, fue enviada a París y tenía como tarea la liquidación del KPP (ver “La masacre de los comunistas polacos” en CD de esta compilación). La negativa de varios de sus dirigentes a esta disolución, como demuestran varias investigaciones de la actualidad, hicieron que Stalin ordenara la ejecución de éstos acusados de espionaje, entre ellos de uno de sus principales dirigentes, Lipski en 1943. Dos hermanos de Lipski, también militantes del KPP, ya habían sido asesinados en Moscú (sin que el primero lo supiera) entre 1937 y 38.
102. El Pacto de no agresión firmado por los ministros de relaciones exteriores Molotov-Ribentropp, fue presedido por un acuerdo comercial que beneficiaba económicamente a la URSS y le garantizaba a Alemania el abastecimiento de petróleo y materias primas mientras lanzaba su ofensiva hacia Occidente, también le permitía llegar a América a través de la costa oriental. El pacto fue firmado el 22 de agosto de 1939 y fue ratificado por el parlamento stalinista el mismo día que Hitler invadía Polonia, el 1º de septiembre de 1939. Posteriormente, Hitler entregó como prenda de la alianza la parte este de Polonia a la URSS, que el stalinismo aceptó a su vez, como garantía contra Hitler.
103. L. Trotsky, op. cit., “El caso León Trotsky”.
104. L. Trotsky, op. cit., “Un paso hacia el socialpatriotismo”.
105. “Con el fin de demostrar a Londres y a París el gran valor que tendría una alianza con el Kremlin, la Comintern agita en la India británica y en la Indochina francesa contra el peligro

- japonés, pero no contra la dominación de Francia e Inglaterra. “Los dirigentes stalinistas han dado un nuevo paso en el camino de la traición”, escribía el periódico obrero saionés La Lutte el 7 de abril de este año. “Sacándose sus máscaras revolucionarias, se convirtieron en campeones del imperialismo y se expresan abiertamente contra la emancipación de los pueblos coloniales oprimidos” (L. Trotsky, “El Kremlin en la política mundial)
106. León Trotsky, “La capitulación de Stalin”, 11/3/39, Escritos..., op. cit., Libro 6.
107. Este artículo que aparece en la edición inglesa de En defensa del marxismo es nombrado reiteradamente en el informe que el camarada Stuart le envía a Trotsky en 1940 sobre los grupos de la IV Internacional (ver en CD de esta compilación). Por el relato de Stuart se lo consideraba un artículo de gran importancia para la delimitación de los grupos o individuos de la Internacional con las posiciones de la minoría del SWP.
108. L. Trotsky, “La URSS en la guerra”, op. cit.
109. *Ibidem*.
110. L. Trotsky, Œuvres, “La naturaleza social de la URSS”, 12/9/39, Institut Léon Trotsky, Francia, 1985, Tomo 22, pág. 28.
111. L. Trotsky, “Una vez más sobre la naturaleza de la URSS”, 18/10/39, Œuvres, op. cit. , pág. 101.
112. L. Trotsky, op. cit., “La URSS en la guerra”.
113. Tal cual hizo inicialmente en la mayoría del “glacis” y en varios países de África en la postguerra.
114. Ver en el CD de esta compilación las resoluciones de la mayoría y de la minoría del SWP, así como un artículo de Clave y un fragmento de la respuesta de Trotsky a la minoría.
115. Según M. de Amilibia, von Ribbentrop le comunicó al conde Ciano: “La Rusia de Stalin será borrada en ocho semanas”. Siendo una opinión generalizada entre los anglosajones, como lo expresó Churchill: “El esfuerzo nazi exigirá de seis a ocho semanas”. Y Roosevelt: “Alemania estará totalmente ocupada en derrotar a Rusia un mínimo de un mes y un máximo de tres meses”. Miguel de Amilibia, La Segunda Guerra Mundial (1941-42), CEAL, 1972, Bs. As., págs. 21 y 24. Por otro lado, los “aliados” hicieron todo lo posible para que el conflicto se extendiera y los contendientes se agotaran, especialmente la URSS.
116. “La mayor parte de las fuerzas rusas fueron barridas en los primeros días, miles de tanques quedaron destruidos; cientos de miles, quizás un millón de soldados rusos fueron hechos prisioneros... y en la segunda mitad del mes de julio algunos generales alemanes llegaron a considerar la guerra prácticamente como ganada”. A. Werth, Rusia en guerra. De la invasión a Stalingrado, ed. Bruquera, Barcelona, 1972.
117. Y no por el efecto “sorpresa”, ya que Stalin había sido advertido reiteradamente y por distintas vías sobre el ataque. Sin embargo, hasta último momento confió en que podría encontrar una salida negociada con Hitler. Ver P. Broué, La historia del Partido Bolchevique, ed. Ayuso, Madrid, 1973.
118. *Ibidem*.
119. *Ibidem*.
120. Como en el “Verano negro de 1942”, cuando los alemanes avanzaron arrolladoramente hacia Stalingrado.

121. Conferencia de Emergencia, “El mundo colonial y la Segunda Guerra Mundial”, 5-40, en CD de esta compilación.
122. *Ibídem.*
123. *Ibídem.*
124. L. Trotsky, “Sólo la revolución puede terminar con la guerra”, 18/3/39, en esta compilación.
125. Esto sin negar que la URSS había demostrado que incluso la abolición de la propiedad privada dentro de un estado nacional podía imprimir una gran fuerza a la economía.
126. R. Klement, “Principios y tácticas en la guerra”, 12/37, en esta compilación.
127. Negus: título del emperador de Abisinia.
128. León Trotsky, “Artículo en Arbeiterbladet”, 26/7/35, Escritos..., op. cit., Libro 4.
129. León Trotsky, “El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la IV Internacional”, 7/36, Escritos..., op. cit., Libro 4.
130. León Trotsky, “El conflicto ítalo-etíope”, 17/7/35, Escritos..., op. cit., Libro 4.
131. Ver en CD de este libro
132. Los “camisas negras” eran grupos armados y uniformados del fascista Mussolini.
133. Ver en el CD de esta compilación.
134. En 1931 se había realizado la Conferencia de Unificación de los trotskistas chinos, de la que participaron 17 delegados, 4 observadores, (que representaban a ¿?) 483 militantes. Según Wang Fanxi, luego de la invasión japonesa de 1937 hubo una gran efervescencia de publicaciones políticas de varios grupos activos en la ciudad de Shangai. Tanto en la zona de la concesión internacional (dentro de la que estaba Shangai) como de la concesión francesa, ni los japoneses ni sus colaboradores chinos ejercían control, lo que permitía dar cierta protección a la resistencia. Las publicaciones se hacían bajo el nombre de un ciudadano británico o norteamericano. En el caso de los trotskistas, un fotógrafo norteamericano, simpatizante del movimiento prestó su nombre y 100 dólares mensuales para una publicación. Desde julio de 1939, sacaron una publicación mensual llamada Deng-Xiang (Tendencia) con una tirada de 2.000 ejemplares. Editaron dos folletos en enero de 1940 y publicaron los escritos de Trotsky en chino, incluida La revolución traicionada, una serie de artículos sobre el pacto Hitler-Stalin y De Lenin a Stalin de V. Serge. Luego editaron otros 14 folletos (con artículos de LT y de camaradas chinos), del cual el que contenía el artículo “En vísperas de la Segunda Guerra Mundial” de Trotsky vendió 10.000 ejemplares. También tradujeron La historia de la revolución rusa para el que pidieron un prefacio a Trotsky que no terminó debido a su asesinato, pero que luego Natalia Trotsky envió. Cuando estalló la guerra del Pacífico, los japoneses invadieron Shangai y los materiales fueron confiscados y destruidos.
135. Eiffel, Paul: refugiado alemán que en 1936 se separó con un pequeño grupo de la Liga Obrera Revolucionaria de Oehler, abogaba por el sabotaje a la lucha de los republicanos españoles contra Franco y a la lucha de los nacionalistas chinos contra Japón.
136. Green, William (1873-1952): presidente de la central obrera conservadora de Estados Unidos (American Federation of Labor).
137. León Trotsky, “Respuestas a preguntas”, 1/10/37, Escritos..., op. cit., Libro 5.

138. Es decir, al mismo tiempo que realizaba concesiones a Mussolini en Etiopía y votaba la política de los frentes populares para todos los países.
139. L. Trotsky, “En el umbral de una nueva guerra mundial”, Escritos..., op. cit.
140. Li Furen, “Resolución sobre la lucha de clases y la guerra en Extremo Oriente”, op. cit.
141. L. Trotsky, “Respuestas a preguntas”, Escritos..., op. cit.
142. Li Furen, “Resolución sobre la lucha de clases y la guerra en Extremo Oriente”, op. cit.
143. El pacto fue firmado por los ministros de relaciones exteriores, Molotov y Matsuoka, en presencia de Stalin y el embajador Taketawa. Según Stalin, Matsuoka era “moralmente un comunista”, mientras lo abrazaba en Moscú.
144. También, bajo la influencia de los juicios de Moscú y el pacto Hitler-Stalin, llegó a la conclusión que la URSS ya no era un estado obrero degenerado y que por lo tanto, no había que apoyarla.
145. Se refiere al artículo publicado en Œuvres N° 15, “Les ultra-gauchistes et la guerre en Chine”, 23/9/37, Institut Léon Trotsky, Francia, 1983, pág. 67.
146. Como cuenta Wang Fanxi en el capítulo “La guerra del Pacífico” de su libro Mémoires d’un révolutionnaire chinois, dos grupos trotskistas lograron un impacto significativo a este nivel, combatiendo a los japoneses durante dos años. Todos fueron aniquilados por los japoneses o por fuerzas conjuntas de japoneses y stalinistas chinos.
147. Estos esfuerzos se reflejan por ejemplo en el seguimiento que hacía el bolchevique opositor ruso F. Dingelstaedt (1897-1937) desde su exilio en Kansk. Uno de sus informes detallados a Trotsky, que data de julio de 1928 se encuentra en Les Cahiers du CERMTRI N° 98, septiembre del 2000, París. Para esa época había publicado su libro “La cuestión agraria en las Indias”. Fue fusilado junto a su mujer en los campos de Vorkuta luego de organizar una huelga de hambre. Otros opositores, generalmente estudiantes europeos, también realizaban viajes a la India. Entre ellos, Sherman Stanley (Plastrik), también se especializó en este país, enviando numerosos informes a Trotsky. En 1940 rompió con el SWP junto a la fracción de Shachtman y Burnham.
148. León Trotsky, “Tareas y peligros de la revolución en la India”, 30/5/30, Escritos..., op. cit., Libro 1.
149. Li Furen, “Resolución sobre la lucha de clases y la guerra en Extremo Oriente”, op. cit..
150. León Trotsky, “Combatir al imperialismo para combatir al fascismo”, 21/9/38, Escritos..., op. cit., Libro 6.
151. León Trotsky, “Los traidores de la India”, 4/3/39, Escritos..., op. cit., Libro 6.
152. L. Trotsky, “Un paso hacia el socialpatriotismo”, 7/3/39op. cit.
153. Otorgadas en una Conferencia en Londres a la que Gandhi asistió, y votadas por el parlamento británico.
154. Quienes son obligados a dimitir a pocos días de comenzada la guerra.
155. Comité de Formación del BLPI, “Las clases en India y sus roles políticos”, fines de 1941, Cahiers Léon Trotsky N°21, Institut Léon Trotsky, Francia, marzo de 1985.
156. *Ibidem*.

157. La socialdemocracia ocupó a través de Sidney Webb el cargo de secretario de colonias (1929-31) y dominios (1929-30) en Gran Bretaña y el de ministro de colonias del gobierno francés en 1938, a cargo de Marius Moutet.
158. Comité de Formación del BLPI, op. cit.
159. L. Trotsky, “El Kremlin en la política mundial”, Escritos..., op. cit.
160. Cuando estalló la Revolución de Febrero, Lenin estaba en Zurich. Para poder volver a Rusia tuvo que viajar a través de Alemania, con la que Rusia estaba aún en guerra. Con ese fin se le dio un tren con un vagón sellado. El gobierno alemán estuvo representado en estas negociaciones por Erich F. Ludendorff (1865-1937), uno de los principales generales alemanes de la Primera Guerra Mundial. Ludendorff consintió, indudablemente, en permitir el regreso de Lenin a Rusia con la esperanza de que contribuiría a la inestabilidad de la situación militar de Rusia, que ya se estaba desintegrando.
161. Ver en CD de esta compilación.
162. Sherman Stanley, “Informe sobre la India”, 12/3/39, en CD de esta compilación.
163. Publicado en Escritos de León Trotsky (1929-40) bajo el título de “La India bajo la guerra imperialista”, 25/7/39.
164. Tagore había entrado en 1925 en el Swarajya Labour Party de Calcuta, como otros militantes comunistas de la región. En 1927, oponiéndose a la política de M.N. Roy plantea posiciones similares a Trotsky: es el proletariado el que en el poder realizará las tareas democráticas y hará de la revolución nacional en la India una parte integrante de la revolución mundial. (ver Broué, Pierre, “Notas sobre la historia de los opositores y del movimiento trotskista en India”, Cahiers Léon Trotsky N° 21, Institut Léon Trotsky, Francia, marzo de 1985).
165. La mayoría de los militantes eran extremadamente pobres. El 30 % murió de tuberculosis o de tisis. Dos militantes obreros del RCP fueron fusilados por la policía luego de dirigir una huelga por derechos sindicales.
166. Gour Pal, “Indian Trotskyism and the Revolutionary Communist Party”, citado en “Notes sur l’histoire des oppositions et du mouvement trotskyste en Inde”, P. Broué, Cahiers Léon Trotsky N°21, op. cit., pág. 18.
167. En 1942 el BLPI será reconocido como sección oficial de la IV Internacional.
168. Ver Rupsingh (D.P. Gunawardena), “Los combates de agosto de 1942” en CD de esta compilación.
169. Ceilán fue colonia británica desde 1833 hasta 1948, cuando pasó a tener el status de “dominio”.
170. Ver en el CD de esta compilación.
171. L. Trotsky, “El papel mundial del imperialismo norteamericano”, 11/38, en esta compilación.
172. Quebracho (Liborio Justo), “La lucha antiimperialista por América Latina”, 22/7/40, en esta compilación.
173. L. Trotsky, “El papel mundial del imperialismo norteamericano”, op.cit.
174. León Trotsky, “Sobre el plan sexenal en México”, 14/3/39, Escritos..., op. cit., Libro 6.
175. Ver A. Rojo, “El trotskismo argentino frente a la Segunda Guerra Mundial”, Cuadernos N°2 del CEIP “León Trotsky”, Bs. As., agosto de 2001.